



EN NOMBRE PROPIO

María - María del Carmen - Flor - Luna - Meñeca - Ana - Beatriz Y. -
Inés - Susana Beatriz - Angie - Renata S - Helen - Irene - Mabel -
Beatriz - Silvia - Gabriela - Mary - Patricia - Nancy - Marta Esther

Sara Ardila-Gómez



EN NOMBRE PROPIO

Relatos de vida de mujeres que tuvieron
internaciones psiquiátricas prolongadas y
ahora viven en la comunidad

Sara Ardila-Gómez

-2019-

Ardila Gómez, Sara Elena

En nombre propio: relatos de vida de mujeres que tuvieron internaciones psiquiátricas prolongadas y ahora viven en la comunidad / Sara Elena Ardila Gómez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sara Elena Ardila Gómez, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-0011-6

1. Servicios de Salud Mental. 2. Psiquiatría Comunitaria. 3. Relatos Personales. I. Título.

CDD 616.85

Diseño y maquetación: Jorge Daniel Barros
danydesign1985@gmail.com

Fotografías: Martín Alejandro Matilla
martmatilla@gmail.com

Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos reservados.

ADVERTENCIA AL LECTOR:

El trabajo de investigación que condujo a este libro fue posible gracias al financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) a través de una beca posdoctoral con sede en la Universidad Nacional de Lanús, y de la Universidad de Buenos Aires mediante los proyectos UBACyT 20020130100543BA y 20020170200142BA.

La edición, diagramación y publicación digital contó con el apoyo de la Dirección Nacional de Salud Mental y Adicciones, de la Secretaría de Gobierno de Salud del Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación.

Toda opinión, comentario o conclusión expresada en este volumen corresponde exclusivamente a la autora, por lo que las instituciones anteriormente nombradas no tienen responsabilidad alguna al respecto.

Agradecimientos

Este libro fue posible fundamentalmente gracias a las mujeres que decidieron contar su vida. No sólo fueron la razón para comenzar este trabajo, sino la razón para terminarlo.

Agradezco al equipo del PREA por acompañar, alentar y no dejar caer este proyecto que por momentos se veía como inalcanzable. También a las autoridades del Hospital José A. Esteves por haber confiado en mi trabajo y valorado el mismo a lo largo de tantos años.

A Alicia, por siempre animarme y apoyarme en el trazado de mi propio camino como investigadora. Gracias por abrirme tantas puertas.

A Silvia A. por ser mi primera lectora, y por ayudarme a destrabar momentos en donde no veía cómo seguir con la escritura y publicación.

A Marina por todos los viajes a Temperley y por el acompañamiento para no desfallecer en el camino.

A Patricia, Luciana, Elena, Daniela, Carola y Melina, gracias por sus lecturas diversas y por los aportes para enriquecer este trabajo, tanto en lo que hace a su edición como publicación.

A mi mamá por ofrecerme su ayuda de todo tipo para terminar este proyecto, y a mi papá por siempre motivarme a terminar los proyectos que inicio.

A Luciano, quien desde la conducción de la Dirección Nacional de Salud Mental y Adicciones creyó en este proyecto y dio su apoyo para que saliera a la luz.

A Silvina G. G. por su invaluable trabajo y acompañamiento en la corrección final del libro.

A mis alumnas y alumnos pasados, presentes y futuros: el querer que tengan la oportunidad de ver desde otros puntos de vista lo que es la vida en comunidad, la internación y la externación, ha sido una luz que ha guiado el proceso de construcción de este texto.

Y muy especialmente a Martín, quien me acompañó en todo el largo recorrido que significó hacer este libro, con su postura simultáneamente crítica y amorosa. Este trabajo es, en gran medida, producto de nuestras conversaciones.

Índice

Prólogo.....	7
Abriendo agujeros en nuestros muros mentales.....	9
Privilegiando la voz propia.....	11
El proceso de trabajo.....	16
La organización del libro.....	18
Construyendo salud mental.....	19
Acompañando la vida en comunidad.....	20
¿Sabés lo que es tener un hijo?.....	24
María.....	25
María del Carmen.....	32
Flor.....	39
Luna.....	46
Meñeca.....	50
Yo esa locura la quiero vivir.....	57
Ana.....	58
Beatriz Y.....	69
Inés.....	76
Susana Beatriz.....	83
A toda costa conseguir un trabajo.....	88
Angie.....	89
Renata S.....	102
Helen.....	106
Con mi amiga, hasta el cementerio.....	111
Irene.....	112
Mabel.....	118
Beatriz y Silvia.....	125

Nunca tuve un amor como ese.....	135
Gabriela.....	136
Mary.....	141
Patricia.....	146
Nancy.....	150
Marta Esther.	154
Historias de vida más allá de las historias clínicas.....	162
Leer las historias: los efectos de la cercanía.....	163
Historias singulares.....	164
La ruptura de las redes.....	165
Las pérdidas.....	165
El PREA en el curso de la vida.....	166
El apoyo de las compañeras.....	167
Aprender de las historias.....	167
El valor de contar la otra historia.....	168
Bibliografía.....	170

PRÓLOGO

“Nadie debe vivir en un hospital”. Esta es una de las banderas que guían nuestro trabajo desde la Dirección Nacional de Salud Mental y Adicciones. Las razones por las cuales la sostenemos sobran y son ampliamente conocidas. Pero leerlas desde las palabras de quienes han tenido que hacerlo deja un sabor distinto, y nos da la fuerza que necesitamos para continuar con nuestra tarea. Allí radica la importancia de este libro, pues concretiza lo que se plantea en planes, proyectos, guías y normativas.

De este modo, y a través de los relatos de mujeres con padecimiento mental que pasaron por la experiencia de la internación, la externación y la vida en comunidad, la autora propone al lector una perspectiva propia de la Salud Mental Comunitaria. Dicha perspectiva permite el acceso a mirar la contracara de los servicios: cómo sus usuarios los experimentan y cuáles son las marcas que dejan en ellos distintas formas de abordaje. La reflexión, para quienes trabajamos en la planificación y organización de sistemas y servicios de salud mental, es entonces clara: cuáles son las posibilidades que abren o cierran determinadas formas de atención en la vida concreta de las personas. Nuestras decisiones, por lo tanto, no son jamás puramente técnicas.

Las mujeres cuyos relatos se presentan en este libro fueron externadas a partir del Programa de Rehabilitación y Externación Asistida del Hospital José A. Esteves, el cual funciona desde hace 20 años en la provincia de Buenos Aires. Sabemos que la experiencia de este Programa es una de las varias que existen a lo largo y lo ancho de nuestro país. Haber recorrido en el último tiempo la Argentina nos ha permitido conocer cómo en los diversos rincones de nuestro territorio, personas comprometidas, aunque teniendo que enfrentar muchas veces contextos desfavorables, desarrollan y sostienen día a día prácticas que amplían los márgenes de autonomía y de acceso a derechos ciudadanos de quienes sufren padecimientos mentales. Estamos convencidos de que allí radican unas de nuestras mayores riquezas: la diversidad de experiencias alternativas al hospital psiquiátrico tradicional y la enorme tenacidad de quienes las llevan a cabo.

Sin embargo, muchas veces estas experiencias de trabajo se mantienen en las sombras y son desconocidas, lo que constituye un escollo para el fortalecimiento de la red

integrada de salud mental con base en la comunidad, pues una y otra vez estamos inventando y empezando “de cero”. No hay dos experiencias iguales, sin duda, pero ¿cuánto más podríamos lograr si retomáramos el recorrido de quienes nos antecedieron, si aprendiéramos de sus aciertos y pudiéramos encontrar caminos alternativos para sus dificultades? Sabemos que el desarrollo y sostenimiento de dispositivos de base comunitaria no ha sido fácil y es justamente por eso que narraciones como las que se presentan en este libro se vuelven imprescindibles pues aportan a la difusión y reconocimiento de lo construido.

Es mucho lo que se ha hecho y es mucho lo que aún está por hacer. Pero necesitamos poder asentar y relatar dicha experiencia para poder hacerla pensable. En esta tarea consideramos fundamental la colaboración entre investigadores, trabajadores de servicios y gestores, a fin de que podamos aunar esfuerzos, desde nuestros saberes y experticias propias, para el logro de la consolidación de una red con base en la comunidad de calidad.

Así, este libro nos motiva a seguir adelante en el camino de la implementación de la Ley Nacional de Salud Mental, el mayor reto que enfrenta nuestro campo en la actualidad, y nos permite sostener más firmemente la convicción de que mejorar las condiciones de vida y de tratamiento de las personas con padecimiento mental es posible. A quienes quieran conocer los relatos de mujeres que han tenido que vivir durante años en un hospital y cómo ellas han logrado transformar sus vidas a partir de allí, les recomiendo la lectura de este libro que nos enseña, entre muchas otras cosas, que la inclusión es posible, si la construimos entre todos/as.

Lic. Luciano Grasso
Director Nacional de Salud Mental y Adicciones
Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación

XX

ABRIENDO AGUJEROS EN NUESTROS MUROS MENTALES

XX

Margarita y Eugenia son dos amigas que viven juntas desde hace 12 años en Lomas de Zamora, en el sur del Gran Buenos Aires (Argentina). Sus días los pasan haciendo las tareas de la casa, las compras, viendo en la tele las novelas de la tarde, yendo a algún que otro control médico. A Margarita le gusta ir a misa porque es muy creyente. A Eugenia le gusta tejer. Margarita tiene una hija con quien habla de tanto en tanto por teléfono y a veces va a pasar las fiestas con ella, su yerno y sus nietos. La única familia de Eugenia son tres primos, pero no tiene mucho contacto con ellos. Sus vidas transcurren como la de muchas otras mujeres de mediana edad. No tienen nada de extraordinario ni de excepcional. Sin embargo, el poder tener ese tipo de vida, simple y común, es algo que durante mucho tiempo estuvo negado a personas como Margarita y Eugenia.

Ello ocurrió –y todavía ocurre– porque muchas personas aún consideran que quienes padecen de un trastorno mental deben permanecer prolongadamente o de por vida en instituciones psiquiátricas, aduciendo argumentos que van desde protegerles, lo incurable de su padecimiento, su incapacidad para valerse por sí mismos, o hasta su peligrosidad. A partir de tales ideas, que se han hecho parte de normas jurídicas, teorías científicas y del conocimiento del sentido común, desde hace más de un siglo las personas como Margarita y Eugenia fueron y son internadas en instituciones psiquiátricas.

En el proceso de su internación tales personas han visto fragilizados y muchas veces perdidos por completo sus vínculos familiares, de amistad, de trabajo, vecinales. En cada caso ello ocurrió por una mezcla particular de razones que son a la vez comunes: episodios de enfermedad que lesionaron tanto a quienes quedaban afuera como a quien era enviado adentro. A su vez, los hospitales no siempre son cercanos o de fácil acceso para las personas. También resulta difícil la experiencia de ver a un ser querido en las condiciones de internación, sumado a que las familias pueden sentirse abrumadas frente a la tarea de cuidar a quien ha sido diagnosticado como “enfermo mental”. Así, alguien como Margarita o Eugenia, pese a superar en un tiempo relativamente corto el episodio crítico que le llevó a la internación, poco a poco se va quedando en el hospital. Se va quedando meses, años, décadas. A veces toda la vida.

Según Erving Goffman (1961) en este irse quedando internadas indefinidamente, además de las relaciones las personas van perdiendo sus derechos. Desde los derechos más simples hasta los más complejos: decidir a qué hora levantarse a la mañana, gozar de cierta privacidad, tener alguna cosa u objeto que les pertenezca, cuidar de sus hijos, saber cuándo murieron sus padres y poder darles el último adiós, manejar su dinero, casarse, votar.

Y a medida que pasan más tiempo en el hospital, el mundo de afuera se va volviendo más desconocido y extraño. La experiencia de “salir” se torna similar a la de un extranjero que visita un país desconocido: el sistema para pagar el boleto del colectivo ha cambiado, el bar de “toda la vida” ya no está más, los jóvenes se visten diferente. Han perdido su vinculación con la vida cotidiana, con esa vida que conocemos y compartimos todos y que nos hace ser parte de un lugar y de un grupo social (Schütz, 1974). La diferencia con el extranjero es que para este es claro que eso es extraño, pero para alguien como Margarita o Eugenia lo familiar se tornó extraño. De este modo, el vivir prolongadamente en el hospital psiquiátrico va produciendo marcas en los modos de ser de las personas que se van entremezclando con su propio padecimiento, hasta que en cierto punto resulta difícil establecer qué fue producido por éste y qué por las condiciones de vida en el hospital. No obstante, suelen atribuirse al padecimiento cuestiones que fueron realmente producidas por el confinamiento.

Pero este libro no trata acerca de los hospitales psiquiátricos. Dichas instituciones son para mí como un agujero negro que captura energía: de discusiones, de trabajo, de recursos, de vida de personas. Por eso comparto la idea de que no deben existir más, aunque ello no niega el que, en determinadas circunstancias y condiciones, en ciertos espacios físicos y con límites temporales, la internación sea una herramienta terapéutica válida y necesaria. Se trata más bien de un libro acerca de lo que pudo escapar de dicho agujero negro. De quienes como Margarita y Eugenia tomaron la decisión de salir y pudieron hacerlo gracias a su propia capacidad y a la ayuda de otros, desafiando de este modo el destino que suponía la internación.

PRIVILEGIANDO LA VOZ PROPIA

En este libro se cuentan las vidas de 21 mujeres como Margarita y Eugenia, quienes tras haber pasado por una o varias internaciones psiquiátricas prolongadas, hoy viven en la comunidad. Como es sabido, desde hace varias décadas muchas personas que vivían en los hospitales psiquiátricos pasaron a vivir a la comunidad como parte de lo que se conoce como la “reforma psiquiátrica”. Sin embargo, los trabajos que retratan detalladamente qué ocurrió con quienes fueron “desinstitucionalizados”, es decir, quienes hicieron el tránsito desde el hospital psiquiátrico hacia la comunidad, son más bien escasos. Los que existen (Estroff, 1981; Barham y Hayward, 1995) fueron hechos principalmente en contextos distintos al de Argentina y, en sentido más amplio, al de Latinoamérica. No sólo son de comunidades y sociedades distintas, sino que también fueron diferentes los procesos y las luchas que permitieron la transformación de la atención psiquiátrica, transformación que aún se encuentra en curso en muchos

lugares del mundo, entre ellos Argentina. Pero sobre todo, se trata de textos en donde el texto está escrito desde el “saber experto” de un investigador o de un profesional, de forma que el relato de las personas que vivieron la experiencia, a pesar de ser lo fundamental, queda en segundo plano¹.

Este libro, por el contrario, pretende que el lugar central lo ocupen los relatos de las personas a quienes dichas historias pertenecen. No analizarlos ni interpretarlos, sino dar cabida para que quienes hablen sean las Margaritas y las Eugénias. Hacer el ejercicio de escuchar lo que tienen por decir, aunque puede parecer simple a primera vista, implica hacer el gran esfuerzo por poner entre paréntesis o en suspenso las categorías interpretativas con las que los trabajadores y académicos del campo de la salud mental tendemos a escuchar y a ver a quienes padecen o han sido diagnosticados con alguna categoría psicopatológica (Andersen, 1994).

Es necesario pues explicar al lector por qué opté por privilegiar la voz de las propias narradoras, es decir el relato en primera persona. Tal decisión no fue casual, se asienta en un posicionamiento teórico, pero por sobre todo ético. Mi oficio es la investigación y lo que estudio es la transformación de la atención psiquiátrica. Mi trabajo me ha llevado a interesarme cada vez más por las perspectivas de las personas usuarias de los servicios de salud mental, es decir, aquellas a quienes va dirigida la reforma antes mencionada. Cómo vivencian la atención que reciben, qué les resulta de ayuda y qué no, cómo es su relación con las personas encargadas de su atención. Estas preguntas han sido formuladas cada vez con mayor insistencia por un grupo de personas –usuarios, trabajadores de salud, académicos– y son consideradas claves para mejorar el funcionamiento de los sistemas y los servicios de salud mediante la vuelta de la mirada hacia lo que es la razón de ser de dichos servicios: sus usuarios. Sin embargo, en lo que se refiere a la atención en salud mental, su desarrollo ha sido más lento debido a que las opiniones de las personas con un diagnóstico psiquiátrico suelen ser consideradas inválidas, o al menos cuestionables: basta con mirar la prensa o la televisión para ver cómo para descalificar la opinión o la conducta de alguien se lo tacha de “enfermo mental” (Ardila, 2011).

A partir de estas preguntas me acerqué, hace más de 10 años, a un programa dedicado a ayudar a personas internadas prolongadamente en un hospital psiquiátrico a salir del mismo y a apoyarlas en su vida en la comunidad. Se trata del Programa de Rehabilitación y Externación Asistida (PREA) que funciona vinculado al hospital psiquiátrico para

¹ Otro tipo de material, como el filmico, resulta más cercano a la experiencia de los propios protagonistas. Un ejemplo es la película noruega *Elling*, que retrata la vida de dos hombres que salen del hospital y van a vivir juntos, con el soporte del sistema de seguridad social de aquel país.

mujeres José A. Esteves, un hospital público ubicado en la zona sur del Gran Buenos Aires. Dicho programa funciona desde hace 20 años y mediante él han pasado a vivir a la comunidad más de 100 mujeres. El programa acompaña a las personas en su proceso de re-aprendizaje de las habilidades necesarias para vivir fuera del hospital, les ayuda en la búsqueda de diversas fuentes de ingresos, y una vez afuera les provee del acompañamiento que cada persona requiera; por ejemplo, tratamiento psiquiátrico o psicológico ambulatorio, visitas domiciliarias y acompañamiento en las tareas cotidianas si se necesitan. Todo ello guiado por la idea de ir ampliando sus márgenes de autonomía. En octubre de 2018, el programa acompañaba a 71 señoras en su vida en comunidad: 62 viviendo en casas de convivencia y 9 con su pareja, familia o solas.

Desde mi primer acercamiento al PREA quería conocer qué pensaban las usuarias acerca del programa, y cómo experimentaban el apoyo que les proveían, pero sabía que poder acercarme a ello de manera profunda o densa, iba a llevar, como en toda relación, tiempo. Así que hice cuestionarios, grupos de discusión, observaciones; hasta que finalmente un día, después de varios años, una de las mujeres atendidas por el programa se me acercó y me dijo que si yo quería o necesitaba hacer una entrevista se la podía hacer a ella. Cuando recuerdo ese episodio pienso que es el sueño de todo investigador: el que las personas que hacen parte de los contextos o situaciones que interesa estudiar busquen a los investigadores. Era además una persona de quien nunca hubiese sospechado su interés por lo que yo hacía. Se me ocurrió entonces que había llegado el momento en el cual era posible proponer a las mujeres del programa que me contaran cómo éste había incidido en sus vidas, y que ellas relataran cómo era su vida antes y después de haber salido del hospital psiquiátrico. Ello me permitiría “evaluar” los efectos del programa, dado que la evaluación de servicios de salud mental constituye una de mis líneas de trabajo.

Comenté lo ocurrido con una psiquiatra que trabaja en PREA, la doctora María Rosa Riva Roure, a quien estaba por esos días acompañando a algunas de sus actividades como parte de mi investigación, y me encontré con que ella misma había querido relatar las vidas de las mujeres del programa, tarea que había iniciado y ya contaba con un par de historias, aunque sus múltiples ocupaciones le habían obstaculizado avanzar con el proyecto. De modo tal que la idea le entusiasmó y a partir de entonces me ayudó de diversas maneras: me dio los relatos que ella había escrito, me ayudó a pensar en quiénes podrían aceptar contar sus historias, sirvió de puente con algunas usuarias del programa con quienes yo no había tenido mucho contacto, leyó los relatos que iba escribiendo, y al llegar al tramo final de armado del libro me ayudó, junto con Carmen Cáceres, en la lectura y organización final del material. Además de ellas, otros trabajadores del programa también me ayudaron con la tarea: para empezar, me permitieron realizarla y me animaron a hacerla. También me sugirieron formas de acercamiento a las usuarias y me presentaron a varias de ellas, me facilitaron trabajar en

las instalaciones del programa, me explicaron cómo llegar a algunas de las casas de las señoras, e incluso me acompañaron a algunas de las entrevistas para ayudarme como “traductores”. Ni este ni muchos de mis trabajos anteriores hubiesen sido posibles sin toda la ayuda de la gente del PREA.

Otra semilla de esta tarea de contar vidas me la dio Dorys Rodríguez, una mujer que salió del hospital con la ayuda del PREA y a quien conocí en 2012 haciendo una de mis investigaciones. Mientras estuvo internada, Dorys entrevistó a sus compañeras de sala y con sus relatos publicó un libro de “testimonios de vida” (Rodríguez, 2008). Cuando nos conocimos ella me contó que estaba escribiendo un segundo libro que trataba acerca de la vida de sus compañeras una vez que salían del hospital. Dorys estaba haciendo lo que yo quería hacer –en ese momento era sólo un sueño– y pensé que a lo mejor en algún momento podríamos llegar a trabajar juntas. Dorys falleció sin llegar a publicar su libro. Néstor Costa, un escritor que trabajaba en el programa y quien había ayudado a Dorys y a otras personas con sus proyectos literarios quedó a cargo del legado de Dorys y de publicar su segundo libro. Pero Néstor falleció también al poco tiempo, y el libro de Dorys aunque ya está impreso no ha sido difundido. Quedó guardado junto con el dolor que causa la muerte. Sin embargo, pude acceder a uno de los ejemplares gracias a una compañera de trabajo de Néstor, y a partir de la lectura del libro consideré que valía la pena encarar un tercero, ya que un libro no reemplaza a otro, lo complementa, cuenta otras historias, muestra otras perspectivas.

Relatos como los hechos por Dorys, es decir que busquen mostrar la perspectiva en primera persona sobre la “enfermedad mental”, el tratamiento o la recuperación, existen desde hace más de un siglo². Sin embargo, no han contado con la misma aceptación y difusión que los relatos de “expertos” acerca de tales cuestiones. Aún hoy en día los profesionales de la salud mental se forman casi exclusivamente a partir de las narraciones y explicaciones hechas sobre los pacientes, desconociendo las hechas por los pacientes mismos, a menos que sean subsidiarias o apoyen lo que dicen los profesionales, a modo de ilustraciones o ejemplos clínicos.

Posiblemente sea el momento de dar mayor reconocimiento en nuestro medio a estas narraciones en primera persona, si realmente se pretende que el movimiento desde categorías de “enfermo” o “loco” a las de “sufrimiento” o “padecimiento” mental, sea algo más que un mero reemplazo de términos. Algunos pasos en este sentido se vienen dando en Argentina, por ejemplo con el libro publicado hace no mucho en el cual un grupo de personas autodenominadas como sobrevivientes del manicomio cuentan en primera persona sus vidas y sus opiniones sobre la salud, el encierro y la inclusión,

² El psicólogo estadounidense Gail A. Hornstein publicó un compendio con cerca de 800 relatos (Hornstein, 2011).

todo lo cual es comentado a la luz de la Ley Nacional de Salud Mental (Bogojevich y otros, 2015). También, con un texto de relatos sobre mujeres que pasaron por una casa de medio camino (Casa de Medio Camino Córdoba, 2012). Seguramente existan muchos más relatos de este tipo y sea una tarea para los investigadores la de ayudar a darles mayor protagonismo y circulación. El reto, claro está, es el de acompañar sin suplantar la voz, o sin usar la voz de otros para decir lo que nosotros mismos queremos que sea dicho.

Es claro que los relatos tienen pérdidas y también ganancias por el hecho de que fuese yo quien interviniese en su producción. Hay otras personas que conocen mucho mejor a estas mujeres, y por eso de haber hecho ellas las entrevistas hubiesen podido obtener relatos más ricos. Sin embargo, creo también que el hecho de que yo fuese alguien “confiable” pero no tan cercano, y el que no fuese parte del personal del programa, les dio cierta libertad. Yo era fundamentalmente, y como una de ellas me presentó alguna vez, “alguien que escribe sobre nuestras vidas”. Así que escribí sus vidas como ellas me las contaron. Mi tarea no era la de arqueóloga de la “verdad” sino la de arqueóloga de la experiencia. De hecho, todos re-escribimos constantemente nuestra vida cada vez que la contamos. Como dijera García Márquez: “la vida no es lo que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Esta tarea de “escritora de vidas” exigió que me dejase guiar por lo que ellas querían contar y no por lo que yo quería que me contaran. En este sentido, aunque como el lector verá, en sus relatos aparece el programa, debo decir que no hablaron tanto de este como yo hubiese querido, lo cual en un momento me hizo sentir perdida y preguntarme si esta empresa tenía algo que ver con mi proyecto de investigación, e incluso con la tarea misma de investigadora. Los relatos los hice en su mayoría mientras desarrollaba una investigación enmarcada en una beca posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), por lo cual necesitaba conectar la escritura de los relatos con dicha investigación. Si no me hablaban del programa, que era lo que yo estudiaba, esto constituía un “problema” para mí.

No obstante, en una conversación que mantuvimos con la profesora Alicia Stolkiner, directora de mi beca posdoctoral, ella me animó a seguir con mi tarea y me ayudó a entender que el hecho de que las mujeres hicieran pocas referencias al programa hablaba bien de este, en el sentido de que no se había convertido en el eje de sus vidas. Es decir, en un programa que tiene una alta presencia en la vida de quienes son sus usuarios y en donde hasta cierto punto se puede decir que las personas atendidas “dependen” de él, ya que muchas no tendrían otros medios para vivir afuera si no fuese por lo que se les otorga a través del programa (vivienda, algún subsidio), sería esperable que tal “dependencia” se viera reflejada en el relato de sus vidas. Sin embargo, lo que se observaba en los relatos era que, aunque se hablaba del programa, la vida no pasaba por allí. Y ese

hecho podía ser incluso considerado como uno de los mayores éxitos del programa, porque mostraba que hacía algo que es muy difícil en la intervención terapéutica y en la intervención social: generar las condiciones para que el otro pueda vivir su vida de la mejor manera posible, pero no vivir la vida por el otro. Estar presente de manera constante, pero sin ser el protagonista. Esta idea me permitió continuar adelante.

Así, es posible que las historias con las que se encuentre el lector en este libro sean distintas a las que espera, en el sentido de que no están centradas en la “enfermedad” o el tratamiento, y tampoco, como era mi interés inicial, en la relación entre el programa y las posibilidades de vivir en la comunidad tras una internación psiquiátrica prolongada. Ello posiblemente lo diferencie de algunos de los relatos existentes escritos en primera persona, los cuales toman como eje a la “enfermedad” o a un episodio de ésta, así sea para tomar distancia del mismo, para criticarlo, o para liberarse de él. Claro está, este libro trata de personas que estuvieron internadas prolongadamente en un hospital psiquiátrico y que luego de ello volvieron a vivir en la comunidad, pero las historias no se centran en eso, sino que fueron tomando los caminos que cada una de las narradoras quiso seguir.

Desconozco los efectos que tuvo en las protagonistas de este libro relatar su vida y ver dicho relato plasmado en un papel. Quiero suponer que para ellas, como para todas las personas, relatar la propia vida fue un medio para tratar de dotar de sentido y lógica a lo que se ha vivido (Bourdieu, 1997). Algunas me recordaban que les debía la copia de su relato cuando me veían, así que supongo que les interesaba tenerlo. Sé, por lo que me contaron algunos trabajadores del programa, que una de las señoras de tanto en tanto se sentaba a releer su relato. Otra de ellas alguna vez me dijo que el relato le había sido muy útil porque le había sacado copias y siempre llevaba uno en la cartera, de modo tal que cuando necesitaba presentarse, lo mostraba. Quiero suponer que para ellas el relato fue un espejo que les ayudó a verse a sí mismas a través de sus propios ojos.

EL PROCESO DE TRABAJO

En cuanto a la elaboración específica de los relatos, la metodología que seguí fue la siguiente: contactaba a la persona y le explicaba que estaba organizando un libro sobre historias de mujeres que habían salido del hospital psiquiátrico y que mi interés central era por su vida actual y por cómo el programa les había ayudado a salir del hospital y a vivir afuera del mismo. Varias de las personas a quienes contacté no aceptaron: algunas me dijeron que recordar su vida era doloroso, otras me respondieron que ellas mismas iban a escribir sus propias historias y libros, y otras simplemente me dijeron

que no querían hacerlo. Con quienes aceptaban acordábamos un horario y lugar de encuentro. Varias veces hubo cambios o cancelaciones de último momento, pero siempre pudimos concretar los encuentros.

Los lugares en los que nos encontramos fueron variados y de acuerdo a sus preferencias: en sus casas, en un bar o en el Centro Comunitario Libremente en el cual funcionan algunas actividades del programa. También, aunque la mayoría de las señoras prefirió realizar la entrevista de modo individual, en un par de casos fueron narrados a dos voces: uno entre dos amigas que viven juntas hace muchos años, y otro entre una señora y su marido.

En todos los casos, en el primer encuentro les explicaba nuevamente el objetivo de la entrevista y les decía que podía registrarla con su nombre o uno ficticio que eligieran. Las elecciones fueron variadas. Les aclaraba que iba a grabar lo que ellas me contaran y que luego iba a transcribir esa grabación para que la revisáramos juntas. Todas me permitieron grabar, pero en algunos casos fui escribiendo lo hablado pues era muy difícil entender lo que decían en la grabación. En un caso, pese a las notas, no pude reconstruir el relato. Después de cada encuentro hacía la desgrabación y al encuentro siguiente se las leía y retomábamos desde allí la historia, y también yo hacía algunas preguntas que buscaban profundizar y ampliar lo que ellas habían relatado. También, a veces, ellas elegían eliminar algunas cosas que me habían dicho la vez anterior: preferían que eso quedara “entre las dos”.

Cuando ya tenía material suficiente le daba cierta forma al relato, procurando intervenir lo menos posible en él, aunque esto no borra el hecho de que lo que aquí se muestra es el relato y la presentación que estas personas hicieron para mí y pensando en que iba a ser leído por otras personas. Es decir, ellas eligieron qué contar, qué callar y cómo contarlo. Así, el modo de contarlo es el que ellas utilizaron, por lo cual a veces puede resultar difícil la lectura pues los relatos corresponden a un lenguaje oral más que escrito, en aras de privilegiar su voz.

Eliminé del texto mis preguntas y comentarios; estos últimos hacían referencia en su mayoría a cuestiones que evocaban en mí su relato –por ejemplo, “mi abuela también tocaba el piano”, “es muy triste cuando alguien muere y uno no puede estar, a mí también me pasó”– y a las preguntas que ellas me hacían sobre mi vida –como “¿por qué no te pintás las uñas?”, “¿tenés novio?”–. A todas le entregué una copia de la versión final y después de pasado un tiempo, volví a reunirme con ellas para preguntarles si querían agregar algo a su relato; por esto en algunos casos el relato tiene dos partes.

Para la organización del texto consulté material proveniente tanto del mundo académico como de la literatura y el periodismo. Los referentes académicos se enmarcan en la fenomenología social, entre los que se destacan los trabajos de Alfred Schütz (1973, 1974) sobre la vida cotidiana y el conocimiento del sentido común, de Peter Berger y Thomas Luckmann (1968) sobre la construcción social de la realidad y de Erving Goffman (1961) sobre la carrera moral del paciente mental. También han sido fuente de reflexión las ideas de Arthur Kleinman (1988) sobre las diferencias entre las narrativas de los pacientes y las de los “curadores” respecto de la enfermedad, y en un sentido más amplio lo que se ha denominado como el enfoque narrativo, destacándose entre sus autores Jerome Bruner con su diferenciación sobre el pensamiento narrativo y el lógico-científico (Bruner, 1986). Finalmente, y en lo que hace al modo de entender los programas y servicios de salud y salud mental, fueron una guía las ideas de Benedetto Saraceno (1995) acerca de la “vida real” de los servicios, y la vida real de las personas que usan dichos servicios, y las de Gastao de Sousa Campos (2009) sobre la gestión en salud y en particular sobre la ampliación de la autonomía como objetivo del trabajo en salud.

El desarrollo de este trabajo me propuso también a buscar fuentes literarias, para lo cual leí relatos de la más diversa índole, pero por sobre todo relatos sobre mujeres, pues consideraba que lo que estaba haciendo no trataba sólo de historias de personas que habían pasado de vivir en el hospital a vivir en la comunidad, sino de mujeres que habían hecho dicho tránsito. En particular me marcó la lectura de algunos relatos de Ángeles Mastretta (1992), que se aproximaban a lo que yo quería hacer: mostrar la complejidad de un fenómeno y no dejar al lector con la idea de un estereotipo. Y también me impactó profundamente el libro de Svetlana Alexievich (2015) sobre las mujeres del ejército rojo durante la Segunda Guerra Mundial, por su capacidad de contar la experiencia femenina en un mundo que se consideraba exclusivo de varones. Entonces, otra de mis pretensiones es que el lector rastree en los relatos las particularidades de género de la existencia de estas personas, y cómo sus destinos se vieron marcados por el hecho de ser mujeres.

LA ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

Los relatos están agrupados en cinco apartados, establecidos según otras tantas dimensiones predominantes: la amistad, el trabajo, los amores y desamores, la maternidad y la curiosidad o epistemofilia. Aunque de alguna manera estas facetas, se entremezclan en cada uno de los relatos, tuve en cuenta la que resultaba predominante. Preceden a los relatos una descripción del PREA, y el texto finaliza con una reflexión de los trabajadores del programa sobre los efectos que tuvo en ellos la lectura de los relatos de las personas a quienes acompañan en su vida en comunidad.

Es de señalar que un elemento que surgió en el camino de construcción de este libro fue el de las muñecas que se plasman en la portada, y que también se encuentran al iniciar algunos de los relatos. Esta fue una propuesta y elaboración de Fabiana Fiscina, trabajadora del programa y artista. A partir del título del libro, Fabiana elaboró las siluetas de unas muñecas de tela y organizó un taller al cual fueron invitadas las mujeres que contaron sus historias. La consigna era la de construir, a partir de dicha silueta, una representación de lo que cada una había recuperado al volver a vivir en la comunidad. Así, cada muñeca es otra presentación y producción propia de cada una de las mujeres del libro.

CONSTRUYENDO SALUD MENTAL

Argentina tiene aún mucho camino por recorrer para que más personas puedan vivir como Margarita y Eugenia. Para ello, todos debemos convencernos de que la vida en comunidad de quienes padecen un “trastorno mental” no sólo es posible, sino que también es necesaria. Para “ellos” y para “nosotros”. Es necesaria porque la inclusión social beneficia a la sociedad en su conjunto. Tener sociedades pluralistas que dan cabida a las diferencias entre las personas enriquece y hace más fuertes a dichas sociedades y a sus integrantes. La exclusión, por el contrario, nos empobrece a todos. Deshumaniza tanto al que excluye como al que es excluido. Y como han señalado algunos psicólogos sociales, la humanización en los vínculos sociales es lo que caracteriza a la salud mental de un grupo o sociedad (Martín-Baró, 2000), por lo cual podría decir que este libro busca ser un aporte para su construcción.

Ser testigo de estos relatos de vida y ayudar a contarlos ha sido una de las tareas de las que me siento más afortunada de poder hacer. Me ayudó a comprender que la línea divisoria entre “ellos” y “nosotros”, en esta y en otras condiciones de existencia, no es tan nítida y clara como nos empeñamos en creer. Me permitió también ver desde otra perspectiva el sufrimiento que acarrea un “trastorno mental”, muchas veces producido por los modos en que la sociedad suele lidiar con esto. Y también me permitió ver lo mejor de los seres humanos: la esperanza, la amistad, la gratitud.

Cuando la vida en comunidad de personas como Margarita y Eugenia sea en Argentina la regla y no la excepción, un libro como este posiblemente no tenga razón de ser. Hoy en día, sin embargo, creo que es necesario. No sólo este sino muchos libros de este tipo que ayuden, utilizando las palabras de la escritora Elif Shafak, a “abrir agujeros en nuestros muros mentales”.

XX

ACOMPañANDO LA VIDA EN COMUNIDAD

XX

El Programa de Externación y Rehabilitación Asistida (PREA) depende del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires y funciona desde el año 1999. Tiene como objetivo central el lograr la externación sustentable y la inclusión social de quienes, pese a contar con el alta médica, permanecen internados en servicios o instituciones psiquiátricas por falta de recursos económicos o de vínculos familiares (Cáceres, Druetta, Hartfiel, Riva, 2009). Se entiende por externación sustentable el que las personas puedan vivir de forma permanente en el ámbito comunitario, y que las internaciones ocurran sólo por periodos breves y ante situaciones de crisis que no puedan ser abordadas ambulatoriamente.

Es de señalar que el marco normativo del PREA estaba dado, en el momento de su diseño, por la Declaración de Caracas de 1990, acuerdo por el cual los países de América Latina y El Caribe se comprometían a la transformación de la atención psiquiátrica en la región. Con el tiempo se ha ampliado el corpus jurídico que respalda el trabajo desarrollado por el PREA: en 2006 la Organización de la Naciones Unidas promulgó la Convención Sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad, y en 2010 se sancionó en Argentina la Ley Nacional de Salud Mental 26.657, a la que la provincia de Buenos Aires adhirió en 2013 mediante la Ley 14.580.

El PREA fue diseñado para ser implementado en todos los hospitales con internación psiquiátrica de la provincia de Buenos Aires, pero aquí se describe específicamente cómo ha sido su desarrollo en el Hospital José A. Esteves, monovalente psiquiátrico de mujeres localizado en Temperley, zona sur del Gran Buenos Aires. Esto, porque los relatos que componen este libro, como se mencionó, pertenecen a personas que fueron externadas de ese hospital y a través del programa.

El equipo de trabajo del PREA lo integran 29 personas entre enfermeros, trabajadores sociales, psiquiatras, personal administrativo y de limpieza, sociólogos, acompañantes comunitarios, psicólogos, psicólogos sociales, profesores y terapeutas ocupacionales³. También se cuenta con el apoyo de trabajadores del hospital, por ejemplo, para el mantenimiento de las casas. El programa se organiza en cuatro grandes áreas: la intrahospitalaria o de preparación para la externación, la extrahospitalaria o de acompañamiento, el Centro Comunitario Libremente y el área de capacitación. Las mismas tienen una serie de entrecruzamientos, no sólo en términos de sus trabajadores, muchos de los cuales cumplen funciones en más de un área, sino también de las actividades en las que participan las usuarias del programa.

³ Esta cifra no contempla a los residentes que rotan por el programa, y tampoco considera que las horas de trabajo son muy disímiles entre los integrantes del equipo, y también en algunos casos responden a fuentes de financiamiento distintas.

En el área intrahospitalaria los profesionales trabajan con mujeres que se encuentran internadas en el hospital en la preparación para la externación. El requisito fundamental para ingresar al programa lo constituye el querer salir del hospital, anhelo que muchas veces no es claro desde el inicio, ya que se mezcla con temor, incertidumbre, o la esperanza de poder salir por otros medios, como puede ser yendo a vivir con algún familiar. Las actividades que se realizan en el área intrahospitalaria tienen que ver con reaprender las habilidades necesarias para vivir en la comunidad que habían sido olvidadas o poco utilizadas durante la internación; por ejemplo, tomar un colectivo, ir al banco, hacer las compras o cocinar. También se realizan visitas a casas de convivencia, para conocer cómo es la vida allí, y en algunas ocasiones se acude al centro comunitario Libremente, en donde las usuarias participan de algunas de sus actividades. A su vez, durante este periodo de preparación para la externación, el programa inicia el trabajo de consecución y en algunos casos de recuperación de recursos económicos de las usuarias del programa que les posibiliten tener una vida digna en la comunidad; por ejemplo, pensiones, jubilaciones o bienes propios.

En el área extrahospitalaria se encargan del acompañamiento de cada una de las personas una vez que se le da el alta del hospital. Este incluye, como instancia inicial, la provisión de una vivienda que compartirá con otras usuarias del programa. También se apoya la convivencia entre las personas que habitan en cada casa, por ejemplo, ayudándoles a organizarse para la limpieza de la vivienda o resolver conflictos que surgen de la vida compartida, como el volumen de la televisión después de cierta hora de la noche. El dispositivo en el que se suelen trabajar estas cuestiones se denomina “Asamblea de Convivencia”. Es de señalar que cuando una usuaria pasa a vivir a la casa de convivencia, se celebra un contrato de externación entre ella y el programa. En el mismo se acuerdan las responsabilidades que tiene la persona para con el programa y viceversa.

El programa también provee de acompañamiento comunitario para la realización de diversas actividades, de acuerdo a las necesidades de cada persona. Esto significa que se promueve el que las personas realicen sus actividades autónomamente, y también el que se apoyen entre pares. No obstante, si resulta necesario, siempre existe la posibilidad de acompañamiento desde el equipo del programa. Ejemplos de actividades de este tipo pueden ser el realizar trámites bancarios o el asistir a controles de salud. A su vez, el programa promueve la inclusión social de las usuarias, mediante el fomento de su participación en actividades laborales, educativas y culturales. La perspectiva con la que se trabaja es con la de ir ampliando los márgenes de autonomía de las usuarias, y el que, en la medida de las posibilidades de cada una, puedan hacerse cargo de su propia vida. Finalmente, también se brinda atención psiquiátrica y psicológica, tanto individual como grupal.

Por su parte, el Centro Comunitario Librementemente fue concebido como un espacio de promoción de la salud, en donde se cuenta con una amplia oferta de actividades culturales y educativas abiertas a toda la comunidad, incluidas las usuarias del programa. De este modo, a los talleres del centro comunitario pueden asistir usuarias del programa que forman parte del área intrahospitalaria, usuarias ya externadas mediante el programa, y otras personas de la comunidad interesadas en las actividades que se desarrollan en el Centro. Cabe señalar que en la sede física del centro comunitario funcionan simultáneamente actividades propias del área extrahospitalaria –por ejemplo, citas para control de medicación o reuniones de las asambleas de convivencia– con los talleres educativos y culturales –por ejemplo, taller de yoga o de plástica–. Este funcionamiento en el mismo lugar promueve el encuentro e intercambio entre personas que son usuarias del programa y las que no lo son.

En cuanto al área de capacitación, tiene como objetivo el acompañar el proceso de trabajo de las demás áreas, a fin de identificar situaciones problemáticas que vayan surgiendo y poder reflexionar sobre las mismas a fin de transformarlas. En este sentido, cabe señalar que la forma de organizar el trabajo ha ido cambiando en los 20 años de vida del programa a partir de los problemas y demandas que fueron surgiendo con la práctica. Por ejemplo, el envejecimiento de muchas de las mujeres del programa ha requerido de mayor acompañamiento en su relación con los servicios de salud y las dificultades para el alquiler de casas que se han presentado con mayor fuerza en ciertos momentos llevaron a reorganizar el modo de trabajar en este sentido; también, el aumento y disminución en la oferta de planes de inserción laboral, de acuerdo a los distintos momentos que atravesó el país condujo a reforzar ciertos aspectos del programa para buscar estrategias tendientes a lograr el acceso a recursos económicos por parte de las usuarias.

Finalmente, es importante señalar que el PREA, como todo programa de salud, impacta en la vida de quienes son sus usuarias, pero a su vez impacta en la vida de quienes son sus trabajadores. Esto significa que el mismo ha posibilitado también que sus trabajadores desarrollen y aprendan otras formas de trabajo, muchas veces impensadas desde lo que era su labor en el hospital.

Así, el PREA ha sido una estrategia para posibilitar la vida en comunidad de personas internadas prolongadamente en hospitales psiquiátricos, y a su vez, ha sido un medio para transformar prácticas de atención en salud mental, y para incidir en la formación de nuevos trabajadores, en el marco de la salud mental comunitaria.

XX

¿SABÉS LO QUE ES TENER UN HIJO?

XX

MARÍA

-47 años-

Entrevistada en marzo de 2015



Me llamo María. Me crié en el campo en Entre Ríos y hace 28 años que vivo por Temperley. Estuve internada en el Hospital Esteves y hace 11 años que estoy de alta. Me sacaron un montón de medicación y estoy muy contenta ahora que estoy afuera porque me siento mejor. Me voy a caminar temprano, a las siete de la mañana, con una compañera de casa y estoy muy contenta porque ahora puedo votar. Yo quería votar y ahora en octubre voy a votar. Votar es un orgullo de los argentinos. Para votar hay que estar bien, hay que estar lúcido, hay que estar con la gente. Quiero votar siempre, hasta que me muera. Como una chica normal estoy ahora, porque voto, salgo a pasear, voy al banco a cobrar.

Estoy muy contenta con las compañeras que me tocaron en la casa. Somos cinco: Sonia, Natalia, Beatriz, Mariela y yo, María. Nos llevamos muy bien. Hace 11 años que Mariela y yo vivimos juntas. Beatriz está con nosotras desde hace tres años, Natalia desde hace cuatro años, y Sonia, a quien le decimos la Nona, hace nueve años. Siempre he estado en esa casa, nunca me han cambiado. En el barrio me conocen todos porque yo soy muy familiar, muy mimosa, soy muy cariñosa con toda la gente y por eso a lo mejor la gente me quiere, porque soy muy cariñosa.

Donde nací en Entre Ríos había ranchitos. Éramos muy pobres, pero salimos adelante. Fui única hija. A mi papá no lo conocí nunca y a mi mamá tampoco porque mi abuela dijo que murió. Me cuidaba mi abuela, pero yo nunca le dije abuela, le decía mamá. Yo trabajaba y le llevaba toda la plata y ella me decía: “quedate con unos pesitos para que vayas a bailar”. Ella falleció cuando yo estaba en el Esteves. Supe porque la psicóloga llamó a Entre Ríos a preguntar y le dijeron: “no, hace dos años que murió esa mujer”. Lo tomé bien porque ella fue muy buena conmigo. Tuve una infancia media tristonga pero con ella la pasé bien. Tuve una abuela muy buena.

Fui a la escuela, pero solamente hasta cuarto grado porque mi abuela me dijo: “trabajás o estudiás”, y yo quería trabajar para ganar plata. A los 11 años ya empecé a trabajar, a cuidar chicos, a limpiar casas, cosas así. Después cuando estuve internada terminé la primaria. Tenía un permiso de la doctora y ahí conocí a Beatricita, quien vivía cerquita del hospital. Beatricita es ahora mi compañera y vive conmigo en la casa, pero nos conocimos en la escuela. Somos amigas de años, de la escuela, no de ahora. La escuela es a cuadra y media del Esteves y ahí terminé toda la primaria. Y ahora estoy por arrancar la secundaria. Espero que me dé el cerebro. Empecé a estudiar para enfermería en el Gandulfo pero dejé.

He tenido varios trabajos. Los primeros fueron en Entre Ríos, cuidando a una señora mayor y cuidando a tres varoncitos. Eran de buenitos. Luego trabajé donde otra señora, después en la casa de otra chica. En ese entonces era muy joven yo, adolescente. Luego estuve en Buenos Aires cuidando un nenito. Desde los tres meses hasta el año lo cuidé al gordo. Después me fui a Entre Ríos de nuevo. Después de eso descansé un poco y luego fue que busqué en el diario, miré la lista de trabajos y ahí fue que conseguí el trabajo en San Nicolás.

En mi pueblo había un diario y ahí ponían bolsa de trabajo. Yo busqué y ahí decía que en una calle de mi pueblo había un trabajo, y ahí esa señora me llevó a San Nicolás. Ella era muy buena persona. Tenía tres hijos de cinco, seis y diez años. A la nena que era la más chica yo la bañaba, la cambiaba. Y siempre trabajé con gente así. A mí me encantan los chicos, así que me llevo muy bien con ellos. La patrona que tenía era muy buena persona. La verdad que no me puedo quejar de la patrona que tuve antes ni de las que tengo ahora. A mi patrona en San Nicolás le gustaba cómo yo limpiaba todo. Y la nena, la chiquita, me decía: “no le pusiste lavandina a la bañera”. Me decía eso porque le gustaba el olor a lavandina. Si no le ponía me decía: “no limpiaste el baño”. Y yo le decía: “mi amor, lo dejo para último”.

Estuve ganando buena plata, pude comprarme cosas, y ahora estoy acá en Buenos Aires y trabajo por horas en casas de familia. Trabajo en tres casas por horas. En las casas limpio. Lo hago muy bien, nunca se quejaron todavía de como limpio. Los trabajos los

conseguí por hablar. El primer trabajo que tuve fue con la señora frente a casa. Esa fue la primera vez que me dio trabajo. Un día que iba entrando a la casa le dije: “¿señora, no necesita una chica que le limpie la casa?”. “Voy a pensar”, me dijo. Y al otro día me dijo: “¿usted se animaría a trabajar en mi casa?”. “Y si usted quiere”, le dije. “Yo soy del Esteves”, le dije. “No importa”, me dice. No importa. Y me tomó por dos días, después por un día, después por dos días, y después ya me tomó para siempre. Limpio todo, baño, cocina, dormitorios, el patio, la vereda. El siguiente trabajo lo conseguí por boca, con la hija de una señora.

También ando de novia. El 6 de agosto va a ser once años. A lo mejor voy a la casa de mi novio a pasar este fin de semana con él y su mamá. Él va a mi casa, yo voy a la casa de él, charlo con la mamá. Ella es un amor. A él lo conocí cuando estaba trabajando en la huerta del Esteves, porque antes el Esteves tenía una huerta y cobrábamos el plan 150. Trabajábamos ahí y nos pagaban 150 pesos. En ese momento era plata, ahora no es nada. Él también trabajaba ahí y nos hicimos amigos en tres meses. Éramos amigos, charlábamos, tomábamos el mate juntos y después un día en el 2004 fui a la casa de él y me dijo que si quería ser la novia. Yo le dije que sí. Y de ahí empezamos.

Tuve otros novios antes. También tengo una hija, pero ahora no está conmigo. La tiene una gente muy buena y yo puedo hablar con la mamá de ella. Y la quiero conocer algún día, pero tengo mucho miedo de conocerla. No sé por qué tengo miedo. Como se lo dije ayer a la doctora, le dije que tenía miedo de conocer a la nena, y me dijo que no tenga miedo, que es una cosa linda eso. Mi hija tiene 26 años. Yo tengo 46. La tuve cuando estaba internada en el Esteves, por eso la dieron en adopción.

En San Nicolás tuve un novio, y allí también tuve problemas y me trajeron al Esteves. Anduve con gente que no tenía que andar, ellos estaban en la droga, el chupe, y la policía me encontró y me trajo al hospital, pero yo no vine esposada ni nada. Yo era muy chica e iba embarazada de un mes cuando entré al Esteves.

Lo que pasó fue que la mamá del novio que tenía me amenazó en un baile, un recital de Marcelo Agüero y Darío. Estábamos todos ahí, mis amigas, mi novio con quien ya estábamos peleados, y entonces la mamá me agarra y me dice: “ahora nos vemos a la salida”; “ah, bueno”, le digo yo. Salimos del baile y yo me fui con mis amigas y ella me gritó. Cuando yo era chica también tenía mi carácter, y bueno, estábamos doblando una esquina y la vieja vino y yo estaba en pedo. A mí me gusta la Quilmes, aunque ya no tomo, la doctora me dijo que tome la que es sin alcohol, pero prefiero mejor no tomar nada porque a mí me gusta es con alcohol. Entonces la vieja estaba borracha, yo estaba borracha, estaba todo lleno de barro y yo estaba con una casaca blanca. Yo en esa época no era gorda, tampoco era flaquita, era normal. Entonces la agarré, la tiré al suelo y me decían: “María, María, dejala a esa señora, la vas a matar, vas a ir presa”. Lle-

garon como 20 policías y no me la podían sacar. ¿Sabés lo que son 20 policías? Se armó un lío. Después de ahí me llevaron a la comisaría. Fue muy bueno el trato, muy buenos los policías, yo tenía policías conocidos. Después de ahí me pasaron al hospital general en donde estuve otros tres días. Me pusieron en una pieza a mí sola, con custodio de policía, no podía salir a ningún lado. Entonces viene el doctor y me dice: “María vamos a un lugar donde va a estar tranquila, va a tener todo, va a tener televisión, va a tener agua con ducha, va a tener de todo, es como una colonia a donde la vamos a llevar”. Y yo segura, porque les tenía confianza a ellos. Y me llevaron al Esteves.

Y llegué al hospital y me encontré con esas cosas, la medicación, me medicaron un montón. Yo en mi vida no había tomado ni una pastilla. Me dieron pastillas de todos los colores, celeste, amarilla, blanca, gris, de todos los colores. Diez a la mañana, ocho a la tarde y doce a la noche. Montón. Y ahora que salí la doctora María Rosa [*]⁴ me bajó la medicación, tomo dos enteras a la mañana, una entera a la noche y un cuarto a la noche. Comparado tomo cero, nada, muy poco.

Al hospital llegué tranquila. Cuando estaba en admisión me daban muy poca medicación, dos a la mañana, una a la tarde y tres a la noche. Y entré ahí, estuve tres días en admisión y me pasaron a sala cinco. En admisión había una señora, que nunca me voy a olvidar de esa señora, quien me dice: “Yo la voy a venir a buscar”. Pero me pasaron a sala cinco. A lo mejor volvió a buscarme pero ya no me encontró.

Me tocaron muy buenas enfermeras y muy buenos doctores. Todos un amor, la verdad que me tocó gente muy buena. En el hospital estuve 18 años. De los 19 a los 35 años que salió el PREA. Me quedé en el hospital todos esos años porque no tengo familia.

En el hospital una vez una señora, una caba⁵ que se jubiló, compró un televisor grandote, no me lo compró para mí, para todas las chicas. Yo nunca había conocido un televisor. Entonces me dijo: “te compramos un televisor, pero lo vas a manejar vos”. “Pero yo no entiendo los aparatos estos”, le digo. En el hospital conocí el televisor, la ducha, y todo bien. No me dieron ganas de escaparme ni de saltar por los muros del hospital. Pero en sala cinco me dieron un montón de medicación, se me caían las babas, estaba toda babosa, y había una enfermera hija de su madre que me ponía todos los días una inyección en una jeringa con un líquido blanco. Me dormía. Pero como decía antes, por un lado bueno por un lado malo. Había gente muy buena y otra que no. Algunas me atendieron muy bien todos los años que estuve. Pero también me hicieron varios

⁴ Se señala con [*] cuando la entrevistada se refiere a personas que trabajaban o trabajan en el PREA.

⁵ Caba es el término con que se nombra a la jefa de enfermería de una sala de internación.

bozos, que es que te ponen una toalla o una sábana y te meten la cabeza en un balde con agua y hasta que no pedís perdón no te largan. Es feo. Ese lugar no es para nadie.

En el hospital cuando estuve embarazada me sacaron toda la medicación, sólo me dejaron una para la presión alta. La nena nació en el hospital Evita, de Lanús. Yo estuve muy mal, tuve mucha hemorragia, mucha cosa fea. Conmigo estuvo la nena tres días en el Evita. Después la pusieron en una incubadora porque era muy chiquita. Y después me mandaron para el hospital Esteves y me quedé internada ahí porque no tenía familia. Si hubiese tenido familia la nena viviría con mi familia y no con esa gente. Pero estoy contenta porque mi hija es trabajadora y estudiosa, lo más importante de la vida.

Cuando me la sacaron a mi hija en el Evita me transformé. Iba a darle la mamaderita a la nena y me dijeron “ah no, la nena está en la incubadora”. Entonces yo fui a verla, te ponen una cofia, eso que te ponen para ver a los nenitos. Y fui a verla y me dicen: “mañana te dan de alta”. Entonces digo: “mañana voy a verla de nuevo”. Y me dicen: “la nena no está más”. Hice un escándalo que deben estar putéandome todavía, casi mato a un enfermero. “Mi hija, dónde está mi hija”. Lloraba, se me caían las lágrimas. ¿Sabés qué es que te digan que tenés que dejar a tu hija abandonada? Es muy triste. Vino una enfermera que era muy buena conmigo, del Esteves, y me decía “calmate, calmate” y me llevó al Esteves. “¿Y mi hija?”. “No te preocupes” me decía. Y se me caían las lágrimas. Un hijo es un hijo, ¿sabés lo que es tener un hijo?

En todos esos años no supe nada de mi nena, hasta que Analía [*] hace dos años la encontró. Y yo la dejo que ella avance poquito, que ella quiera conocerme. Yo quiero conocerla. Por fotos sí la conozco. Es igual a mí. El clon mío. He hablado con la señora que la tiene y ella me cuenta que está muy linda, que está trabajando, que tiene muchos amiguitos, que se lleva bien con todos, que estudia mucho. Estudió para maestra.

Un día en mi vida es un día normal, como hacía antes. Me levanto, me baño, me cambio, me lavo los dientes, lavo mi ropa, trabajo, vengo a Libremente a buscar la medicación o a hablar con la doctora, a veces voy a la psicóloga, ahora tengo que ir donde la ginecóloga, tengo que hacerme la mamografía, todas esas cosas que hacen las mujeres.

Al PREA estuvieron como dos o tres meses diciéndome que fuera. La doctora Sttopini me dijo: “antes de que yo me vaya a jubilar, a María la quiero afuera, no la quiero adentro”. “María no quiere ir al PREA” le dicen, porque ella tiene un carácter muy fuerte. Y le digo yo: “no quiero, no conozco a nadie, y yo con mi carácter”. Porque era brava yo, bravísima. “Qué voy a hacer yo en el PREA” decía, “con mi carácter quién me va a aguantar”. Y las enfermeras jugaron 20 pesos a ver si duraba yo afuera tres días, y tres enfermeras votaron, y 11 años llevo. Perdieron plata las tres.

No siempre tuve ese carácter fuerte. Yo era muy respetuosa, muy tranquila. En el Esteves me transformé. Ahí te transformás. Si no te transformás nadie te ayuda. Como yo era la mano derecha de las enfermeras, de la caba y de los doctores, siempre tenía que estar yo. La doctora una vez me dijo: “las enfermeras que llamen a vigilancia y que se arreglen, vos no tenés que ayudar a las enfermeras”. Yo defendía a las enfermeras cuando alguna de las chicas se obsesionaba y se quedaba mirándolas fijo. Una vez había una enfermera sola, sola para las ciento y tanto que había en la sala, una por todas esas. Ella era jovencita, veintipico de años, y había una chica que estaba obsesionada con ella, entonces yo salí y agarré un palo y se lo partí por la cabeza, porque estaba peleando a la enfermera que estaba sola, y se cayó la piba. Se asustó ella y me asusté yo.

Una vez la señora Esmeralda dijo en una asamblea que yo era un monstruo. Yo le dije, “sí, era un monstruo porque me decían las enfermeras, pero la doctora María Rosa no quería que haga esas cosas yo”. “Cómo van a tener a María de patovica”, decía. La patovica de la sala cinco. Nunca me cambiaron de pabellón, 18 años estuve ahí. El hospital te transforma, vos te tenés que defender. Es bravo.

Volví a cambiar por la doctora. Lo principal es que me sacó la medicación. A la doctora María Rosa la conocí en sala cinco con la doctora Sttopini. Me dijo: “María, usted tiene que ir al PREA porque usted no tiene que estar más aquí adentro”. “No doctora”. Me dice entonces la doctora: “vas a salir María, acá le presento a mi colega María Rosa”. Entonces le digo: “me voy porque tengo que bañarme”. “No, no, te bañás después, no tenés olor, nunca has tenido olor”. Y me presenta a la doctora María Rosa y ella me dice: “vas a ir al PREA”. “no doctora, qué voy a ir, tengo muy mal carácter”. Entonces me dijo: “mañana la quiero ver allá a las nueve de la mañana. La quiero bien vestidita y bien arregladita para que vaya al PREA”. La caba me dio ropa limpia, me dio zapatillas limpias, me dio todo limpio. Estuve tres años ahí. En el 2004 salimos de alta. La doctora María Rosa y la doctora Sttopini firmaron mi salida. Salimos a la casa por primera vez, primero por tres días, después por 15 días, después por 20 días y después por un mes. Cuando cumplimos un mes ya nos tiraron toda la ropa afuera para que nos fuéramos a la casita.

En esa época con mis compañeras con las que nos fuimos a la casita yo me reía. Me quedaba mirándolas a ellas y me reía, me cagaba de la risa. Me reía de cualquier pava. Me miraba las manos y me reía, me miraba los dedos de los pies y me reía. Entonces ellas estaban asustadas porque me reía, así que fuimos a ver a la doctora María Rosa y ella les dijo: “ríanse ustedes también, María está contenta porque está afuera, está muy feliz y por eso se ríe. Ríanse con María”. “Es que se ríe mucho”, le dicen. “Bueno, síganle ustedes la corriente”. La doctora me salvó la vida. Yo por ella estoy de alta. Yo me reía, de mis manos, de mis pies, me reía sola, no sé por qué me reía. Y ya después se me pasó.

Y lo último es que me sacaron la insania hace unos días. Fui con Marcela [*] y otra chica de anteojitos, no recuerdo el nombre ahora, a San Nicolás al juzgado. Estaba el doctor Jorge y los otros doctores que no me acuerdo los nombres. Me acuerdo del doctor Jorge porque era el que mandaba. La insania la tenía desde el 98. Nos sacamos foto con él, con las chicas, y lloramos las tres cuando salimos: “te sacaron la insania”, me decían. El doctor me la sacó porque dice que estoy bien: tomo poca medicación, manejo mi plata, me manejo yo sola, lavo mi ropa, trabajo en tres casas, como dice en el documento que está firmado por el doctor. Estuvimos charlando con ellos, y después fuimos a la virgencita. Desde cuando salí de ahí no iba a San Nicolás, 29 años. Al sacarte la insania te podés casar, te podés comprar una casa. El doctor Jorge me habló y me dijo: “ahora te podés casar tranquila, podés hacer tu vida normal como hacías antes”. Me felicitó porque encontré a la nena, a mi hijita, y por la espera que estoy haciendo para conocerla. “Ya se van a ver” me dijo.

Ya nos vamos a ver.

MARÍA DEL CARMEN

-62 años-

Entrevistada en octubre de 2016



Yo estuve en la casita cuando salí del Esteves y después de la casita me fui a vivir con mi familia. La pasé muy bien y actualmente estoy con mi familia. Tengo tres hijos: la mayor con quien vivo, que tiene 38 años y trabaja en Vital, el supermercado cerca de mi casa; un hijo que tiene 36 años y vive en Sáenz Peña; y la menor que está feliz y chocha de la vida y trabaja en Todo Moda, vive sola a tres cuadras de mi casa y tiene 32 años.

Nací en Lanús Este en el hospital Fiorito. Mi papá falleció en el año 93. Él era ferroviario, hacía cambio de vías. Trabajaba en Remedios de Escalada, ahí en la garita, y mi mamá era ama de casa, nos cuidaba a nosotros. Pero mi mamá me pegaba mucho de chica. Me pegaba muchísimo, muchísimo. Me agarraba de la cabeza, yo tenía el cabello largo, rubio, y ella me agarraba de las trenzas y me revolcaba hasta el fondo. Por eso yo no la quiero. Ella tiene 84 años ahora.

Tengo una hermana que tiene 61 años. Después tenía otra hermana que se tiró bajo el tren, pero no se mató. Resulta que a un sobrino mío lo mataron en el año 2002. Se confundieron con un ladrón y le pegaron tres tiros en la espalda. Mi hermana quedó muy mal. Tenía hijos, nietos, pero ella no estaba contenta con lo que le pasó y no pudo

admitir que le faltaba su hijo y se tiró bajo el tren en Banfield, pero se ve que el tren frenó y no llegó a matarla. Estuvo muy mal, en agonía tres meses y después falleció. El último día fuimos a verla con mi hijo y estaba en terapia y no me la dejaron ver. Después la fui a ver, tenía el brazo enyesado y estaba con los ojos cerrados y con una sonrisa como despidiéndose, yo le apreté la mano, ella me apretó la mano fuerte, y al otro día murió. Mi otra hermana me llamó y me dijo que había fallecido. Yo me puse a llorar como loca. Golpeé la mesada fuerte, me golpeaba en la cabeza y mi ex me miraba. No se le cayó ni una lágrima. Yo me golpeaba la cabeza y decía: “no puede ser que mi hermana se haya muerto”. Lloraba desesperada.

Cuando era chica vivíamos en Lanús Este. Ahí todavía queda la casa de mi mamá. Ella cuando se murió mi papá se volvió a juntar y vive ahí con el hombre. Hacía mucho que no la veía y la vi hace poco en la iglesia de Lanús, porque es evangelista ella. Entonces me dijo: “te presento al que va a ser mi marido”. Pero no se casó, se juntó. Ahora nadie se casa, se junta. “Bueno”, le digo yo. Pero yo tengo la imagen de mi padre, con él me llevaba muy bien. Fue muy bueno, jamás de los jamases me pegó. Yo lo quería mucho.

En el año 93, cuando él murió, fue cuando me descompensé. Falleció de un ataque al corazón porque fumaba mucho. Mi mamá me había contado que él le había dicho: “me siento mal, me siento mal”. Capaz que si lo hubiese llevado al hospital se salvaba mi papá, porque empezó “me siento mal, me siento mal, me duele el corazón, tengo puntadas”. Y mi mamá no lo llevó a ningún lado. Entonces él le pidió “haceme un cafecito”, y ahí se descompuso, se arrodilló pidiendo por mí y dijo: “virgencita, no me dejes morir, dejame ver a mi hija Vivi”, porque a mí me dicen Vivi. Le dio el café, se acostó en la cama, y en la cama de mi mamá murió. Ellos estaban separados, jamás venía mi papá a mi casa, venía de vez en cuando. Se separaron cuando yo tenía 13 años, era chiquita. Yo decía: “por qué todos tienen papá que va a la casa y yo no tengo papá”. Y mi mamá me decía: “lo que pasa es que estamos separados con papá”. Y venía un día por semana y después se volvía a ir de nuevo.

Mi mamá creía mucho en las brujas. Decía que a mi papá le habían hecho un mal. Entonces agarraba los calzoncillos, las medias, las camisas, el pijama, todo, y se lo llevaba a las brujas. Mi papá le daba plata para la comida y nosotros a veces no comíamos, pasábamos hambre. La plata que le daba mi papá la agarraba ella y la usaba para las brujas. Yo nunca creí en eso. Le decía: “¿por qué hacés eso, mamá? Papá te da plata para la comida”. Y a mí me mandaba a pedir fiado en los almacenes, en las panaderías, y yo tenía que ir a pedir fiado porque veía que mi hermana no tenía para comer. Hacer puchero en mi casa era una alegría. Cuando tenía hambre tomaba mate cocido con pan duro, y una vuelta mi mamá me mandó a buscar pan a la vecina de enfrente de mi casa y me dijo: “andá a buscar pan”, y cuando fui había un perro policía que me mordió el

pecho, y ella ni se preocupó que me mordió el perro. Hoy en día te muerde un perro y te tenés que vacunar. Ella ni se preocupó.

Terminé el primario a los 13 años. Comencé un poquito más tarde porque cumplí el 27 de junio. Después del primario me puse a trabajar. Trabajé en una florería cerca de mi casa. Vendía en Chacharita flores con una señora. Una vez me picó una abeja y me dejó la mano hinchada, me dejó el agujón y tuve que ir al médico. Después trabajé en Águila Saint, los chocolates, en Constitución, en la calle Herrera. Hacía cassata con vainilla, licor, todo, y después hacíamos chocolates. Y ahí conocí a mi marido.

Un día fui a pasear a Liniers. Iba a la casa de mi tía y me paré en la parada del colectivo. Tenía que tomar el 14, y pasó el que es ahora mi marido y me dice: “¿me puede decir qué colectivo va a Devoto?”. Yo no sabía. Yo tenía unos lentes de sol y me los saqué y le dije: “me parece que va uno por allá”. Entonces me dice: “¿le puedo decir una cosa?”, “Qué”, le digo yo. “Qué lindos ojos que tenés”. “Gracias”, le dije yo. Después tomo el colectivo y él se sube atrás y yo pienso “¿y este no se iba a Devoto?”. En el colectivo quiero sacar mi boleto y él dice: “dejá, que pago yo”. Y yo le digo: “no, pago yo”. Entonces el chofer me dice: “deje que pague el caballero”. Así que pagó él. Y yo en vez de sentarme en un asiento de uno me senté en un asiento de dos y él se sentó al lado mío y me empezó a hablar, hablar, hablar, y yo le contestaba. Y después dice: “¿qué tal si en vez de ir a lo de tu tía no vamos al hipódromo?”. “Bueno”, le dije yo. Y nos bajamos ahí y cruzamos y él me dice: “esperate te doy la mano que esta calle es peligrosa”. Y me dio la mano. Cruzamos la calle y me dice: “nos tomamos un taxi para ir al hipódromo”. Mirá yo, qué arriesgada. Después me dijo: “¿qué número querés del caballo de carreras?”. “El siete”, le dije yo. “Yo me juego el cinco, hacemos una llave”, dijo.

Lo conocí el 10 de diciembre de 1974 y me casé el 20 de diciembre de 1975. Un año de novios estuvimos. Nos llevábamos de bien, era de bueno conmigo. Él trabajaba en Chrysler, en San Justo. Y bueno, de ahí ya nos casamos por la iglesia el 20 y el 18 por civil, que cayó un jueves, y el 20 de diciembre del 75 cayó un sábado. Me casé en la iglesia de la Santa Magdalena que está en Del Carril, cerca de mi casa. Me casé de blanco. El traje me lo prestó una prima de él. Tenía unos zapatos que me iban re-apretados. Bailé la tarantela. Y la pasé bien.

Mi marido entonces no quiso que yo trabajase más. Me dijo: “dejá que la ropa te la compro yo, no trabajes más”. Y después a los cuatro meses de estar casados quedé embarazada y perdí un bebé, un varoncito era. Estando en la cocina de donde vivíamos siento “pup”, un ruido, y era que se me había caído la placenta con el bebé y todo formado. Agarré un frasco, lo llené de alcohol, puse la placenta y lo llevé al Sirio Libanés, y en el Sirio Libanés me querían hacer un raspado. Yo les dije que no, porque perdí todo, el bebé, perdí todo. Y no me lo hicieron. Aparte que cobraban ahí, pero no era por lo que

cobraban, yo no me quería hacer nada, no quería que me toquen ahí. Al no tocarme yo pude después quedar embarazada al poco tiempo. Mi hija nació el 15 de abril de 1978, mi hijo nació el 21 de marzo de 1980, y mi hija la menor nació el 22 de marzo del 84. El obstetra que me atendía me dijo: “¿cuándo quiere que nazca, el 21 o el 22?”. Yo le dije que el 22, porque si le decía el 21, tenía que festejar a los dos el mismo cumpleaños, un lio bárbaro.

Yo me dedicaba a cuidar a mis hijos. Pero después me puse mal y estuve en el Esteves 15 años. Me puse mal antes de que muera mi papá. Cuando tuve a mi hijo ya estaba medio con depre. Cuando tuve a mi hija la menor también me agarró un poquito la depresión. Ahí me internaron tres meses en el Alvear, porque ahí más de tres meses no te aceptan. Ahí el psiquiatra me atendió muy bien. Después iba a los consultorios, pagaba particularmente. Después fui con otro médico que me dijo: “¿Ah, usted está con depresión? Usted finge” Y estábamos en el piso 15 y me dice: “tírese de ahí, ¿a ver? Usted se quiere tirar, tírese de ahí”. Me dijo eso, te juro. Yo miraba para abajo y después me retrocedía y decía: “no, como me voy a tirar”. Y no me tiré.

Tenía angustia, lloraba todo el día, me acostaba en la cama, todo el día acostada en la cama. No quería ver a nadie, solamente quería ver a mi papá. Venía mi mamá y me peleaba con ella, peleaba con mi marido. Después estuve en estado de coma porque me tomé dos tabletas de Valium con un vaso de whisky y ahí me internaron en el Esteves. Ahí me quise matar y les puse el televisor a mis hijos y les dije: “miren los dibujitos que a mamá le duele la cabeza”. Y llamaba a mi marido cada dos por tres. Él trabajaba en Tres Cruces, de jefe de computación. Lo llamaba y le decía: “vení que me voy a matar”, y le decía a mi hija la mayor: “hablale a papá y decile que me voy a matar”. Ella era chiquita y lo llamaba y le decía: “papi, vení que mami dice que se va a matar”. La pasé mal.

Primero me internaron en el sanatorio Agote, en donde estuve tres días en coma profundo. Ahí intervino la policía porque yo me había matado. A mi casa vinieron cinco médicos y me vieron casi muerta, dijeron que no había esperanza, me taparon con una frazada y me llevaron en una camilla en la ambulancia al cuete al sanatorio. Cuando abrí los ojos lo primero que vi fue a mi suegro que me dice: “bueno, por fin”. Mi marido lo mandó a él. Antes de eso había tomado veneno de rata con agua. Le dije a mi marido y me llevó al Zubizarreta y me pusieron una goma en la boca y me hicieron lavaje de estómago. Ahí estuve internada un día. Y después de lo del sanatorio Agote me llevaron al Esteves.

Yo estaba deprimida por toda la angustia que tenía. Aparte me miraba en el espejo y me agarraba del cuello y me decía: “yo soy mala madre, cómo me voy a tomar veneno de ratas, pastillas”. Y después escuchaba voces y las voces me decían: “matate hija de puta, matate mala madre”. Y venía el tren y me ponía a la orilla y me quería tirar abajo

del tren. Una vuelta que me quería tirar debajo del tren le llevé a mi ex el nene que era chiquitito, era bebé, y le dije: “tomá al nene”, porque no me iba a tirar debajo del tren con el nene. Me quería matar yo. Entonces le dije: “tomá, tomá”, y él se puso a un costado, y cuando venía el tren yo me puse y me sacaron unos policías “¿qué hace señora?”. Porque si no me mataba el tren. Después una vuelta me puse una media fina para ahorrarme. Después una vuelta cuando no estaban mis hijos, abrí la tapa del horno, abrí la llave del gas y metí la cabeza para matarme.

Como intervino la policía la vez del sanatorio Agote, mi ex me llevó al Esteves. Me dijo: “vení, que vos estás mal, tenés que estar internada”, y me llevó con el coche que tenía que era un Crysler rojo. Estuve 15 años en el Esteves. No venía mi marido, no venían mis hijos, no venía nadie.

Un día para el día de la madre yo me agarraba de los barrotos del Esteves y lloraba todo el día y decía que quería ver a mi familia, y María Rosa [*] me decía: “no llores, no llores María del Carmen, ya va a venir tu familia”. Yo estaba mal, mal, mal, y un día apareció mi hermana con mi cuñado, y un nenito y me vinieron a ver. Otra vez para el día de la madre vino mi hija mayor, mi marido, mi otro hijo y mi hija chiquita y trajeron una torta de ricota, el termo y el mate y vinimos a la plaza de Temperley a tomar mate con la torta. La pasamos bien. Le pidieron permiso a la doctora María Rosa, que era quien me atendía en ese momento. Iban a veces. Claro, como mis hijos eran chiquitos y mi marido se hizo cargo y los cuidaba, no me venían a ver. Yo lloraba, todo el día llorando y le decía a María Rosa: “yo quiero ver a mis hijos”, y ella me decía: “yo te entiendo, yo también tengo hijos, yo te entiendo, sé que vos los querés mucho, pero ya los vas a ver”.

En el hospital estuve en la sala Bosh. La vida ahí era triste porque comías, después te ibas a acostar, volvías a comer, te ibas a acostar, llegaba la noche, y la noche era triste para mí. Yo me acuerdo que hasta me bañaba con agua fría en invierno. Abría la pileta que hay adentro y me bañaba con agua fría. Yo tenía el pelo largo hasta la cintura. Me bañaba a la una y media, dos, cuando las enfermeras se iban. Una vez me vio la enfermera y me dijo: “¿qué hacés bañándote con agua fría en invierno?”. Porque a veces se ponían en fila todas las mujeres juntas y cerraban el baño. “A bañarse, a bañarse”. Y yo me quedaba sin bañar porque a mí no me gustaba que me vieran desnuda con las mujeres, yo era muy cuidada, no me gustaba que me vean desnuda, entonces yo agarraba y me bañaba a la una y media cuando estaban todos durmiendo. Prefería bañarme con agua fría a eso. Había una enfermera que era malísima, te hacía bañar rápido y te fregaba la cabeza, “ya está, ya está, ya está”, decía, “ya estás bañada”. Y no te dejaba ni que te pases el jabón en el cuerpo, y te cerraba la canilla.

En el hospital me hice de muchas amigas. Cualquier cantidad de amigas tenía. También pedía cigarrillos porque yo estaba desesperada por fumar. Cuando venían las visitas les decía: “señor, ¿me da un cigarrillo?”. Algunos te daban, otros no. Pero nunca pedí moneditas, siempre pedí cigarrillos. Mi vicio es el cigarrillo. A veces le decía a la enfermera si me daba una monedita para hablar a mi casa, hablaba por teléfono y me cortaban. No sé quién era que me cortaba, así que estaba incomunicada para todo. 15 años en el Esteves.

Salí por el PREA porque un día María Rosa me dijo: “¿Querés hacer el PREA, María del Carmen?”. Porque me acuerdo que el doctor que me atendía me dijo: “su marido no la va a sacar nunca. Usted toda la vida acá no va a estar porque usted es joven todavía, va a tener que salir de acá. Haga el PREA”. Yo no lo quería hacer, pero después María Rosa me convenció.

Hice el PREA y el primer año me rebotaron, no salí. El segundo año gané y salí para las casitas. Aparte yo tenía un permiso que me había hecho el doctor para salir por los alrededores. Me hicieron el plan Barrios Bonaerenses⁶ y yo me tomaba el 549, que podía salir con el pase. Me venía acá a Temperley a cobrar el plan, sola al banco. Una vuelta guardé la plata en el placard escondida entre la ropa, y una chica me rompió el placard y parecía que me había robado la plata. Me robó ropa, zapatos, de todo. Menos mal que yo la plata la había escondido bien y no la vio. Pero otra vez sí me robaron la plata.

Cuando salí fui a vivir a la calle Bermúdez. Éramos cinco. Ahí teníamos una casita. Vivimos un año. Estuvimos con Mirtha, que ahora está internada, con María y con una viejita que no sé si todavía vive. Después se venció el contrato y yo dije: “¿ahora a dónde voy?”. Así que la llamé a mi hija y le dije: “mirá que yo voy a ir a vivir allá porque no tengo a dónde ir”. Me habían dado en otra casa pero yo dije: “acá yo no voy a dormir”. Y agarró y me dijo mi hija: “sí, venite mami, que te queremos acá, yo te extraño mucho”. Aparte, cuando me internaron mi hija lloraba mucho, dice que agarraba mis pullovers, les sentía el olor, agarraba mis cosas, pobrecita, se abrazaba y lloraba: “¿por qué se la llevan a mami?”.

Estuve en mi casa y me recibieron lo más bien. Eso fue en el 2001. Actualmente vivo con mi hija y con mi marido, pero de él soy separada hace 32 años, desde cuando nació mi hija. Con él vivimos en la misma casa, pero estamos separados de hecho, no con papeles. Nos separamos porque es insoportable mi marido, tiene un carácter bravo. Yo

⁶ Se trata de un plan de la Provincia de Buenos Aires promulgado en el año 2000, y dependiente en ese momento de la Secretaría de Trabajo, orientado a la promoción, generación e incentivo del trabajo. Sus beneficiarios eran personas sin ingresos. Comprendía la generación de proyectos laborales, por cuya ejecución se recibía un estipendio.

un día le dije: “no quiero estar más con vos”, y fuimos donde un abogado para separarnos, pero el abogado quería que vendiéramos la casa, darle la parte a él, y dijimos no, mejor no, y nos separamos de hecho. Mi marido tiene 67 años y yo tengo 62.

Últimamente cuando estaba con sonda él sí me molestaba. Me decía: “ojalá que te mueras”. Y casi me muero, estuve mal. Me decía varias barbaridades: “gorda infeliz, gorda chancha”. Pero yo llamé al 144 y lo denuncié, y le dijeron: “si la sigue molestando va a ir preso”. Y no me molestó más. Ahí no me molestó por un tiempo, pero ahora me está molestando de nuevo. Me insulta, me dice “volví al Esteves gorda chancha”, me dice puta, me dice de todo. Y yo me tengo que callar la boca, ir a la pieza, dejarlo que hable solo. Ahora lo denuncié a la 47 de la Metropolitana que está cerca de mi casa, en Nazca. Yo por eso me voy a divorciar. Me hace llorar mucho. Estuve una semana sin comer. Comía él, ravioles, milanesa al horno, carne al horno con papa, y yo sentía el olorcito y me daban unas ganas de comer, y tenía un hambre, y el estómago me hacía ruido del hambre que tenía. Vos no sabés la que pasé. No es vida.

Yo todavía vengo acá al PREA porque el doctor Demetrio [*] me atiende muy bien. Tengo el Tornú, que me conviene para hacerme los análisis, ahí hay especialistas, pero psiquiatra me conviene venía acá, a Temperley, porque son macanudos. En el Tornú⁷ me ofrecieron un psiquiatra y yo no quise. Les dije que no quería psiquiatra. Acá me medican. Tomo valcote, risperidona una a la noche y una a la mañana y listo. Ando bárbaro. Duermo bien, duermo toda la noche, limpio mi casa, hago todas las cosas. Vengo cada mes más o menos. Hace un tiempo estaba con mi hija en Mar del Plata y estaba mal medicada y yo me caía por la calle, y mi hija me dijo: “es la medicación que te está haciendo mal”. Parece psiquiatra mi hija, que me dijo: “mami, no tomés esta medicación que es la que te hace mal”. Ella es muy inteligente. Ahora me medicaron bien otra vez, porque antes no dormía, andaba muy mal. Acá voy a venir siempre.

⁷ Hospital General de Agudos Dr. Enrique Tornú, Ciudad de Buenos Aires.

FLOR

-60 años-

Entrevistada en marzo de 2015



Mi infancia fue muy feliz porque, por un lado, aunque eso no es lindo, mis padres se separaron, pero yo viví con mis abuelos maternos. Eso pasó cuando yo tendría nueve años y estaba tan bien acogida por mis abuelos que casi no presté atención a la separación, en cambio mi hermano, que era cinco años mayor, se quedó con mi mamá e hicieron otra vida. Teníamos un departamento en Mar del Plata, entonces nos íbamos con mis abuelos tres meses de vacaciones tan pronto terminaban las clases. Mi hermano no, él se quedó con mi mamá y hacía otras cosas. Yo me quedé con ellos hasta que me casé, porque me gustaba y porque me aceptaron.

Mi mamá era profesora de música, mi papá comerciante. En la casa teníamos el piano que mi abuelo le había comprado a mi mamá, primero un piano español y cuando se puso viejo le compró uno alemán. Mi mamá en épocas buenas, cuando estaba mejor de ánimo, tocaba el piano y nosotros nos sentábamos a escucharla. A mi abuelo le gustaba hacer chocolate caliente mientras escuchábamos a mi mamá en el piano. Me acuerdo por ejemplo de cuando interpretaba Alfonsina y el mar y bueno, era toda una tarde agradable. Tocaba folclórico, tango, clásico, de todo.

Mi abuelo era español y mi abuela argentina. Él vino a los 16 años de España porque lo mandó a buscar el padre. No sé qué hacía, pero le iba bien y le pagó el viaje a mi abuelo. A él sólo porque no le alcanzó la plata para traer a los demás. Era flor de viaje venir de Europa. Entonces el padre le dio alojamiento y luego consiguió un trabajo de instructor de paleta, que le llamaban en ese momento paleta vasca. Y con eso ganó bastante plata porque todos querían aprender paleta vasca.

Mi abuelo trabajó también en el Ministerio de Hacienda, ahí hacía de todo, cualquier cosa, de cadete, de empleado menor, mayor, como le tenían confianza iba a todos lados. El piano lo compró mi abuelo porque le iba bien donde trabajaba y también pudo comprarse una casa que queda en la zona oeste, en Ituzaingó, y ahora están mis cuatro nietitos ahí. Es un chalet grande con cuatro habitaciones, fondo, garaje, parrilla, patio atrás, patio adelante. En esa casa crecí yo. Mi hijo me cuida la casa, paga los impuestos, corta el pasto, se ocupa de todo el mantenimiento de la casa que era de mi abuelo. Mi hijo es divorciado, y con la señora que está ahora tuvo dos hijos y con la anterior tuvo otros dos. La casa es linda, sobre todo para los chicos, porque tiene mucho terreno para que corran o anden en triciclo o bicicleta.

Mi abuelo se conoció con mi abuela en un baile. Resulta que ella estaba en el baile, vivían cerca y él ya la había visto pasar, la tenía relojeada, entonces él entró al baile silbando para llamar la atención y la invitó a bailar. Y así fue. Mi mamá fue la hija única que tuvieron. Mis papás no sé cómo se conocieron, creo que andando en bicicleta porque como estaban bien de plata mis abuelos, todos los gustos se daba mi mamá, entonces tenía bicicleta y andaba en ella a todos lados.

Cuando se separaron mis papás, mi hermano estaba la mitad del tiempo en la casa de mi mamá y la mitad del tiempo en la de mi papá. Ella trabajaba como profesora de música para poder mantenerse. A mí me mantenían mis abuelos. Estudié todo, terminé el secundario. Fue muy lindo, había hecho amistad con una chica que se fue a vivir al sur y perdimos rastro. Después de terminar el secundario me casé.

Mi marido era cinco años mayor que yo. Cuando lo conocí yo tenía 17 años. Lo conocí porque a mi hermano justo le tocó hacer el servicio militar y se enfermó, entonces nos permitieron ir a verlo al hospital de 25 de Mayo, ahí donde están los militares, y mi marido era el enfermero que lo atendía. Yo le gusté, entonces le dijo a mi hermano: “cómo puedo hacer para contactarme con tu hermana, que me gusta”. “Venite a casa un día”, le dijo mi hermano, “enfrenté la situación”. Y vino a casa y así a calzón quitado me dijo: “vos me gustás”. Y nos terminamos casando. Fue amor a primera vista. Habremos estado 10 años casados. A mí me sorprendió porque yo era muy chica.

Tuvimos tres hijos, pero uno me falleció de un día de vida. No sé qué le pasó en los pulmones que no se le desarrollaron bien. Yo me dedicaba a la casa y mi marido era profesor de ciencias biológicas, de sociales. Cuando estuvo en el ejército lo dejaron en la enfermería porque era alguien que más o menos podía hacer eso. Estudió un profesorado y fue profesor de secundario. Cuando nos casamos nos fuimos a vivir a la casa de mis suegros, cerca de Munro. Un tiempo como nos sentíamos muy nerviosos los dos, alquilamos afuera, pero no funcionó porque lo pesqué engañándome. Por eso me separé. Encontré cosas, una carta, venía tarde de noche, desaparecía una semana. Yo me alejé también. Vino todo junto. Cuando falleció mi hijo me deprimí. Me aislé, no me dediqué a estar con mi marido. Me deprimí, me encerré y lo dejé solo. Me separé porque me aislé.

En medio de esa pelea terrible con mi marido le dije a un amigo en común “¿me recibís en tu casa, con los chicos y con la perra?”. “Venite”, me dijo. Estaba ahí mismo de donde vivía yo, a dos cuadras. Y me fui a lo de mi amigo de la bronca que tenía. Los chicos estaban muy chiquititos.

Me dijeron que hice mal, que debí quedarme en la casa y cambiar la cerradura, pero lo que pasaba era que la casa era de mi suegra, no mía, entonces yo no puedo cambiar la cerradura de una casa que no era mía. Nosotros como estábamos con los chicos vivíamos adelante y atrás estaba mi suegra. Le construimos una casita en el fondo a ella, que no fue mucho de su agrado porque quería la casa de adelante. “Ustedes tienen que vivir en la casa del fondo”, decía mi suegra enojada, hablando en otro idioma, en esloveno porque ella era extranjera. Mi suegro era polaco. Una combinación para mis hijos.

Entonces me fui a la casa de mi amigo y ahí vivimos. Él tenía dos hijas y vivían con nosotros todos los chicos, parecíamos los Locos Adams. Estuve allí hasta que los chicos crecieron, unos cinco o seis años. Los chicos crecieron y dije: “ahora que está todo más tranquilo, me voy a vivir con mi mamá”. Ella ya estaba en la casa de mis abuelos pues ellos habían fallecido. En la casa estaba también mi hermano porque le fue mal en el matrimonio y se fue con mi mamá. Era una casa refugio esa, todos iban ahí.

Cuando estaba en lo de mi amigo, él me ayudaba y a cambio yo lo ayudaba a él porque también estaba divorciado, pero de una mujer muy peligrosa que había amenazado con sacarle todas las cosas de la casa, entonces yo estaba en la casa cuidando, y si venía ella a sacarle cosas la denunciaba a la policía. Brava era la mujer. Pero no pasó nada. Todo estuvo tranquilo al final porque estaba yo. Lo ayudé con los chicos, que no era lo mismo porque él antes estaba solo con las hijas.

También resulta que mi hijo era sonámbulo y a mi amigo no le gustaba como estaba creciendo mi hijo, estaba muy rebelde, peleaba mucho con mi amigo, no estaba bien.

Entonces yo dije que iba a buscar la solución, porque mi amigo era un hombre muy inteligente, contador público, de estudios, de traje, no era cualquiera que me alojó en una villa, no, era una linda casa, con terraza y nos ayudamos los dos. Pero él no estaba contento con mi hijo. Con la nena no tenía problema. Entonces agarré a mi hijo y me lo llevé a la casa de mi ex marido y le expliqué que yo quería que él agarrara la tutoría de mi hijo porque andaba muy rebelde, y me dijo, “bueno, bueno, pásámelo”. Fue de común acuerdo. Entonces en vez de discutir con mi amigo corté por lo sano y lo dejé a mi hijo con el padre. Me quedé con mi hija, pero con el tiempo me dijeron que no conviene que estén separados los hermanos, entonces también la llevé, pero no de mala forma.

Cuando me fui a lo de mi mamá, mi hermano se enfermó de los nervios. No tuvo una buena infancia con mi mamá y mi papá peleándose, iba de un lado al otro. Lo internaron, porque resulta que un día agarró y le dijo a mis abuelos, que todavía estaban vivos: “se van de la casa porque la casa es mía”, entonces salieron mis abuelos de la casa y fueron con una vecina a hacer la denuncia de que mi hermano los había echado de la casa, entonces vinieron y lo internaron en un psiquiátrico por echar a los abuelos, y ahí estuvo hasta que falleció. Falleció del corazón. Antes de enfermarse de los nervios mi hermano era alegre y cuando se enfermó se puso agresivo.

Al decidir irme a vivir a la casa de mi mamá, mi hermano me ayudó con la mudanza. Vino a buscarme, me convidó helado en el tren. No parecía loco ni nada, estaba ahí por haber echado a los abuelos, pero cómo se le va a ocurrir, se habrán peleado, entonces se pelearon fuerte y fue así. En esa época estaba con salidas y le permitían a mi mamá tenerlo en la casa, pero cuando se murió mi mamá se fue todo al diablo y lo volvieron a internar. A mí no me aceptaron de cuidarlo. Mi mamá falleció y quedó en banda mi hermano. Unos diez años habrán pasado desde que me mudé con mi mamá y que ella falleció. Pero cuando llamé a la casa de mi mamá por teléfono hablé con mi hermano y le dije: “¿me tiran una sogá, me puedo ir para allá?”. “Vení, te paso a buscar” me dijo mi hermano. Así de bueno, porque otras familias dicen “no, arreglate vos”.

Entonces a la casa de mi mamá fui sola. Los chicos vinieron después. Fui bien recibida en lo de mi mamá. En esa época trabajé en varias cosas, en una verdulería, de limpieza en casas de familia. En lo que veía trabajaba. Vendía cosméticos Avon, tenía mi zona para vender y trabajaba con eso y ganaba plata. Mi mamá no quería que le diera plata, que era para mí nada más, ella no quería que yo trabaje. Me decía: “para qué, si nos arreglamos”. Prefería que estuviera en la casa que trabajando. También teníamos el departamento de mis abuelos en Mar del Plata, y después que fallecieron ellos, dijimos con mi mamá y mi hermano: “¿qué hacemos con el departamento de Mar del Plata?”, era una decisión familiar. Y decidimos venderlo y con eso pasarla bien. Comprar lo que necesitábamos, vivir tranquilos, pensamos que era mejor tener la plata y lo vendi-

mos. Y así vivimos hasta que estuve internada. Vivimos con ese dinero, pues era mucho dinero, entonces no tuvimos problemas económicos. Yo trabajaba, pero también estaba ese dinero del departamento y con eso nos manteníamos.

Mi mamá murió del corazón, yo tendría 40 años. Ahora tengo 59. Mis hijos ya estaban grandes en ese momento. Estaban viviendo con el padre un tiempo, porque como yo les daba libertad, podían ir a vivir con el padre cuando quisieran. Con mi ex marido iban a estar más tranquilos porque mi hermano era enfermo de los nervios y no le gustaba mucho que estuvieran los chicos haciendo barullo, así que estuvieron un tiempo conmigo y un tiempo con el padre. Eso fue de común acuerdo. Mis dos hijos se recibieron del secundario.

A mí me internaron porque mi mamá le dijo al médico que yo tomaba muchas aspirinas, entonces el médico dijo: “no tiene que ser adicta a las aspirinas, hay que internarla en el Esteves y ahí le sacan la adicción a la aspirina”; y por eso me internaron. Si me sentía cansada yo me tomaba una aspirina. Me las tomaba para tener ánimo para hacer cosas. También tenía la mirada fija. Habrá vivido mi mamá unos meses estando yo en el Esteves, después ella falleció, pero no me lo dijeron en el momento, me lo dijeron tiempo después. No la vi en ningún velatorio y eso no me gustó.

A mi hermano y a mí nos vino a buscar un patrullero para llevarnos al hospital. A mi mamá la tuvimos que internar del corazón unos días antes. Me dejaron en el Esteves y a mi hermano en otro hospital. Entonces llego al hospital y me comunico primero con mi ex marido apenas me interné, y le dije: “mirá estoy acá” y me dijo “ah bueno, ¿necesitás algo? ¿Está todo bien?”. Todo correcto. Pero para que no crea que estoy perdida por ahí le avisé que estaba en el hospital.

No estuve mucho en el hospital porque con los talleres estaba ahí y luego entré al PREA por recomendación del médico que me trataba. Me dijo: “ahí vas a tener lugar, vas a estar tranquila”. El hospital era muy feo. Te golpeaban. Gritaban a la noche. En las clínicas es distinto porque tienen otra contención, pero en el hospital... es el hospital del Estado. Pero en las casas es una maravilla. Al principio uno tiene como miedo de que vuelva al hospital, porque es feo, realmente es feo. Con el tiempo se te pasa el miedo. Una señora que vive conmigo hace poco que le dieron el alta y ella todavía está obsesionada, cree que todo el tiempo la retan, la roban, la maltratan, pero se le va, porque no hay nadie. Ahora se tranquiliza porque está conmigo.

En el PREA lo citan a uno y uno forma parte de un grupo, y ahí te van ayudando depende de cómo venga la mano. Si tenés problemas con tu familia te ayudan con tu familia. Yo problemas con mi familia no tengo, no tuve. Todo fue educado, como decir de traje, todo muy bien, nada de conventillo, todo muy bien. En cambio otras chicas

que estaban internadas sí tenían problema, iba la familia y le decían: “ahora no te voy a sacar de acá, qué te pensás”. Pero yo estaba en el PREA porque yo prefiero estar en una casa sola, porque los nietos son muy bochincheros. Me gusta comprarles cositas como abuela, pero son chiquitos. Un papel importante me hizo el director del hospital, no este sino el anterior, me entregó un papel que decía que todo ese tiempo que estuve en el hospital, seis años, y que de ahí se va a mudar a una casa donde van a ir cuatro chicas, entonces era dándole el visto bueno a mi salida. Así que yo tuve una salida importante, no es que me fui y nada, tuve una salida reconocida como importante.

En la casa a la que salí éramos cinco, estaba muy linda. A ellas las conocí en el grupo PREA. Hubo dos chicas que quedaron en el camino y están internadas. Ahí en esa casa habré vivido dos, tres años. Me mudé porque el dueño pidió la casa y nos tuvimos que ir de ahí. Habían puesto otra casa que estaba libre y me mudé ahí con las mismas chicas. En esa casa me descompuse y estuve unos meses en el hospital. No me sentía bien. Una de las chicas del PREA tuvo un bebé y había que cuidarlo. Así que hicimos todas un poco de tías. Estuve un tiempo con el bebé, pero luego me descompuse y estuve internada, y ahora estoy otra vez acá. Sólo una vez me descompuse. Algo me hizo mal. Estuve un mes, mes y medio en el hospital. Fue bien porque la gente del PREA me acompañó mucho, iban a verme las enfermeras, la doctora también.

Y luego pasé a vivir a otra casa, que es donde estoy ahora y ya llevo mucho tiempo. Somos tres en la casa. Una de ellas trabaja en cocina y come de lo que trae de lo que cocina. Otra está haciendo dieta porque tiene que adelgazar, así que yo como con ellas, me hago de mi comida, pero una trae del hospital, otra está a dieta y yo hago mi comida y convido. En mis ratos libres soy tranquila, miro televisión, la telenovela, y con mis compañeras comentamos sobre películas. También charlamos de nuestras cosas.

Cuando salí me puse a trabajar en limpieza para tener unos pesos. Sigo trabajando de limpieza. Primero me pagaron por Barrios Bonaerenses, que es una ayuda que da el Banco Provincia. Unos pesos para los que no tienen trabajo. Me anotaron ahí, empecé a trabajar en un lugar limpiando, atendía el teléfono a veces, y así me venían unos pesos. Eso se terminó y entré a limpieza. Había tres puestos para entrar y a mí me dieron uno. Yo trabajo de lunes a viernes, seis horas, de nueve a tres. Este trabajo ya lo tengo hace bastante, ocho o nueve años. En un día normal estoy en mi casa, me baño, vengo para acá, después a las tres de la tarde me voy otra vez para la casa. Tomamos algo a la tarde, unos mates, y miramos televisión. Me gusta mirar películas. Las películas de comedia, románticas.

En mi caso el PREA fue una solución. En cada caso es distinto, pero para mí fue una solución, porque de buenas a primeras yo estaba internada en el hospital y no sabía por qué. La gente piensa que estamos de vivas. Me decían que me daban todo, que muchos

querían vivir en mi lugar, eso me decían en el trabajo, pero hay que estar en un loquero del Estado. Es muy feo estar en el hospital, no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Y eso que dicen que el Esteves es bastante suave. Hay peores. Nos estamos recuperando de lo que vivimos en el hospital. Alguna vez me tenía que venir la buena.

He ido a las marchas para mejorar la salud mental. Es luchar por lo que uno quiere. Voy para mejorar los espacios de salud mental. Yo me enteré ahí que hay gente internada en las provincias que no come. Entonces hay que luchar para que esa gente mejore sus condiciones de vida. No tanto nosotras. Nosotras estamos bien, pero hay gente que no está bien, muerta de frío, muerta de hambre, sin medicación, como animalitos. Antes la relación con mis hijos estaba floja, pero ahora logramos relacionarnos mejor. Mi hija vino a casa, también vino mi hijo con mis nietos. Yo compré unos regalitos para ellos y quedó otra relación. Yo les conté: “yo vivo acá porque estuve enferma, pero ahora estoy mejor. La abuela los quiere mucho, quiere verlos siempre”, y ellos estaban contentos.

El hecho de poder hablar con usted me da la pauta de que estoy bien.

LUNA

-27 años-

Entrevistada entre diciembre de 2015 y junio de 2016

Nací hace casi 25 años en Villarica, Paraguay. No tengo familia, no la tengo. Mis padres murieron. La única familia que tengo es mi hija. Mis hermanos no me quieren ni ver la cara.

En Paraguay estuve hasta que tenía 17 años y mi vida era lavar cebollas. Mi papá cultivaba melones y sandías, y de eso vivíamos. Cuando mi papá falleció terminó todo eso y me fui a vivir a la calle. Mi mamá ya había muerto, no me acuerdo mucho de ella. Éramos 12 hermanos, cuatro mujeres y ocho varones. Yo era la segunda de las mujeres. En Paraguay fui a la escuela e hice hasta sexto grado, pero no me gustaba ir a la escuela porque ibas al baño y se te metían y te toqueteaban toda.

A Buenos Aires vine porque el tío de una señora que vivía cerca a mi casa me dijo que si quería venir y yo le dije que sí. Pero me trajo engañada. Me dijo “vení que vas a laburar bien”. Yo no quería, pero él me dijo que como estaba embarazada tenía que trabajar. Así fue. Yo tenía 17 años y estaba embarazada. Si te cuento no me lo vas a creer. Eso no fue porque yo quise. Cuando se enteraron que yo andaba por la calle me buscaron, me llevaron a un bosque, me quitaron la ropa y me dejaron ahí tirada. Nunca le vi la cara así que no sé quién fue. Cuando supe que estaba embarazada, dije “lo tengo, ya está”. Pensé que iba a tener un nene porque eso me dijeron, pero cuando vi que era una niña me quedé fría. Yo quería un varón, porque pensaba que un varón me iba a ayudar. Fue difícil con mi hija porque no fue producto de un amor sino de una violación, y eso es muy feo.

Pero como te decía, me trajeron engañada. Me dijeron que viniera a Buenos Aires a trabajar, pero era para otra cosa. Yo esperaba venir y que me dieran laburo. Llegué a Buenos Aires y pensé que me iban a tratar bien, que me iban a cuidar. Pero no te imaginás lo que te voy a contar ahora, chicas de 14, 15 años en esa casa. Se estaban prostituyendo. Yo no lo podía creer. Teníamos que dormir todas en una pieza en el piso, pero yo dormía en la cama porque estaba embarazada. Yo tenía que limpiar y me trataban como un perro. Salí de ahí cuando iba a tener a la nena. Ahí me escapé. Me subieron a un remis y me mandaron sola al hospital Oñativia⁸ a tener a la nena. Yo le conté al remisero y él hizo la denuncia, pero nunca fueron presos ellos.

⁸ Hospital Dr. Arturo Oñativia, Rafael Calzada, Buenos Aires.

Mi hijita nació acá, y era bebé y yo no podía hacer nada. Ella estuvo conmigo los dos primeros años, pero luego se la llevaron. Me la sacaron. Después de que la tuve y estaba en el hospital llegó una asistente y me dijo que me querían ver, y yo le digo bueno, no hay problema, que venga. Cuando viene es una señora que me quería llevar a un hogar de madres solteras. Estando en el hogar inicié un tratamiento en el hospital Gandulfo porque ya andaba mal, me agarró como una esquizofrenia. Yo veía cosas, veía diablos, monstruos y mi cabeza me hablaba, “dale, matá a tu hija” me decía. Y una vez casi la mato. La quería tirar contra el piso. Pero una chica me dio un cachetazo y me mandaron internada primero al Gandulfo⁹ cinco meses, y después me mandaron al Esteves. Y me la sacaron a mi nena, y ella ahora está con una familia adoptiva.

El Esteves es muy feo. Horrible. Jamás había estado en un lugar así. Paso por el Esteves y parece que viera los muertos. No sabés cómo me llené de piojos, estaba minada. Te afanan ahí. Yo tenía un montón de bombachas y me las afanaron todas. Ropa linda tenía, todo me afanaron. Hablé con la caba y ella no dijo nada. Ese es el Esteves. Estuve ahí como dos años y salí porque una señora me sacó. Silvia se llamaba, me quería mucho. La conocí en el hospital porque ella iba a ver a una amiga. Tomábamos mate, charlábamos, era una señora más grande que yo. No sé, me quiso sacar porque pensaba que yo podía ser su hija y me llevó a vivir a su casa. Su intención era que yo laburara para ella en un negocio de tortillas que tenía en una estación. Yo no quise, pero al final accedí. También el hijo de ella me maltrataba y me pegaba, me tiraba contra la pared, me ahorcaba, y ella no me dejaba hacer mis cosas en el baño, me tocaba en el patio. Hasta que un día ella me dijo “andate” y me echó de la casa.

Estuve una semana por la calle. Dormía acá en Temperley, en la estación, en ese frío helado. Estaba sucia, todo mi pelo sucio, comía cosas de la basura. No era la primera vez que vivía en la calle, ya había vivido así en Paraguay. En la estación me violaron y perdí mi bebé. Yo no quería vivir. Pero me encontré a Oscar [*] a quien lo había conocido en el Esteves, allá él estaba haciendo títeres. Entonces yo le comenté que me habían violado y él me dijo que pusiera la denuncia y me acompañó al hospital, y habló con una de sus amigas, y dijo si me podía dejar una noche para no dormir en la calle, y me dejaron dormir ahí.

Después amaneció y llamó a una asistente social para que me fuera a ayudar. Después Oscar me llevó a un hogar de madres solteras pero no había cupo entonces me trajo a Librement y habló con María Rosa [*] y ella habló conmigo y me dijo: “de ahora en más te vas a quedar en el PREA”. Y me quedé en el PREA Yo en parte digo que fue raro,

.....

⁹ Hospital Interzonal General de Agudos Luisa Cravenna de Gandulfo, Lomas de Zamora, Buenos Aires.

algunos dicen que me tienen lástima, pero yo no sé por qué me tienen lástima si no soy una discapacitada ni nada. Entonces me fui a una casa del PREA con cuatro mujeres más. Fue lindo. Me recibieron bien, con un plato de comida, después me dijeron que me bañe, me dieron shampoo, crema, me dieron ropa limpia. No sabés que lindo recibimiento que tuve. “¿Vos vas a ser la nueva?”, me dijeron. Empecé también a trabajar con Celeste [*] en la feria americana. Ayudaba a las chicas a doblar la ropa, a guardar en los cajones, eso hacía.

Después me volvieron a internar porque hice una macana, me tomé toda la medicación junta. Fue porque me peleé con mi ex pareja. A él lo conocí en el Esteves, era de seguridad, entonces me dijo: “cuando pueda yo te llamo”. Y yo lo llamé y hablé con él, y me dijo: “¿ya saliste?”, “sí”, le dije. Y así cuando salí lo encontré de nuevo. Fuimos novios dos años, hasta que fui a su casa y lo encontré con otra. Me agarró como una descompensación, no escuchaba nada, boluda me quedé. Parecía que me pasó un tren arriba. No hablaba. Y de vuelta al Esteves. Me empecé a poner mejor cuando conocí a mi actual pareja. La mamá de él estaba internada y así fue como lo conocí, y ya salí con él. Ya llevamos viviendo juntos un año y medio. Vivimos con la familia de él. Tenemos una sola pieza y somos cinco.

Y mi vida es así. Vengo a Librementemente los lunes a jorobar un rato. Los martes estoy en mi casa, tomo mate, lavo la ropa. También cuando estoy en mi casa a veces veo un programa en canal Volver que se llama “22, el loco”. Me encanta ese programa, trata de policías que agarran gente, delincuentes, y me hace reír tanto. Los miércoles a veces voy a la casa de mi amiga que la conocí en Librementemente en el taller de fotografía. Los jueves trabajo ayudándola a Fabi [*] con los nenes, en el taller de plástica. Me encanta. Cuando termina el taller limpio la mesa, ubico todas las cosas. Me encanta el trabajo, me encantan los nenes. Los viernes tengo reunión con María Rosa [*]. Si me porto mal ella o Graciela [*] me cagan a pedos. Ella me entiende, otras personas no entenderían, en mi lugar no podrían hacer nada. Ella me inspira algo que nunca lo sentí. Como una madre. Más que eso. Y los fines de semana voy a la casa de otra amiga del PREA.

Ando bien. No ando mal. Tengo problemas, sí, pero en cualquier casa hay problemas, ¿o no es así?

[Seis meses después]

Ya no estoy más con Ariel. La hermana de él me maltrataba mucho y me fui de la casa. Él no quiere saber nada más de mí, ya tiene novia. Entonces me fui a Constitución a buscar lugar y no conseguí. Fui al parador, pero había más chicas para entrar. La chica que atiende me dijo “entrá igual” y me tocó dormir en el piso. Es horrible. Había pulgas, había piojos. Después pedí ayuda y Carmencita me recibió en la casa. Ahí me

tuvieron que meter en la casita de nuevo. Ya estoy tranquila, gracias a Dios. Carmencita es muy buena, me compró botas, sandalias, de todo me compró Carmencita. Con ella nos peleamos, discutimos, como en cualquier casa. Ella compra la comida, pero no es justo eso. Hice una macana anoche pero no te puedo contar porque la gente va a leer el libro y va a creer que estoy loca. Muchas veces me internan por hacer macanas.

Ahora estoy estudiando peluquería y trabajando. Mi trabajo es limpiar y abrir la puerta. Es un trabajo del Promover¹⁰. Entré gracias a Nadia [*] y a Mercedes [*]. Ellas lucharon mucho para darme ese trabajo. Ahora tengo la tarjeta, pero no sé ponerla en el cajero. Es la primera vez que tengo tarjeta.

Ocho años ya cumple mi hija. Me pongo a llorar a veces porque no la tengo. Algunas veces no estoy bien y me quiero ir de nuevo a la calle. No sé, es mi idea, yo sé que aquí me ayudan y les dolería si me voy a la calle.

A veces pienso que la vida no es justa.

¹⁰ El Programa Promover la Igualdad de Oportunidades de Empleo, dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, se dirige a personas con discapacidad con el propósito de incluirlas ocupacionalmente, mediante el desarrollo de actividades que les ayuden a mejorar sus competencias, habilidades y destrezas laborales, para la inserción laboral en empleos o en el desarrollo de emprendimientos productivos

MEÑECA

-58 años-

Entrevistada en marzo de 2016



Meñeca, así me decía mi tío y así quiero que me nombrés. Nací en La Matanza, en San Justo, en la clínica América, que ya no existe. Nací el 4 de febrero de 1958 así que tengo 58 años. Mi apellido es ucraniano, pues de allí vino mi abuela, de Rusia para acá. Tuve una linda infancia, la recuerdo mucho. Me llevaba muy bien con mi mamá y con mi tío. Mi papá falleció de un ataque al corazón cuando yo tenía dos años, así que mi tío fue como mi papá. Será por eso que lo quiero tanto. Éramos muy unidos, íbamos del brazo por la calle.

Con mi familia teníamos un negocio de marroquinería. En una época fabricábamos, pero después se cerró y nos dedicamos a comprar a proveedores y vender al público. Yo trabajé ahí también. El negocio empezó con mi mamá y mi papá, y cuando él falleció se hizo cargo mi tío para ayudar a mi mamá.

Fui a la escuela e hice primaria y secundaria. También soy guía de turismo y me faltan las prácticas para recibirme de maestra. Estudié para guía de turismo por una decisión a medias entre mi tío y yo. Yo quería hacer medicina como había hecho él, que estudió

dos años, pero falleció el papá y se tuvo que hacer cargo de la mamá. Yo quería estudiar medicina, pero él me decía que no y me convenció. Tenía mucha influencia sobre mí.

Entonces estudié para guía de turismo y viajé mucho con el curso. Fui a Córdoba, a Mar del Plata, a varios lugares. En el curso nos enseñaban como guiar, como estudiar las cosas que uno tiene que decir, dónde ir a buscarlas. También ayudaba en la marroquinería, atendía, cobraba cuando no estaba mi tío, limpiaba la mercadería y todo eso. Cuando mi mamá falleció fue cuando realmente trabajé en el negocio. Yo quería ocupar el lugar de ella. Falleció de cáncer, en seis meses.

Después de guía de turismo empecé con el magisterio. Lo dejé cuando estaba juntada con mi marido. No estoy casada por la iglesia porque él estaba separado de la primera mujer, así que yo no me casé. Él no me permitió seguir y terminar la carrera. Tengo una hija discapacitada, por así decirle, tiene problemas convulsivos, problemas de conducta y también se aislaba por momentos. Es hiperactiva. Primero empezó en una escuela normal, pero como era muy inquieta, con muchos problemas, la pasaron a una escuela especial.

A mi marido lo conocí en el año 83, más o menos en el año que murió mamá. Lo conocí por intermedio de una vecina amiga, pues él era amigo del hermano de mi vecina. Fue en un café concert que estaba en San Justo. A mí me llamó la atención él. No era feo, y cuando empecé a tratarlo me encandiló el hecho de que era un buen papá, aunque con mi hija no fue tan bueno. Nos fuimos a vivir juntos a mi casa, mi tío al principio no sabía, era medio a las escondidas. Cuando se enteró puso el grito en el cielo. Mi tío estaba casado en primeras nupcias con una señora que se llamaba Mariela, pero se separaron y él se juntó con otra señora que era amiga de mi mamá. Y también a mi tío le costó contar que se había juntado con ella. Fue ella quien me contó. Nos caracteriza eso. Él me hizo una novela, como a una nena chiquita me contó.

Mi tío decía que mi marido me iba a dejar en la calle, y bueno, no se equivocó mucho. A los cinco años de vivir con mi marido quedé embarazada. En esos primeros años nos llevábamos bien, muy bien. Él era maestro mayor de obras y la ex mujer vivía a 15 cuerdas de casa. Después me equivoqué de pedirle a mi tío la herencia de mi mamá para poner negocios y se fundieron todos. Con lo que me dio mi tío puse una marroquinería. No funcionó. Mi ex marido trabajaba en esa época en Congreso y venía tarde, me dejaba sola en el negocio y no funcionó. Él había dicho que me iba a ayudar, pero no me ayudó, y yo sola el negocio no funciona, es muy difícil mantenerlo. Yo también tenía un local en sociedad con mi tío y él me dio el dinero de mi parte y pusimos una verdulería. Tampoco funcionó porque mi marido es muy quedado y yo sola al frente de todo no podía.

Mi hija nació en 1989. Hoy tiene 26 años. Yo estaba contenta cuando quedé embarazada. La que sufrió fue la hija de mi marido porque yo tenía una buena relación con ella y se sintió celosa. No manejé bien las cosas porque ella se sintió dejada de lado. En la verdulería yo estaba al frente del negocio y él cuidaba a la nena. Yo hubiese preferido que fuese distinto, que él estuviera al frente y yo cuidar a la nena. Ella era muy chiquita y sentía la ausencia de la mamá. Pero la verdulería tampoco funcionó porque él no se levantaba temprano para ir a buscar la mercadería. Cuando se cerró la verdulería él se puso a trabajar como chofer de un taxi. No era un hombre proveedor, no podía. Mi marido no era buscador, se bajoneaba enseguida, no era de buscar trabajo. Entonces mi tío me daba la plata del alquiler del negocio y con eso vivíamos. Yo trataba de estar con la nena, pero no podía como hubiera querido.

Yo quería que mi marido se quedara con la nena para yo buscar trabajo, pero él no quería. Tuvimos un quiosco, pero tampoco funcionó. Yo tenía unos pesos ahorrados y quería pagar las expensas del departamento y él no me dejó pagar la deuda. Él no pagaba la luz ni el gas. Mi tío no quería saber nada y no quiso ayudarme más. No quería a mi ex marido. Después nos separamos porque era muy celoso y yo no sentía deseo de estar con él. Al año o los dos años de haberme separado fue cuando caí internada. Me quedé con la nena, pero él no me pasaba alimentos. Era difícil conseguir trabajo con la nena, entonces mi tío me daba plata por semana. Ahí me volvió a ayudar. Yo le pedí perdón porque él me había puesto a elegir entre la familia y mi ex marido, y yo había elegido a mi ex marido.

Caí internada según lo que yo sé, porque el consorcio me hizo una denuncia por falta de pago de expensas. Debía mucho, el valor del departamento, y fue a verme una trabajadora social. Yo había sacado las puertas de las piezas porque la nena se había agarrado los deditos, entonces yo agarré y saqué las puertas de las habitaciones, la del baño, todas. Traté de explicarle eso, pero no me escuchó. Me parece que no le gustó a la trabajadora social la manera en que vivía.

Me citaron del juzgado y cuando estaba saliendo de allí me metieron en un móvil policial y me trajeron. No me dijeron nada. Me citaron, hablé no sé si era con un juez o un psiquiatra, y me dijo: “no tenés dónde vivir”, porque pensaban ejecutarme el departamento por la deuda, pero como está a nombre de mi mamá no pueden hacer nada. Y me metieron en el móvil y me trajeron. Así, sin ropa, sin nada. Tenía miedo que me robaran el documento y no se lo quería dar a la policía. Me lo pidieron cuando estábamos llegando al hospital y no se los quería dar. Cuando me atendió el psiquiatra me dijo lo que decía la carpeta que le entregaron, que yo tenía que vivir en el hospital. Y cuando me pasaron a una sala me decía la psiquiatra que en el hospital no se vive, pero que todavía no estaba para salir. Me ofrecieron el PREA y no acepté porque no me imaginaba cómo vivir con otras personas con el mismo problema. Me llevó trece años

el decidirme. No estaría preparada.

A mi hija mi ex marido me la robó. Me la tenía que dejar, no me la dejó, la metió en el auto y se la llevó. Él la buscaba los domingos y después me la volvía a llevar. Un domingo de esos la trajo, pero no sé qué se le cruzó en la cabeza que la metió al auto y se la llevó. Yo me quedé en la calle. No sabía qué hacer. No reaccioné. Eso pasó antes de la situación del juzgado, no me acuerdo cuánto tiempo antes, un año puede ser. Fui a poner la denuncia, pero no me la tomaron. Mi tío me dijo que él ya me había dicho que mi marido me iba a dejar sin nada. Yo estaba angustiada porque no esperaba que mi marido me hiciera eso. Pero él me había dicho que había perdido una hija y que no iba a perder otra.

Después de un año que me trajeron al hospital mi tío me vino a ver. Me trajo ropa, zapatos. Venía una vez por semana hasta que se enfermó. Estaba mal de la próstata y no podía viajar tanto con el auto, entonces dejó de venir. Él ahora está internado en un geriátrico y mi tía no me lo deja ver. Yo antes llamaba todas las semanas al negocio y hablaba con mi tío para saber cómo estaba, y le decía que quería poder tener la relación que teníamos antes. Él me trataba de una manera cuando estábamos solos, era más cariñoso. Cuando estaba con la segunda señora era más distante. Un día me atendió ella. A mí me molestó un poco que ella estuviera en el negocio de mi mamá. Me cayó mal que me haya dicho que lo internó. Yo hubiese sido capaz de cuidarlo, hacerme cargo de él y que no estuviera en un geriátrico. Todavía sigo pensando eso, tengo ganas de cuidarlo yo.

El hospital fue bueno. Yo me daba mucho con las enfermeras, no con las pacientes. Tanto las pacientes y las enfermeras me veían como una enfermera más. La pasé bien. Me sobrepuse a la angustia de no poder ver a mi hija, de que mi tío no me venía a ver, de esas cosas. Yo ayudaba mucho en el hospital. Me levantaba, recibía la ropa del lavadero y la acomodaba en un cuartito. Attendía el comedor en el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena. En mi sala eran 90 más o menos. Ayudaba a la camarera a enjuagar los platos. En realidad no eran los 90 platos porque hay muchas que no comen, se van a pedir plata, monedas y no están, pero a la noche si están todas porque a las seis de la tarde se cierra la puerta. Después me cansé, era mucho trabajo. En ese entonces yo no tenía el carácter que tengo ahora. El hospital parece que no me producía bienestar, porque las chicas con las que vivo dicen que me veían en ese entonces muy sargentona. Ahora no. Yo también lo noto. En el hospital tenía ese carácter para poder manejar a todas las pacientes, que son difíciles. Son muy demandantes. Yo soy muy dócil, muy tranquila, pero ahí era otra para sobrevivir.

Tuve la suerte de siempre estar en la misma sala, no me hubiera gustado que me cambiaran. Las pacientes que tienen pensión y tienen acompañante se compran su placard,

como yo. No me acuerdo mucho de las otras personas que estaban en la sala. El otro día estaba contando en un grupo al que voy de mujeres, el que coordina Graciela [*], que hice un clic. En el grupo había una chica que se externó hace poquito y dice que al hospital lo extraña. Yo le dije que cuando salí hice un clic. No me acuerdo de nada. Pasé la página. Al grupo de mujeres voy desde que me externé y hablamos de temas. Hicimos una tarea que era un bolsillito para llevar el documento porque una contó que perdió la pensión porque lo llevaba en el corpiño y se le cayó.

Trece años estuve internada y salí hace un año. Después de trece años parece que ya estaba preparada para vivir otra vez en la sociedad. Yo no tenía posibilidad de externarme si no era con el PREA. Se perdió mi vínculo con mi hija, por un lado, y con mi familia, por el otro. Cuando me decidí a entrar al PREA fui y le dije al médico que quería el PREA. Me dijo si estaba segura y le dije que sí. Lo que no esperaba es que fuera tan rápido. En el PREA empiezo a relacionarme con otras pacientes. Con otras chicas que pasan por la misma situación. Yo como que negaba la enfermedad. Tampoco tengo diagnóstico. No sabría explicarte lo que me pasa. Me tomo la medicación y me hace bien. Tomo medio valium de 10 a la mañana y me dieron risperidona y biperideno porque temblaba mucho.

Estuve un año en los talleres del PREA y conjuntamente me dieron el permiso de salir sola y venía a Libremente, a computación. Yo salía, pero acompañada. Hace un año vivo afuera. Salí a una casa que ya estaba formada y tampoco estaba muy segura, no sabía cómo les iba a caer yo a las chicas. Pero parece que salió todo bien. Somos cinco en la casa. La vida con ellas ha sido muy buena, mejor de lo que yo esperaba. Yo puse de mi parte no siendo tan sargentona. Ya no soy sargentona y somos un lindo grupo. Salimos juntas, nos esperamos para comer. Encontré una familia. La casa es chiquita, tiene un living comedor, dos piezas y un baño. Yo comparto la habitación con Laura. Ella es muy buena compañera, me acompaña a todos lados. Nos conocimos en la casita. Ella salió hace creo que tres años y ahora se operó del brazo porque se cayó yo la ayudo a bañarse, a todo eso. Estoy preocupada por otra compañera de la casa con quien nos llevamos bien, porque está sin ganas de hacer nada y eso no es bueno. Me pone mal que ella esté mal y espero que no me pase lo mismo. Yo vengo todas las semanas, hablo con gente y eso me hace bien. Y el trabajar también me hace bien.

Ahora estoy trabajando en el Promover. Estoy en Desayunate¹¹ como secretaria y en la recepción los días martes a la tarde. Promover depende de Nación, pero ahora no sé qué va a pasar con eso. A las pacientes que salen se las incluye laboralmente. Mis

.....
¹¹ Taller semanal que se realiza en el Centro Comunitario Libremente, en el cual mientras se comparte el desayuno, se charla sobre temas de actualidad propuestos por los participantes.

¹² Administración Nacional de la Seguridad Social.

ingresos entonces son el sueldo del Promover y la pensión que me tramitaron en el 2009 más o menos. La gente de ANSES¹² vino al hospital y nos hizo firmar una planilla. También fuimos a Mar del Plata a un congreso de arte y salud. Eso fue en septiembre. Una aventura. Para mí volver a ver el mar fue increíble. Hacía mucho que no iba al mar. Fue una experiencia muy linda, conocí mucha gente y nosotros hablamos de qué nos pasaba, que hacíamos, así como te conté a vos. Hablamos del PREA y del Promover. Había mucha gente, incluso algunos habían venido de Paraguay. Las obras teatrales que se presentaron fueron muy lindas. Lo que yo no estaba de acuerdo es que algunos de ellos hacían relación del alta con dejar la medicación, y no es así. No estoy de acuerdo con eso. Si dejás la medicación te descompensás.

También estoy haciendo talleres en Librementemente. Empecé con “encuentro con la voz” y “cocina saludable”, y ahora sigo en “cocina saludable” y empecé “auxiliar familiar y recreación infantil”. Este último es como una maestra jardinera, más o menos, para que me entiendas. Para animar fiestas infantiles y esas cosas. Es tres veces por semana. Hacemos cosas con cartulina y hablamos de los derechos de los niños, de la familia. Por ejemplo, de chicas que tienen que trabajar desde muy chicas en el campo y no pueden ir a la escuela. El curso de “auxiliar familiar y recreación infantil” me hace recordar tiempos pasados porque yo estudié el magisterio. Me faltaban las prácticas y recursar unas materias, pero no tenía con quien dejar la nena así que iba con la nena y me dijeron que no, que no podía hacerlo llevando a la nena al curso. Así que quedó inconcluso eso. Ahora me llevo dos títulos en un año. Y hay posibilidades de trabajo y eso me tiene contenta, pero también creo que por mi edad no me van a contratar. No podría dejar la pensión así que no puedo pensar en trabajo en blanco. El curso que estoy haciendo me conectó con mi adolescencia. Es el lugar al que yo quiero llegar, que fue cuando me sentí más feliz. Pasé mucha amargura en mi matrimonio y yo quiero reencontrarme con mis afectos. Es una etapa en que estoy, que necesito de esos afectos. No incorporo nuevas amistades.

A mi hija la están buscando. Vi una foto de ella en Facebook y fue emocionante. No esperaba verla tan parecida a mí. No sé si ella me quiera ver. Veo el encuentro difícil porque nos tendríamos que empezar a conocer de vuelta. Tengo muchos reclamos hacia el papá y eso no es conveniente para mi hija. Ella es igual a mí, pero no la encuentro. Hubo una conversación telefónica con ella, la asistente social llamó al celular de mi hija, pero después no se pudieron comunicar más con mi nena porque habrá cambiado el número, no sé. Veo los caminos cerrados. Yo quiero verla, pero me mantengo bien dando por pedido eso. Se hace largo, pesado. Lo veía más cerca cuando me mostraron la foto por Facebook, pero ahora lo veo más lejos. La verdad es que me pone mal. En el juzgado no la ubican, lo que sé, lo sé por el PREA.

La asistente social, Analía Monchetti [*], me está ayudando en eso y con lo del departamento. Pero el juzgado dice que no se puede hacer nada con el departamento. Yo tengo que pagar la deuda, pero no puedo. Y yo quiero que del negocio me paguen una mensualidad, que me corresponde. Si me dan lo que me corresponde puedo empezar a pagar la deuda. El juzgado quería que fuera a San Justo a pasar un día, pero no había transporte. Y es difícil, no sé cómo voy a encontrar la casa, me puede poner mal. Había perdido las esperanzas de volver a mi departamento. Ha cambiado San Justo según lo que me dijeron. Hicieron un peatonal en la calle principal donde tenemos el negocio nosotros, según me ha contado Belén [*]. Así que un gran avance. Me gustaría verla como está, pero yo le tengo miedo a volver para atrás. No sé qué me puede pasar, me voy a emocionar, me voy a poner mal. Analía [*] me quiere llevar a ver a mi hija pero yo tengo miedo de enfrentarme con mi ex marido. No sé con qué me va a salir. Me puede mandar a la mierda. Tengo miedo...

Quiero reencontrarme con mi hija, con mi tío, con mis amigos. Tengo que trabajarlo porque son muchos años, pero hay una posibilidad. Mi hija está en tratamiento y yo estoy en tratamiento psicológico y las psicólogas se van a hablar, van a hacer el trabajo para la conexión con mi hija. La asistente social de Librementemente llamó a una ex cuñada mía y le contó que estaba en tratamiento. Lo necesito. Sería como un bálsamo para mí.

Terminaría diciendo que no es difícil convivir con enfermos, si los comprenden y los incluyen. No es difícil la vida con los enfermos mentales si están bien. Se está bien con la medicación y con el tratamiento, y también es parte de uno.

XX

YO ESA LOCURA LA QUIERO VIVIR

XX

ANA

-53 años-

Entrevistada entre junio de 2015 y julio de 2016

Pertenezco a una familia de clase media, de buen pasar, que me mandó a escuelas privadas. Siempre tuvimos mucama. Mis padres eran profesionales y trabajaban los dos. Mi adolescencia fue brillante, sin drogas, sin bailes, con estudio. Iba a la iglesia y trabajé colaborando con un movimiento de discapacitados motores con mi novio de ese momento. Él tenía un hermano en el ERP¹³ y otro en Montoneros. Nos escribíamos cartas y hacíamos solidaridad juntos. Íbamos todos los jueves a una reunión comunitaria con el padre Pablo Tissera, quien es famoso en San Luis y Buenos Aires porque fue un tipo muy progresista, muy sacerdote, que se mezclaba entre nosotros como uno más. Me marcó la vida. Durante mucho tiempo fui cristiana, incluso católica, devota de San Francisco de Asís. Después de la adolescencia eso pasó. Entre la terapeuta y mis viejos me forzaron a cortar con mi novio y yo dejé de concurrir a la parroquia.

Cuanto tenía 16 años mis padres se separaron y quedamos mi hermana de 10 años y yo. Ella tiene seis años menos, pero es la voz cantante. Se separaron en el 76 por la dictadura, porque se volvieron locos, discutían mucho, después de 18 años de matrimonio y una buena convivencia mi papá se fue. Con la separación de mis viejos entré en una etapa difícil, una etapa muy triste de nuestras vidas porque lo extrañábamos mucho a papá. Él era un sol de alegría, de festejo, de trabajo, de buen humor, y contagiaba con eso a toda la familia. Nos seguimos viendo, pero no era lo mismo porque él hizo una familia nueva, con dos chicos más.

La etapa triste de mi vida empieza cuando ellos se separan y mi madre entra en un principio de alcoholismo que siguió durante toda su vida. Mi viejo también lo tuvo pero él lo superó. Desde los 16 hasta los 26 padecí el tema del alcoholismo de mi madre en soledad. El deterioro fue progresivo, no se nota de golpe. Cuando metía la llave en la puerta ponía la cabeza baja, pero un día me di cuenta de que tenía miedo de volver a mi casa y encontrar a mi mamá alcoholizada. Yo estaba al borde del suicidio, muy deprimida. Con la idea del suicidio coqueteé mucho tiempo porque estaba muy deprimida. Una compañera de trabajo me presentó Al-Anón, que es el lugar para la recuperación de los familiares y amigos de alcohólicos. Es un lugar autónomo que solamente

¹³ *Ejército Revolucionario del Pueblo, agrupación guerrillera que actuó durante la década de 1970.*

se dedica a la recuperación del alcoholismo. En los grupos de Al-Anon fue la primera vez que me sentí incluida en un grupo, que pude decir “nosotros”.

Realmente yo estaba muy mal y las reuniones de Al-Anon me hicieron mucho bien. Es lo único que hay, porque no hay profesional que te ayude con el tema del alcoholismo. Mi vieja no quería que se divulgue el tema de su alcoholismo porque lo tenía muy tapado y le daba mucha vergüenza. Entonces, mi mensaje para los hijos adultos de alcohólicos sería que no pongan en evidencia el alcoholismo de los padres, no que lo tapen pero que tampoco les recriminen, que mantengan en secreto que van a las reuniones de Al-Anon, porque el alcohólico lo único que ve es la botella, y la botella pasa a ser su mejor amigo, su aliado, su pareja, su vida. Lo mejor es sugerirle indirectamente que se conecte con Alcohólicos Anónimos o Al-Anon o Alateen, dejándole folletos o a través de un amigo. Nunca directamente porque se persigue y se puede desatar un episodio de violencia, como me pasó a mí. Yo quisiera transmitir el mensaje de que los parientes se acerquen a Al-Anon y prueben un tiempo. Al principio uno sale desesperado a buscar la solución y eso es casi imposible, porque hasta que no toca fondo un alcohólico no deja de tomar. El alcohólico no puede dejar de tomar por sí solo, necesita ayuda, pero solamente lo puede ayudar otro alcohólico, entonces mi mensaje para esas personas que padecen el sufrimiento del alcoholismo es que se acerquen a pedir ayuda a Alcohólicos Anónimos, o a Al-Anon, o Alateen. No hay nada mejor.

La época negra más complicada fue cuando mi hermana a los 19 años tuvo un accidente de auto. Por el alcoholismo de mi madre yo me había ido a vivir a una pensión, pero volví a casa a raíz del accidente de mi hermana. Ahí comienza la etapa difícil de la familia, pues mi hermana tiene mucho rechazo hacia mí porque siente que la culpa de la separación la tuve yo. Mi mamá también me echa la culpa de la separación, porque alguien tiene que hacerse cargo de la culpa en la familia. Yo fui la depositaria de toda la patología familiar, como si fuera el emergente. Al volver a casa mi hermana estaba muy agresiva conmigo, mi mamá no me protegía, y a raíz de una pelea que tuve con mi hermana, a los 26 años más o menos, mi hermana me acusó de haber iniciado la pelea, de ser la golpeadora, y fue al revés, ella me atacó con una silla y como me echaban la culpa me ofendí y me fui. Me fui a la casa de un amigo, después a la casa de otro amigo hasta que conseguí alquilar una piecita en una casa de familia. Me fui de Olivos a un barrio mucho más pobre y más sucio.

Primero estuve en pareja con un escultor de la zona de donde alquilaba la piecita. Él era muy talentoso realmente, pero era muy celoso y muy hippie. Su casa era una romería de gente, de artesanos que entraban y salían permanentemente, pues iban y trabajaban en la casa. Tuve una especie de convivencia con él, pero cuando metió otra mujer me fui. Lo quise mucho, estaba muy enamorada de él.

Después conocí a un muchacho y me sentí atrapada y prisionera en esa relación. Él había sido torturador de la ESMA¹⁴. Cuando me di cuenta de lo que era me quise librar de él, pero no podía porque tenía mucho miedo de que me matara. Me hicieron una cama para que me fuera a vivir con él. La mujer me pidió la habitación, yo no tenía plata para pagar la pensión y me fui a vivir con él, y ahí se pudrió todo en la convivencia. Le desperté todos sus demonios y el tipo terminó violándome todos los días, y yo encerrada sin poder salir de la casa, muy nerviosa, muy alterada, deprimida, sin trabajo, pues tuve que tomar una licencia médica porque tenía fiebre todos los días. Yo tenía 36 años.

Trabajé por 17 años como maestra de taller en la Escuela Nacional de Arte Dramático. Tuve continuidad laboral a pesar de que estuve tres años con licencia médica por una depresión que me agarró. Empezó la depresión con la segunda elección de Menem. Lo que detonó la depresión profunda fue la explosión de la embajada de Israel y esa relación con un torturador de la ESMA. Cuando me di cuenta ya estaba metida en la relación y el tipo no me quería soltar. Tuve que ser muy astuta para lograr que él me dejara. Yo no lo podía dejar porque el tipo me mataba. Me tenía prisionera por el miedo. Y ahí me puse muy neurótica porque tuve que esconder mis pensamientos. Siempre fui media hippie. No fumadora de porro ni sucia, pero de espíritu libre, adecuada a mi época. Ellos se manejan por un código muy machista, muy antiguo, en donde el hombre tiene que ser el proveedor y la mujer en la casa. Pero no tengo pruebas, sólo lo sé por la forma en que me trató y las cosas que me decía. Me dejó hecha pomada.

Logré salir de la casa de Darío, el torturador, y regresé a la casa de mi mamá. Pero yo seguía muy nerviosa, con mucha irascibilidad, discutíamos con mi mamá. Ella no era una borracha escandalosa, era una bebedora moderada, pero en su última etapa estaba muy confundida y me endilgaba que yo tenía tema con las drogas, que hacía brujería, que era agresiva, que le pegaba. Con todo eso fue a la policía, a los tribunales y logró internarme. Con esto te quiero decir que no se coteja el testimonio de la familia. Ni siquiera en las entrevistas con los psiquiatras, porque una vez que tu madre dice que sos peligrosa para vos misma y para terceros la internación es automática, no hay un proceso de revisión, ni siquiera de indagatoria previa a la internación que tiene que ser con tres psiquiatras, no con uno solo, lo cual habla muy mal del sistema judicial, del sistema de salud y de los tribunales de familia. Me parece que fallan porque yo fui internada injustamente, acusada de cosas que después se demostraron que no eran verdad, porque yo entré como drogadicta y salí como adicta al trabajo, porque tenía que ser adicta a alguna cosa. En realidad, con el tema del trabajo siempre fui muy

¹⁴ Escuela de Mecánica de la Armada, centro clandestino de detención y tortura durante la última dictadura militar (1976-1983).

responsable, y no concebía mi vida sin tener un trabajo. Estudié trabajando y seguí trabajando toda mi vida.

La primera internación duró tres meses en un lugar privado que tenía poca infraestructura. Fue muy traumático. Tuve síndromes malignos con las drogas, me contracturaba y no me dieron los paliativos necesarios. Cuando salí no podía caminar, estaba muy atrofiada porque al haber poca infraestructura estaba encerrada en un departamento, tenía una cama y un pasillo para desenvolverme y nada de sol.

Esa internación ocurrió porque la policía vio que estaba viviendo sola en mi casa. Habíamos tenido una discusión con mi mamá y ella se fue. Yo le puse una denuncia a mi mamá porque me atacó, junto con la pareja de ella, y se armó un escándalo bárbaro, yo llamé a la policía, ella también. La policía me vino a buscar y me llevaron al hospital, me dejaron ahí toda la noche, y al día siguiente fui a la comisaría caminando y el inspector me tomó una exposición civil, que es el paso previo a la denuncia. Por esa denuncia mi vieja no podía convivir conmigo y me quedé viviendo sola en mi casa. Después de la discusión se fueron a vivir a la casa de mi abuela y a mí me vino a buscar la policía. Se me tiraron encima, no me creyeron que yo quería ir al baño. Eran los de narcos, venían vestidos de camperita y jeans, no de uniforme. La de uniforme fue la mujer policía que tuve al lado cuatro horas esperando a que viniera el psiquiatra. Me atendió un solo psiquiatra. Fue en una clínica muy famosa de Caballito.

Esa primera internación, que duró tres meses, fue en el año 98, y ahí falleció mi papá. Tenía enfisema pulmonar, lo internaron y se murió. Me quedé muy mal porque no lo pude visitar en su lecho de enfermo, ni lo pude consolar, ni prepararlo para la muerte, ni acompañarlo en ese momento. Yo lo quería mucho a mi papá, lo cuidaba mucho, y sin la intervención mía... yo de alguna manera sostenía un equilibrio en la familia y eso se rompió cuando quedé internada. Mi hermana tuvo una crisis de nervios, con convulsiones, mi abuela casi se muere. Esos tres meses que estuve separada de ellos fueron un cataclismo para mi familia. Esa fue la primera internación, a los 36 años.

En septiembre de 2005 más o menos fue la segunda internación. Me mandan un mail diciéndome que, si colaboraba con la reapertura de una cuenta dormida en un banco de Burkina Faso y me hacía pasar por pariente de esta persona, iba a cobrar parte del dinero. Era muchísima plata. Me mandaron dos mails, uno de un empleado del banco y otro del gerente del banco haciéndome la misma propuesta. Yo la seguí porque me pareció divertido y practicaba el inglés. Después resultó ser una estafa, pero yo pensé que me salvaba de todo. Entré en un estado de euforia y a la semana salí a la calle y la policía me levantó porque los vecinos habían denunciado que yo estaba hablando sola, lloraba o me reía o gritaba. Que era cierto, pero yo no estaba hablando con una perso-

na imaginaria, estaba jugando que hablaba por teléfono. O sea que dentro de todo no fue un gran delirio, fue un estado de euforia y de miedo también, porque tenía miedo de tener tanta plata.

Esta segunda internación duró dos años y fue en el Esteves. También la pasé muy mal, también agredida por la policía. La primera internación fue de tres meses, la segunda de dos años, y después fui a parar a un geriátrico. Salí con una pensión de 200 pesos y en mandaron a un geriátrico en donde yo tenía posibilidades de salir, pero tenía que volver a dormir ahí. Ya había muerto mi mamá y mi hermana no quería que yo volviera a mi casa, así que me mandaron ahí. A la doctora Calabrese le costó mucho sacarme del hospital, porque me tenían depositada ahí y estaban todos muy conformes con la situación.

Estuve dos años en el geriátrico. El primer año me la pasé durmiendo, me levantaba a las tres de la tarde, todo esto tomando medicación. Iba a controles al hospital. Después cuando me desperté, cuando empecé a tener un sueño más regular, empecé a hacer talleres, a tener amigos, me gustaba un muchacho y empecé una relación de amistad con él. Era profesor de dibujo y yo iba a sus clases y nos llevábamos muy bien. Cuando empecé a estar mejor las cosas en la pensión se pusieron más bravas. Había un clima de hostilidades hacia mí y entre los empleados, porque se fueron unos empleados viejos y llegaron empleados nuevos, y había una guerra entre los viejos y los nuevos, había un clima de mierda en la pensión y me quise ir, pero lo hice compulsivamente, pidiéndole a mi hermana que me dejara visitar la casa de Villa Adelina, que era la casa de mi abuela, donde vivía mi hermana con un muchacho. Mi hermana estaba muy mal en esa época, muy agresiva también. Y bueno, conseguí hacerme del dinero de la mensualidad de la pensión, dije que iba a pagar semanalmente, pagué una semana, me quedé con el resto de la plata y me fui a otra pensión. Al ser pensión completa con casa y comida era mucha plata. Yo podía conseguir otra pensión por 400 pesos y ahí pagaba 5.300.

Todas las internaciones fueron por vía judicial porque el marco fue un juicio por insania, que todavía sigue, todavía estoy declarada insana. La tercera internación la hizo el novio de mi hermana porque yo me cansé de vivir en el geriátrico y me quise escapar y no pude. Cuando vino mi hermana a buscarme salí a la vereda y me fui por otro lado a vivir a otra pensión ahí cerca en San Fernando. Mi hermana tuvo que poner una denuncia por desaparición de persona, a pesar de que yo la llamaba todos los días. Entonces ahí en esa pensión, como yo estaba sin hacer nada y no supe decir que era profesional, que tenía un título, que tenía trabajo variable, me tomaron por prostituta o no sé qué, y no me aceptaron el pago de la siguiente semana. Pasé una semana en la pensión, me echaron y tuve que volver a la casa de mi hermana.

Yo había hablado con el terapeuta familiar para que suavizara un poco las cosas y me ayudara a conseguir las llaves de la casa, pero mi hermana no me quiso dar la llave de la casa, me tenía encerrada todo el día, tenía miedo de que yo le pegara, no me hablaba. Mi hermana fue otra vez con mentiras a la justicia y ese día a la noche me vino a buscar la policía. Llegaron dos policías y me llevaron con mentiras, me dijeron que me iban a evaluar en un lugar imparcial. No hubo ninguna evaluación, me internaron directamente y ahí tuve una crisis de nervios. Yo le pedí a la señora que me tuvieran en observación antes de medicarme. Tenía mucho miedo porque la había pasado muy mal en la segunda internación con la medicación. Se fue la policía y llegaron los enfermeros, que estaban de civil, uno se puso atrás mío y dijo “halopidol”, y ahí yo entré en pánico y corrí hasta la puerta, me escondí abajo de la mesa, me levantaron en andas, yo grité “me van a matar”, tenía miedo de que se pasaran con la medicación, de que me mataran. Estaba muy asustada. Entonces dijeron que yo estaba paranoica. Y me desnudaron, me medicaron y me desperté al otro día totalmente olvidada de lo que había pasado. Me quitaron toda la ropa que traía, hasta la ropa interior, el calzado, y me dieron ropa del hospital. Esa fue la tercera internación que duró cuatro años. Dos años como una paciente común y los otros dos como paciente del PREA.

Mi hermana estaba convencida de que yo estaba muy enferma mentalmente. Eso era lo que le decían los médicos. El terapeuta familiar cuando me internaron la tercera vez no consiguió nada, siendo que era el terapeuta familiar y nos conocía a las tres. Yo pedí terapia familiar después de la segunda internación porque me estaban haciendo pelota, me estaban agrediendo muchísimo y yo no tenía intimidad ni privacidad. En esa terapia familiar se determinó que había mala voluntad y doble mensaje por parte de mi madre, con lo cual yo tengo las internaciones por vía judicial en el marco de un juicio por insania que me levantó mi mamá y que todavía sigue en pie. La situación vino cuando yo estaba internada todavía, y a pesar de los testimonios de los profesionales que dieron en el Esteves, y que me vieron y que abogaron por mí, renovaron la declaración de insania. Todavía no puedo manejar mis bienes, no puedo comprar ni vender, no me puedo casar. Tengo mis derechos civiles anulados, salvo el del voto. Y mi hermana es mi curadora.

Después de dos años de estar en la tercera internación entro en el PREA, no sé por beneficio de qué hada madrina. Yo iba a pintar mucho al CREAM, que es un dispositivo interno del hospital, y expuse varias veces junto con las compañeras porque el profesor organizaba exposiciones, conseguía lugares para exponer, materiales buenos, bastidores. Al principio era paupérrimo lo que había para dibujar. Yo igual iba y me nutrí bastante del CREAM¹⁵ porque ahí te tratan como una persona realmente. Es una isla dentro de lo que es el mundo de las salas, donde uno es bastante maltratado, te niegan las pastillas para el dolor menstrual, no hay toallas higiénicas, uno se las tiene que arreglar sin papel higiénico. Si no tenés un ingreso que te trae tu familia la pa-

sás muy mal porque no tenés para comprar cigarrillos ni para comprarte nada aparte de la dieta del hospital, que es pésima. Las enfermeras te tratan mal, las compañeras también te tratan mal porque son personas enfermas, entonces un poco de envidia se puede despertar.

Cuando entro en el PREA empiezo en el taller de admisión. Estuve cinco meses con dos psicólogas estupendas y cuando paso al PREA propiamente dicho tengo un shock porque me encontré con psicólogas muy jovencitas que no ejercían su profesión, sino que los talleres eran de cualquier otra cosa, de maquillaje, de cocina, y sufro un duelo porque tengo que dejar el CREAM para tener actividades en el PREA. Tuve un par de exabruptos entonces me consideraron difícil de socializar. Uno fue porque era el día de pintura y nos pusieron un taller de manualidades, que era reciclar unas cajas de tetra brick para hacer monederos. Era linda la manualidad, pero yo estaba con más ganas de ir al taller de pintura, entonces les dije: “esto parece la feria hippie, prefiero pintar”. Las chicas se sintieron muy mal. El otro fue porque tuve un pedido de auxilio por una operación que tuvo mi hermana que me removió un aborto y pedí contención psicológica, y una estudiante de psiquiatría me dijo que yo era una desubicada porque estaba hablando de mi aborto, y yo lo único que hice fue pedir contención porque estaba muy movilizada, reviví la situación de mi aborto con mucha tragedia, porque fue un aborto de cuatro meses y a mi hijo lo despedazaron y no sé si la anestesia le llegó o no, si le dolió o no. En fin, yo ya tenía una comunicación con el bebé, estaba en la secundaria y lo quería tener al bebé, pero el papá no quiso.

Una vez que entro en el PREA empiezo a engordar. Había adelgazado muchísimo, estaba piel y hueso realmente. Pesaba 45 kilos, 15 menos que ahora. De los talleres del PREA el más lindo fue el de cine, porque nos sacaban y nos llevaban a Libremente. También las salidas del hospital. Y el taller de cocina que comíamos lo que queríamos, pedíamos para cocinar y cocinábamos nosotras. Eso fue lo más lindo. Y lo mejor fue que tuve esperanza. Tengo que agradecer. Si bien al principio se equivocó la asistente social porque me llevó a una entrevista al tribunal sin el documento, después se revirtió la situación y se ocupó muy bien de mí, de dejarle una imagen a mi hermana, que tenía una imagen completamente distorsionada de mi persona, de crearle una situación de que puede confiar en mí, de que se puede restablecer el vínculo. De hecho, se restableció el vínculo con mi hermana y ella no se opuso a que yo saliera por el PREA.

Tardé dos años en salir. Tenía el apoyo de la secretaría de derechos humanos porque tengo un amigo que trabaja ahí, pero nunca me animé a hacer una denuncia formal en

¹⁵ *Coordinación en Rehabilitación, Educación y Actividades Recreativas; corresponde al área de Rehabilitación del Hospital José A. Esteves.*

la secretaria por cosas que me pasaron en el hospital, por miedo a la represalia de las enfermeras. La psiquiatra me tenía muy mal considerada por una carta de mi hermana y por un diagnóstico falso que puso mi hermana en la historia clínica que consiguió con su psiquiatra. La que tuvo el brote psicótico fue mi hermana, no yo. Mi mamá, en su estado de alcoholismo, confundiéndonos, me quiso mandar a internar a mí y le exigió a mi hermana que volviera a trabajar. Eso pasó en el 2001 y fue por el remate de un terreno y eso la puso muy mal. ¿Viste los locos de remate?, es por eso, tenés que rematar la casa y te volvé loco. Era un terreno que no sabíamos que existía, costaba más el remate que el terreno, no valía la pena. Se quiso quedar con el terreno y sigue pagando los impuestos. Y también fue el accidente de LAPA¹⁶ que se murieron todos los pasajeros de un avión. En general las catástrofes a nivel macrosocial inciden en el microclima personal de la familia de una manera muy intensa.

El PREA fue un respiro. Ya tenía esperanza de salir. Antes me angustiaba mucho la idea de estar bien y seguir internada, no tener a donde ir y depender económicamente de mi hermana. Analía, la asistente social [*]¹⁷, llegó a conseguir que mi hermana saliera a buscarme departamento. Analía hasta el día de hoy me sigue ayudando.

La salida fue un volver a vivir. Eso fue hace un año. Es la primera vez en mi vida que me siento feliz, que no tengo preocupaciones de ningún tipo. No me ocupo de pagar las cuentas del gas, del agua, estoy muy contenida. El PREA me dio la posibilidad de vivir en una casa con tres mujeres, no sola, y me dio algo que yo nunca hubiera podido haber hecho sola, pues yo jamás hubiera podido salir del hospital sin la ayuda del PREA porque mi hermana no me iba a sacar. Mi hermana me consideraba de por vida una enferma mental y es aún el día de hoy que tiene prejuicios. Trata conmigo, nos fuimos juntas de vacaciones, pero sigue pensando que tengo problemas. Yo estoy prácticamente restablecida.

A veces voy a lo de mi hermana a visitarla y este verano tuve dos vacaciones. Me fui a Chapadmalal con servicio de turismo gratis, estuve con mi hermana, y ella me invitó a ir a Merlo, San Luis, con una agencia de viajes de turismo. O sea, yo la invité a una y ella me invitó a la otra, y eso mejoró mucho la relación. Ahora me llama por teléfono una vez por semana, cuenta conmigo, me cuenta sus cosas. Ella antes tenía de confidente a mamá y ahora me tiene a mí. Nos queremos mucho. Yo la perdoné.

.....

¹⁶ Se refiere a las Líneas Aéreas Privadas Argentinas y al accidente ocurrido el 31 de agosto de 1999, en el cual murieron 65 personas.

¹⁷ Se señala con [*] cuando la entrevistada se refiere a personas que trabajaban o trabajan en el PREA.

El PREA también me ayudó a armonizar la convivencia, porque había problemas con una señora que no me aceptaba, que me hacía la vida imposible al principio. También me consiguieron trabajo con el plan Promover¹⁸, que es algo muy necesario porque cuando salís y no tenés nada que hacer te trabaja la cabeza y uno tiende a achancharse. Y tengo una comunidad terapéutica que me contiene, cosa que mi hermana no. Mi hermana está sola y yo me siento acompañada. Tengo un montón de números telefónicos que son de autoridades del PREA que están a mi disposición cuando yo lo necesite. Estoy muy conforme con el programa, se encargaron de que yo recibiera una pensión.

El Promover es un plan de un sueldo de 400 pesos, que no es nada, por seis horas de trabajo divididos en dos días que se hacen ocho porque tengo dos horas de viaje. No tengo celular, no me interesa porque no tengo personas a quien llamar. Tengo mi mail, pero sólo tengo el contacto de una persona para comunicarme. Antes tenía sesenta, pero perdí el mail con las internaciones. Otra cosa que recuperaré fue la capacidad de viajar en colectivo sin perderme. Con una vez que lo hago ya me acuerdo como volver.

Hoy día tengo proyectos. Me presenté por mis propios medios con mi currículum a una escuela de teatro. Soy profesora de teatro, soy maestra jardinera en un método que se llama waldorf. Tengo formaciones disímiles pero complementarias. Al día de hoy he recuperado mi autoestima y me considero una profesional en mi oficio. Acá cerca hay una escuela de teatro así que volví a armar mi currículum y estoy siendo bien considerada, estoy a la espera de un nuevo trabajo y tengo mucha expectativa de sacar el pase nacional¹⁹ y hacer viajes.

Se me termina el Promover, pero me ofrecieron una capacitación en biblioteca y me pagan por hacerla, y estoy pidiendo la de computación, también porque la quiero hacer. Me dicen que haga las dos, pero a mí me cuesta mucho venir. Venir tres veces por semana y limpiar la casa me va a costar. Estoy un poco cansada de trabajar, me canso mucho. Esa es la secuela que tiene estar en inactividad en la internación, la falta de costumbre de ritmo, de trabajo, hace que las seis horas que trabajo me agoten. Necesito dormir la siesta y duermo siestas muy largas. Duermo mucho y miro mucho la televisión también. Es lo que me entretiene pues son novelas buenas, son interesantes y no me cuestiono la mediocridad de decir “soy una vieja que miro novelas”. Salgo poco.

¹⁹ Se trata del pase que posibilita acceder al transporte público de manera gratuita, el cual se obtiene a partir del Certificado Único de Discapacidad.

¹⁸El Programa Promover la Igualdad de Oportunidades de Empleo, dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, se dirige a personas con discapacidad con el propósito de incluirlas ocupacionalmente, mediante el desarrollo de actividades que les ayuden a mejorar sus competencias, habilidades y destrezas laborales, para la inserción laboral en empleos o en el desarrollo de emprendimientos productivos.

Ahora trabajo los jueves de diez a una en difusión, que es ir a pegar cartelitos por la zona. No me interesa mucho el trabajo de difusión. Si bien es al aire libre, no me gusta. Y los lunes estoy de nueve a doce co-coordinando un taller que se llama “Desayunáte”²⁰, en donde tomo nota de todo lo que se dice, llevo una crónica y a veces vienen invitados especiales a hablar de temas, es muy interesante. Ahí me puedo lucir porque no tengo faltas de ortografía, escribo muy bien, siento que estoy poniendo algo que no lo puede hacer cualquiera, que solo lo puedo hacer yo.

El día de hoy es un presente con futuro.

[Un año después]

Cambió un poco mi visión del PREA. Resulta que tenemos un psiquiatra que nos medica y una enfermera que nos ayuda con la medicación. Estuvo de vacaciones el psiquiatra y la enfermera no se dio cuenta tampoco y me faltó el halopidol. Y de repente hice un vuelco total. Me despabilé. Empecé a salir, a pasear, empecé a buscar trabajo, me puse de novia, me compré ropa, me acordé de una plata que tengo ahorrada y le dije a mi hermana que la pusiera en un plazo fijo o en algún lugar donde de intereses porque así como está la plata se está desvalorizando. Esas cinco cosas fueron cinco buenas razones para pedir que me sacaran el halopidol.

Cuando la coordinadora general del PREA se enteró que yo no estaba tomando el halopidol me encajó dos miligramos y me dejaron ir de vacaciones con mi novio y un par de amigos, pero en un momento yo insistí en que me sacaran el halopidol porque me había sentido mucho mejor cuando me faltó, y se me vinieron todos al humo. Yo rompí una receta de halopidol delante del psiquiatra y ahí me di cuenta de que hay discriminación, porque si vos querés evadirte de esa situación o plantear una mejora hacia la normalidad que está fuera de los cánones que ellos tienen para lo que es un usuario del PREA, te mandan al tacho.

De repente, de un día para otro, estaban todos agrediéndome, todos tratándome mal, vino la coordinadora a casa, salió el tema de la medicación. Hay como una especie de religión que tiene a la medicación como dogma canónico que no se puede alterar ni revocar, o sea que vos tenés que tomar la medicación de por vida, y no te dejan salir, te lo refriegan por las narices. Ahora estoy en un momento de mi vida, soy libre, tengo

²⁰ Taller semanal que se realiza en el Centro Comunitario Libremente, en el cual, a la par que se comparte el desayuno, se charla sobre temas de actualidad propuestos por los participantes.

circunstancias muy benignas, ahora yo pago las boletas de la luz, del gas, del teléfono y me reintegran el pago de la cooperadora, o sea que estoy tomando cada vez más responsabilidades, y estoy trabajando en una escuela *waldorf ad honorem* en las reuniones pedagógicas, y voy a dar un taller de apicultura para los niños ahí, y ahora estoy estudiando teatro en un lugar en donde probablemente vamos a presentar una obra.

Y nada, el médico sigue con la tónica de bajarme la medicación, ahora estoy sin la pastilla para dormir y estoy más tranquila. Sigo tomando el halopidol que me hace efecto adverso, me hace como un estado de hipnotismo, de falta de conexión con la realidad. Enajenamiento es lo que siento, alienación. Quiero que me lo saquen. Y este pedido viene acompañado de esta experiencia que fue haber prescindido del halopidol y ver lo que pasa.

Así que flores para el PREA, flores para mí, requiem in pace. Estoy con la paz de los muertos, no con la paz de los vivos, porque el halopidol te duerme.

A veces pienso que tengo 34 y no 54, porque mi vida estuvo entre paréntesis durante 20 años.

BEATRIZ Y.

-62 años-

Entrevistada en octubre de 2015

Nací el mismo día que Sigmund Freud. Lo sé porque cursé materias de filosofía en la UBA²¹, en la facultad de Filosofía y Letras. La historia empieza así: en el año 85 gané una mención de honor en la feria del libro “El escritor y la libertad de expresión”. Era un ensayo filosófico. Entonces me dije: “quiero ser una muy buena escritora”. Y no quería ir a esos talleres que no aprendés nada. Me dije “voy a entrar a la universidad porque el nivel es alto y aparte puedo elegir lo que quiero”. Hice un año del CBC²² y entré en Letras. Pero cuando entré en la facultad había que pensar como piensa la profesora de literatura española, como piensa la de literatura francesa, como piensa la de literatura inglesa, como piensa la de literatura americana. Se quebró toda la veta creativa, no pude hilar una frase. Entonces dije “me paso a Filosofía, porque al menos te hacen pensar un poco”.

Nací en Merlo, me crié en Merlo, fui a los colegios en Merlo. Estuve viviendo 50 años allí. Soy descendiente de polacos y lituanos. Mi apellido es lituano. Mi abuela era polaca, pero por parte de mi mamá soy descendiente de italianos del Piamonte. Tengo una hermana que es dos años más chica que yo, pero en el tiempo que estuve internada, seis años, jamás me vino a ver, así que se rompió todo el vínculo con ella. La internación de seis años fue la segunda, del 13 de marzo de 2000 al 2 de febrero de 2007. Y la primera fue del 24 de diciembre del 97 hasta el 3 de marzo del 98, que me sacaron.

Mi papá era empleado en una bicicletería y éramos muy pobres. Tuvimos recién la casa de material a los 18 años. Hasta ese momento viví en una casa de madera. Eso fue en el año 68, que estaba Onganía de presidente, y le dio la jubilación a la mujer, que se podía jubilar a los 50 años, y mi mamá cobró un muy buen retroactivo. Teníamos el terreno, pero no había dinero para construirlo, y con todo ese retroactivo que cobró mi mamá empezaron a construir la casa. En el 68 estaba muy bien el peso argentino. Mi mamá se jubiló de la caja de industria y comercio, cosía camisas.

.....

²¹ Universidad de Buenos Aires.

²² El Ciclo Básico Común es el conjunto de materias generales que deben cursar los alumnos que ingresan a la Universidad de Buenos Aires, antes de comenzar con una carrera.

El año 68 fue un año muy feo para la familia. Mi hermana se enfermó de hepatitis. Todos los días había que darle una intravenosa. Por suerte una señora vecina que era enfermera de la Cruz Roja le daba gratis las inyecciones. Mi hermana fue siempre muy enferma, tuvo principios de parálisis infantil cuando era chiquita. Fue muy enferma y después tuvo un mal matrimonio. Se murió el marido ahora, pero ella lo bancó, lo apoyó hasta la muerte. Ella ahora empezó a trabajar en inspección de los maestros.

Pasé una infancia muy bonita, muy linda. A pesar de que había una que quería ponerme el pie encima y era chica yo, no me daba cuenta. Después fui a una psicóloga porque tenía muchos problemas, todo me iba mal, qué se yo, entonces fui a una psicóloga y ella me dijo: “esa chica te quería hacer sufrir”. Era en el barrio y ella vivía en una casa muy linda, entonces se reían porque yo vivía en un ranchito, era de última.

Mis papás bien. Fueron muy comprensivos. Nunca tuve problema, nunca me hicieron obstáculo de este sí, este no, aquel amigo sí, aquel amigo no. Yo iba a bailar, volvía a cualquier hora. Nunca se metieron en mi vida.

Cuando terminé la secundaria estuve trabajando en la municipalidad de Merlo. Conseguí al año y medio de recibirme. Entré a trabajar en la municipalidad y terminé como bibliotecaria. Primero trabajaba en el teatro de Merlo, no sé si vos lo conocés. Éramos, como decía la madre de una amiga mía “el equipo móvil de la municipalidad”, porque donde faltaba ahí nos metían. En la municipalidad trabajé del 71 al 75. Después de ahí me pasé a Caja de Ahorros. Ahí trabajé del 75 al 81. Primero como administrativa, después en computación. Renuncié porque pensé que iba a conseguir algo mejor.

En el 81 trabajé como maestra en una escuela rural. Yo estaba sin trabajo y me fui a la inspección de Merlo, porque en cada distrito hay una inspección, y entonces encontré a un chico que estudiaba educación física que era vecino. Cuando Dios te va hilando, ya sabe. Ese chico vecino me dijo: “mirá, necesitan maestras, ¿por qué no te vas a anotar?”. Y yo tenía la práctica aprobada de educación física y entonces me sirvió para entrar a la docencia sin título habilitante, porque yo sólo era bachiller. Trabajé un año como maestra rural porque al año siguiente esa normativa no corrió más y tenían que ser maestros recibidos. Trabajé en la escuela número 27 Campanillas que es zona rural de Merlo, que queda a 40 kilómetros para adentro y nos venían a buscar los dueños de las quintas en tractor.

En la escuela rural había pollitos en la dirección, conejos, iban a caballo los chicos, otros iban caminando. Había un comedor y era una escuela rancho, de madera. Los chicos eran muy humildes. Era un barrio golondrina, una zona en donde plantaban verdura y la vendían al por mayor, y venían a levantar la cosecha y después se iban. Yo estaba en tercer grado turno tarde. Cuando llegamos nosotros tengo el orgullo de decir

que levantamos la escuelita, porque antes había un director que era guerrillero y utilizaba la escuela para sus fines personales. Era un desastre. Escribían “hoyesdíatal” todo junto. Los chicos no sabían leer y escribir y nosotros los levantamos. Antes de empezar la clase les hacía lavar las manos, y bueno, los chicos eran oro en polvo. Había algunos que venían con la zapatilla de lona cruzándose todo el campo.

Yo en ese momento vivía con mis papás. Cuando me separé de ellos fue cuando fui a Bariloche a vivir por un aviso que salió en el diario. Eso fue en el 82, después de la guerra de las Malvinas. Decía el aviso: “profesor de tenis”. Yo estoy federada en tenis. Decía “profesor de tenis para hotel internacional, Vicealmirante O’Connor 383, Bariloche”. Yo vi ese aviso y dije: “yo esa locura la quiero vivir”. Y me quedé tres años. Enseñé tenis, fui guía de turismo, maestra, hice bastantes cosas.

Tenía amigos que trabajaban en Austral, e íbamos las noches de verano a tocar la guitarra al borde del lago. Después como guía de turismo iba a los lugares que no son comerciales, íbamos por ejemplo al ahumadero de truchas, a la gruta de María Auxiliadora que está en el borde del lago, pero como a 300 metros de alto, después escalamos una montaña pero que tenía todas las marcas donde uno debía ir poniendo el pie. En Bariloche me hice de muchos amigos, como era de Buenos Aires uno elegía gente del lugar de donde era, es como una protección que uno busca.

Vos sabés cómo Dios va hilando las cosas. Una vez, yo hacía poquito que había llegado, una semana, estaba tomando un café creo que en la confitería El Águila, y veo a una persona y digo: “yo a este hombre lo conozco”, y era un vecino mío. Y me acerqué y me abrió las puertas de Bariloche. Él me conectó con trabajos, me abrió las puertas social y económicamente.

De Bariloche me fui porque no tenía trabajo. Era baja temporada, y ahí es cuando se me terminó el trabajo del turismo, porque no pasa nada, la gente no sale mucho. Tampoco conseguía trabajo acá en Buenos Aires, entonces me fui al sur. El chico de Bariloche fue el que me consiguió el trabajo en Ushuaia.

En Ushuaia estuve trabajando también como guía de turismo. Estuve tres años. Resulta que en Bariloche me había encontrado con un compañero del colegio secundario que era guardaparque del cerro Catedral, y cuando me fui a Ushuaia lo volví a encontrar, entonces él me marcaba los puntos turísticos que podía ir. Allá también estaba el sobrino de una vecina que tenía un cargo de la policía y me dijo: “por cualquier cosa andá a verlo a él”, y yo a todos lados iba con el patrullero, y se asustaban porque iba con él.

En el 89 volví a Buenos Aires y entré a la universidad. Mi amigo de Bariloche me había dado un consejo. Me dijo: “mirá, Bety, volvé a Buenos Aires, hacé una carrera universitaria y después volvé, porque el universitario es muy bien conceptuado acá”.

Entré a la Universidad y me llevé la desilusión con Letras y me pasé a Filosofía. En Letras estaba en literatura alemana y resulta que la profesora era polaca. Ella vivió en Alemania, pero su ciudad quedó dentro de la frontera de Polonia y tuvo que revalidar la ciudadanía y hacerse ciudadana polaca. Hablábamos mucho con ella y me dijo: “¿qué idiomas tenés cursados?”. Y le digo: “mirá, estoy cursando inglés y francés”. Y me dice: “¿por qué no hacés alemán?”. Así que hice alemán, inglés, francés, portugués e italiano, los cinco idiomas en la Universidad. Portugués lo aprobé libre e italiano también. Los dos niveles. También estudié en el Instituto Goethe que está en Corrientes al 300.

Me hice una fanática del idioma alemán. Mirá que yo soy católica y me compraba el diario alemán, *Argentinisches Tageblatt*, que sale una sola vez por semana. Lo compraba por la calle Florida. No sé si está todavía porque yo te estoy hablando del año 94. Y vos sabés que me iba a escuchar las misas, ahí en el diario estaban todas las direcciones de las iglesias, de los hospitales, y me iba desde Merlo hasta Villa Ballester, porque hay una colonia alemana muy importante allí, a escuchar misa en alemán. Me confirmé en una iglesia alemana ya de grande, tenía cuarenta y pico de años. Y después que se murió mi papá todo eso lo perdí, porque tenía que cuidarla a mi mamá.

En la universidad tenía compañeros buenísimos, macanudísimos y me hice los idiomas, y como yo había perdido toda veta artística, no podía pensar, no podía interpretar un texto. Nada. En el CBC sí, en Filosofía tuve nueve en promedio. Entonces me dije: “¿ahora qué hago?, tanto esfuerzo que hice en el CBC. ¿Qué hago?, ¿dejo la carrera?”. Dejé la carrera y me pasé a Filosofía. Me dieron una beca de ayuda económica en la época de Alfonsín. Y después con Menem sacaron todas las becas porque éramos un gasto para la Nación. Ahí es cuando me enfermé.

Yo había hecho también el ingreso a Psicología porque le había escrito una carta al decano de la facultad diciéndole que quería hacer las carreras paralelas, cursar dos carreras al mismo tiempo, porque cuando estaba en el sur me decían que servía mucho para psicóloga. No sé, porque soy de prestar mucha atención a la gente, cuando me cuentan algo, tratar de solucionarles el problema, entonces me decían que tenía mucha pasta de psicóloga. Y entonces dije: “bueno, ¿qué voy a hacer, voy a ser una psicóloga frustrada o voy a entrar a Psicología?”.

Y el 13 de marzo del 97 me anoté en Psicología. Cuando viví en el sur gané muy bien, me pagaban en dólares y ahorré. Tenía una cuenta a plazo fijo y con los intereses vivía. Y el 20 de marzo, a la semana, murió mi papá. Me había anotado en la primera ma-

teria de Psicología, que es anual, pero no alcancé a cursarla. No podía dejarla sola a mi mamá porque era grande. Ya tenía mal de Alzheimer en esa época, o sea que no la podía dejar sola. Así que perdí todo contacto con la facultad. Dejé las carreras. Y en el 97, en diciembre, me internan.

El tema era que con mi hermana no nos llevábamos muy bien y cuando volví del sur ella no quería que yo volviese a trabajar allá, o sea yo tenía que hacer lo que ella quería. Y quería que yo entre en el Esteves ya en esa época, en el 94, cuando volví de Bariloche. Resulta que habíamos estado discutiendo con mi mamá y la llamó a mi hermana para poner un poco de orden. Mi hermana siempre quiso tenerme bajo sus pies, que yo no progresara. Entonces me dice mi mamá: “andate al café de la facultad porque va a venir tu hermana y te va a maltratar”. Y esa rebelión mía a ella no le gustó. Y me dijo: “mirá, yo voy a hacer un tratamiento psicológico y necesito que vos aportes datos de mi infancia”. Pero cuando yo llegué la psicóloga me trataba mal, no sabía por qué era, y el 20 junio del 94 me dice mi hermana: “tengo el diagnóstico de la psicóloga, vos sos paranoide y tenés que estar internada”. Y yo en esa época, menos mal, estaba haciendo un tratamiento psicológico en una iglesia de Caballito, entonces cuando terminó de decirme eso le dije: “llamá por teléfono a mi psicóloga”, y la puso vuelta y media a mi hermana. Y eso le quedó en la sangre, porque siempre ella me quería internar. Decía que yo no la saludaba, no sé, medio raro. No la saludaba porque ella se burlaba mucho de mí, cuando la iba a visitar a mis sobrinos los tenía en contra. Mi cuñado me decía “la loca universitaria”. Todo un entorno bastante feo, entonces yo me alejé de ellos. Y ese alejamiento de ellos mi hermana lo conceptuó como que yo estaba loca. No tiene ni pies ni cabeza lo que estoy diciendo, pero esa es la mente de mi hermana.

Una vez una psicóloga a la que iba me dijo “los problemas empezaron cuando Beatriz quiso ser Beatriz”. Y cuando me dijo eso yo entendí, porque la idea de mi hermana era que yo me quedara con mis padres mientras ella hizo su vida, se casó, tuvo hijos. Hizo todo lo que quiso y yo tenía que ser la sirvienta de todos. La psicóloga que me dijo esto de que los problemas empezaron cuando Beatriz quiso ser Beatriz fue en el hospital de Merlo, el Eva Perón. Pero como estaban tanto de paro y yo necesitaba una atención psicológica, entonces un día voy a una iglesia y decía “aquí se hace atención psicológica”, entonces me anoté y me llamaron y me atendí desde junio hasta diciembre del 94.

Hasta que mi hermana logró internarme en el hospital. Me sacó la luz y el gas, y se llevó a mi mamá a la casa de ella. Hubo un problema con mi mamá, ella se lo contó a mi hermana y entonces decidió llevarse a mi mamá a su casa. Y a la vez empezó a conectarse con gente que tenía poder para hacerme entrar al hospital. Vino a buscarme la policía, pero primero me mandaron a un juzgado de familia de Morón y a la vuelta tenía que quedarme en el hospital. Pero justamente el día anterior yo había estado hablando con un comisario inspector que vivía cerca de mi casa. Me lo encuentro en

la comisaría y me dice “¿qué estás haciendo acá?”. Le conté y él movió influencias y me dijo “vaya para su casa”. También el médico legista me dijo “su familia quiere que usted se interne, pero yo la veo muy bien, váyase para su casa. Yo no quiero terminar preso”. Pero la policía me controlaba, me seguía, estaba vigilada, hasta que un día una cajera del supermercado me cobró más y yo le reclamé, y eso fue el puntazo para que me internen. La cajera estaba en combinación con la policía y cuando yo le recriminé que me había cobrado de más, la tipa salió corriendo y le avisó a un policía que estaba en la puerta, y así me llevaron.

Estuve tres meses en el hospital. Yo me iba a la iglesia, la pasé bien, no tuve problemas. Al salir vuelvo a mi casa porque mi mamá pidió por mí. Le dio a mi hermana la orden de que me saque. Mi hermana era mi curadora. La segunda internación fue en el 2000. Entre la primera y la segunda internación estuve con mi mamá. Volví al hospital en el 2000 porque llamé por teléfono a un vecino y ella me tenía prohibido, y yo lo llamé para pedirle el teléfono de la hija, y a ella no le gustó que yo lo llame, entonces me buscó la vuelta, se llevó otra vez a mi mamá a la casa de ella y me buscó la vuelta para internarme.

Después, en el 2004, 2005, mi hermana vendió la casa. A mí me dijo el juzgado de Morón que es donde yo voy a cobrar la pensión, que le dijeron a mi hermana que no la venda, pero la vendió igual. A mí me metió en un hospital y a mi mamá en un geriátrico. La sacó a mi mamá del geriátrico para que en el juzgado de Morón no la molesten más. Y cuando murió mi mamá no me avisó, no sé ni en qué año murió ni dónde está enterrada. La cuestión es que vendió la casa sin decirme y la parte mía se la quedó ella. En el año 2006 ya estaba por salir del hospital y me iban a dar el subsidio de la curaduría de Morón, entonces aparece un día mi cuñado con la fotocopia de mi DNI, porque mi DNI y mi libreta universitaria están todavía en poder de ella. Me llama el jefe de la sala que me quería muchísimo y me dice: “Mire, vino esta mañana su cuñado con unos papeles para sacarle la pensión, pero no se haga ninguna ilusión porque de esa plata usted no va a cobrar absolutamente nada”. Se la iban a quedar ellos y no me iban a dar ni un solo peso de eso. Entonces me dice el jefe de la sala: “¿quiere que le saque a su hermana de curadora?”. “Sí”, le dije. Y ella lo denunció al doctor. Así que imagínate que mala que es, que dañina que es. Y me pusieron a la jefa de la curaduría de Morón como mi curadora. Y después el juzgado me dio la pensión y es con lo que vivo.

Cuando estuve en el hospital hacía de todo: lavaba los platos, los secaba, hacía las camas, preparaba el desayuno para que venga el carrito. Era la que colaboraba con las enfermeras. Conmigo el jefe de sala, no sé, me tomó cariño, así como había algunos que no podía ni ver, decía “que no la toquen”. Del hospital salí porque estuve haciendo el PREA que hacen un curso y después le dan la casita. Estuvimos tres años para salir, y el 2 de febrero del 2007 salimos a una casa en Burzaco, un departamento a estrenar.

Siempre hemos vivido las mismas cuatro y nos llevamos muy bien. Nos conocimos en el PREA y nos elegimos nosotras. No sé, en mi vida pasan cosas que yo no entiendo, yo digo que es Dios que te pone las cosas en el camino.

Claro que al principio cuando salimos había mucho problema con la convivencia. Porque imaginate, seis años dentro de un hospital la mente se te atrofia. Entonces había cosas que nos equivocábamos, que teníamos problemas. Eran problemas de la convivencia, que una decía “dejo esto acá”, la otra se lo sacaba, y ahí empezaba la pelea.

También, cuando salí del hospital volví a la facultad a la UBA, y había un laboratorio de idiomas, e hice inglés y lo terminé. También había retomado Filosofía pero me costaba mucho entender, no me podía concentrar. No sé si fue la mediocridad del hospital lo que me llevó a eso, a no poder pensar, no me daba cuenta de las cosas. Me costó muchísimo, era una alumna muy mediocre. Así que para hacer algo dije bueno, voy a hacer inglés. Me dieron una beca y con eso me ayudaba yo para cursar la carrera de inglés. Eso fue en el 2011. Estuve cursando tres años una vez por semana cuatro horas, hasta que lo terminé. Volver a la facultad fue muy traumático porque eran todas chicas chiquitas, de 18 años, que tienen sus prejuicios, y como yo era mayor no me daban mucha bolilla.

En el verano estuve dando clases de apoyo escolar acá en la biblioteca. Las chicas aprobaron los exámenes, sacó un 10 en inglés la hija de Vanina [*], así que me siento satisfecha. También estuve haciendo un resumen de Antropología para Vanina y a Lucrecia, que es una chica externada y vive al lado de mi casa, la ayudé con el ingreso a Derecho. Y ahora estoy con el plan Promover como auxiliar de bibliotecología. Ahora estoy en un proyecto de hacer las invitaciones para la gente que es de afuera del PREA, invitarlas a que conozcan la biblioteca. El 28 de agosto empezamos a trabajar. Vengo martes y jueves de 9 a 12. Yo ya había trabajado en una biblioteca en Merlo, así que la ubicación de los libros en los estantes la manejo bien, lo que no sé hacer es fichar los libros, hacer, viste lo que se pone en el lomo, 82.3, eso no lo sé hacer. El Promover es por dos años.

Para terminar, diría que hice lo que quise, no por capricho sino por ganas de descubrir mundos nuevos y que siempre me rodeé de gente buena.

INÉS

-59 años-

Entrevistada en mayo de 2015



Yo nací un 22 de septiembre del 56 en Lomas de Zamora. Tuve una infancia re-feliz. Me crié en Lomas de Zamora hasta que mi papá murió de cáncer a los 59 años. Yo tenía 24 años. Ahí se desmembró la familia, medio que yo me quedé sin una pata. Mi familia estaba compuesta por mi papá, mi mamá, una hermana tres años mayor y yo. Mi hermana es psicopedagoga y licenciada en Ciencias de la Educación. Está separada y tiene tres hijos.

En el 73 conocí a mi primer novio, en Bariloche. Lo rechacé porque tenía vergüenza, tendría yo un poco más de 15 años. Después mientras estaba en la escuela secundaria tuve anorexia nerviosa. Siempre fui delgadita. Me trataron y salí. Ahora me están tratando de nuevo porque estoy muy delgada. Siempre fui delgada, pero a los 18 años hice un cuadro de no querer comer. Nunca vomité, pero pesaba 37 kilos. Ahora peso 46,5. Yo tenía la sensación de estar ausente del mundo, de estar como detrás de un vidrio y tengo recuerdos de estar tan delgada que cuando caminaba las piernas temblaban. Con 37 kilos era un cadáver. El endocrinólogo al que me llevaron cuando volví del viaje de egresados me dio una droga que era para comer. Me comía las paredes, abre

el apetito, y engordé 10 kilos en un mes y después me estabilicé en un peso y salí, pero siempre quedé delgadita.

Ahora en el PREA me hinchán. Yo como bien, pero no aumento. Soy vegetariana hace como 30 años, ya no me acuerdo ni cómo es la carne. Trabajaba en un estudio de arquitectura, dibujaba planos, iba a obras, y una vez uno de los arquitectos ponía su estudio solo y decidió llevarme con él, y me quedaba un mes que al final fueron tres, colgados, y unos amigos ponían un restaurant en Villa Gesell y me fui a trabajar de moza con ellos. Había un grupo de jazz que venían a comer todos los días al bar y el saxofonista me contaba que había estado en España y se había vuelto vegetariano, y que se despertaba a las seis de la mañana con mucha energía, que le iba bárbaro, y a mí nunca me gustó la carne y eso que mi papá era carnicero. Yo creo que es un Edipo mal resuelto, nunca me gustó la carne y decidí dejar de comer carne ese verano y nunca más volví a probarla.

La muerte mi papá me marcó bastante. Siento que mi mamá tenía predilección por mi hermana, y yo sentí que me quedaba sola contra mi hermana y mi mamá, porque siempre que discutíamos ella le daba la razón a mi hermana y eso hizo un poco difícil mi vida. Mi papá era un hombre buenísimo, todo el mundo cuando se murió me decía: “que hombre tan bueno”. Era buenísimo. El domingo hubiese sido su cumpleaños. Yo era muy compinche de él, me quería mucho. Me acuerdo de una anécdota que yo estaba en la Facultad de Arquitectura y estaba una noche despierta dibujando, como es habitual, y lloraba porque no me salía nada y mi papá se levantó y me dijo: “yo quiero una hija feliz, no una hija arquitecta”. Eso te da la pauta de cómo era mi papá. Para mí era mi compinche. Cuando se murió yo sentí que me quedaba sola en el mundo. Con mi mamá se llevaban bien. Mi mamá no trabajó nunca, era ama de casa y cocinaba muy bien, nos hacía toda la ropa, nos llevaba el teatro de chicas a ver espectáculos infantiles. Y teníamos un campo en Bransen y papá criaba conejos, después criaba abejas y sacaba la miel, así que tenía que ir al campo seguido. Viví muchos veranos lindos en el campo, me encantaba.

Mi papá tenía dos hermanos que cuando eran solteros tenían una carnicería y un almacén juntos. Ahí la conoció a mi mamá. Y se puso una carnicería él solo, en Lomas de Zamora, como si fuera una sucursal de la de los hermanos. Así que yo tuve la suerte de tener a mi papá todo el día en la casa. Mi papá había invertido plata en una sociedad de españoles que tenían agencias de autos y restaurantes en la Recoleta y ya había dejado de trabajar en la carnicería hacía un año cuando se murió. No alcanzó a disfrutar de la plata. Eran las peleas que tenían entre mi papá y mi mamá. Mi mamá le pedía que dejara de invertir y que viajaran, y mi papá quería seguir invirtiendo, y cuando pudo disfrutar su plata se murió y mi mamá viajó, fue a Europa y a Miami. Mi mamá ahora vive con mi hermana, tiene 88 años. No volvimos a hablar con ella, salvo una vez por-

que mi sobrino tuvo cáncer y se salvó, está sano, una vez cuando le hacían el último chequeo para ver si tenía cáncer o no llamé a la casa de mi hermana y me atendió mi mamá, y todo lo que le pude decir fue: “mami, ¿Fernando tiene células cancerígenas?”, y me dijo “no”, llorando, y yo me puse a llorar también. Fue el único contacto que tuvimos. Es dura, pero el rencor no conduce a nada.

Me recibí en el 81, mi papá no llegó a conocerme arquitecta. Siempre dije que quería ser arquitecta. Mi mamá decía que yo no hablaba, sino que agarraba un lápiz y dibujaba. Hice la carrera en seis años en la UBA. Hice un año sin trabajar y luego trabajaba y estudiaba. Demoré un año más, pero salí con experiencia de la facultad. Me gustaba mucho, siempre fui estudiosa.

En esa época me reencontré con Héctor, tuvimos una relación muy linda. Fue mi primera relación sexual. Él era sociólogo, había estado exilado 8 años en México por cuestiones políticas. Lo conocí cuando era adolescente, que teníamos un grupo de acción social. Íbamos a trabajar a villas miseria, organizábamos bibliotecas. Después lo disolvimos porque nos hacíamos pomada anímicamente, nos poníamos muy tristes, pero fue un grupo muy lindo. Cuando Héctor estaba en México nos escribíamos y cuando volvió al país nos enamoramos, luego no siguió adelante, él decidió cortar, pero salimos un año.

Trabajé como arquitecta ocho años. Tuve un estudio en Temperley con un socio. Después estudiaba yoga y me recibí de profesora y dejé todo por el yoga. Me gustaba más. Se me dio por practicar y un día llegué al estudio de arquitectura y llamé a mi profesora y le dije: “quiero ser profesora de yoga”. Y ella me dijo: “vas a ser una muy buena profesora”. Y con el tiempo me gustó tanto que dejé la arquitectura para dedicarme al yoga.

Tuve un instituto de yoga en Lomas de Zamora diez años y me compré la casa. Yo iba a estudiar a Brasil y me quedaba en casas de amigos, fui muy querida en Brasil. Incluso el método que yo seguía del maestro De Rose, tiene una particularidad y es que se hacen secuencias coreográficas de las posiciones del yoga y yo fui demostradora de esas coreografías acá y en Brasil. Tenía un grupo de profesoras que me suplantaban cuando viajaba todos los meses a Brasil a dar cursos. Así que fue una época muy feliz de mi vida. Organicé cursos acá, hasta que se me ocurrió producir una colección de videos de mi maestro y me endeudé, tuve que hipotecar la casa y la perdí. Y eso me costó separarme de mi mamá y mi hermana, y como la deuda superaba la deuda que me podían dar de mi casa tuve que hipotecar mi casa y la cuarta parte de la casa donde vivía mi mamá, y ahí se llevaron las dos casas porque no pude pagar la deuda. Ahí mi mamá quedó enojada conmigo por el resto de mi vida, tanto es así que hasta el día de hoy que no la veo. A mi hermana no la vi por 11 años.

También fundé un lugar llamado “La Casa del Tantra” en Belgrano, en Capital, y ahí me fue muy bien. Tuve retorno del mundo entero, escribí dos libros, pero después me enfermé y me endeudé de nuevo y me fui a vivir a Bariloche. En un momento me enfermé y sentía que había gente que observaba mi vida, que me monitoreaba la vida. Escuchaba voces, gente que me hablaba, que estaba arriba del cielo raso, y no sé si por falta de descanso, trabajaba mucho, me empecé a endeudar porque no podía trabajar, y un buen día mi amigo Jorge me dijo: “si no podés pagar la casa sabés que en Bariloche tenés casa y comida, venite para Bariloche”.

Vendí todo lo que tenía y me fui a Bariloche. Pero en Bariloche me agarró otra crisis. Sentía que tenía cosas adentro del cuerpo y que no me las podía sacar, y me internaron una vez. Jorge me bancó todo. Una vez fui a un negocio de ropa y le dije a la vendedora de ropa: “ahora a la tarde pasa mi amigo y le paga”, y ahí la vendedora se dio cuenta que yo estaba del tomate, entonces llamó a la policía y me internaron en el hospital de Bariloche²³, en el Área Salud de mujeres. Era una sala de salud mental, pero es separada por biombos. Hay operados de vesícula, no es como en el Esteves. Había de todo y había un área de salud mental que eran 14 camas nada más. Ahí estuve tres meses.

En Bariloche me medicaron y llegó el momento de darme el alta, pero yo no tenía donde vivir. No tenía donde ir y un buen día yo me fui a quejar con el director del hospital porque la psiquiatra que me atendía no hablaba conmigo, me medicaba nomás y no hablaba conmigo. Entonces se enojó ella y me acuerdo que era un 27 de diciembre y me dijo: “usted ahora hace las valijas y se va a Buenos Aires”. Y me compró un pasaje y me mandó con lo que yo tenía en el hospital, sin documento, sin medicación, a Buenos Aires. Me puso en un micro y no me dejaron ni siquiera avisarle a mi hermana. Viajé re-angustiada. Llegué a Retiro y no había nadie esperándome y un policía me acercó hasta Lomas de Zamora y di con la casa de mi madrina que me acordé donde era, y de ahí llamé a mi hermana y ella me pasó a buscar con su pareja. Era 29 de diciembre, justo el cumpleaños de mi hermana, y nos pasamos toda la tarde buscando un lugar donde me medicaran. La psiquiatra me había dicho: “en cualquier hospital retire la medicación”. La única forma fue internándome en el Esteves. Teóricamente era por poco tiempo y me quedé tres años. Salí gracias al PERA. En el Esteves me angustiaba mucho, estaba muy delgada, pesaba 40 kilos y me hinchaban para que comiera. Estuve siete meses en una sala y después dos años y tres meses en otra. Dormía todo el día. La verdad que haber salido es una bendición.

No tenía donde ir a vivir. El alta me lo daban, pero no tenía a dónde ir a vivir. Salí gracias al PREA en la Semana Santa de 2010. Hice los cursos y salí. Una psicóloga que me

²³ Hospital Zonal Dr. Ramón Carrillo, de esa ciudad rionegrina

atendía en la sala me dijo que existía el PREA y como era la única forma de salir del hospital que tenía, me hicieron una entrevista, hice los cursos, y un día me dijeron que había una casa. Viví cuatro años en Avellaneda y después no nos renovaron el contrato y nos separaron a todas las que estábamos en la casa y me mandaron a Escalada. Ahí estoy muy bien. Ahora tenemos una nueva integrante y nos llevamos muy bien. Es lindo Escalada. Voy a la iglesia todos los días, camino, limpio la casa, vengo a Librementemente todos los días a desayunar, me hacen venir a comer acá porque estoy muy delgada.

También en Avellaneda nos llevábamos bien. Éramos cuatro, pero después murió el marido de la dueña y no quiso renovar el contrato. Tuve en esa época un novio florista antes de reencontrarme con Félix. Me iba caminando todos los días de Avellaneda hasta Wilde, unas 80 cuadras, y ahí conocí un florista con el que salí un año. Él era viudo y los hijos se oponían a la relación y dejamos de salir. Pero yo seguí caminando. Después tuve un novio que era mozo en Avellaneda, pero no era muy caballero, no me trataba muy bien, así que lo dejé. Y después lo reencontré a Félix.

Tuve un gran amor con él y ahora nos volvemos a ver. Con él viví realmente la sexualidad meditativa, sacralizada, una experiencia maravillosa. El tantra. Se trata de una etapa superior que se produce sin eyaculación, en donde se pueden tener muchos orgasmos por cada vez que hacés el amor. Yo creo que el amor no se hace, porque ya está hecho. Yo daba cursos de eso, escribí dos libros al respecto. Félix llegó a casa al límite de la muerte por problemas respiratorios y se curó por el amor que nos tuvimos. Él me ayudó a escribir mi segundo libro, que se editó en España, y ahora estoy esperando que me salgan derechos de autor. Siempre escribí. Escribí poemas a mi hermana cuando estaba embarazada, a mis sobrinos cuando nacieron, los tengo guardados. En una época de mi vida era tanta mi necesidad por escribir que iba por la calle con un cuadernito y un lápiz y me sentaba en el cordón de la vereda a escribir, y era pura inspiración. Me encantó siempre. Después escribí los libros, que son tipo ensayo.

Félix llegó pidiéndome ayuda y me dijo: “yo sé que los médicos no pueden ver lo que yo tengo y que vos me podés ayudar”. Me pidió ayuda y yo pensé que iba a ser enseñándole a respirar, pero un día hicimos un canje, él trabajaba conmigo y yo lo ayudaba a sanarse. Hasta que un día se iba y me abrazó y yo le dije: “el señor que está esperando en la sala pagó 150 pesos”. Entonces se fue, pero al día siguiente no había nadie esperándome y me abrazó, me besó y terminamos teniendo una relación sexual bellísima. Y él me dijo: “no sé cómo me animé”. Y yo le dije: “bueno, vos respirá hondo, dale gracias a Dios, porque ya estás curado”. De ahí en más tuvimos una experiencia maravillosa, realmente fue lo más lindo que yo viví. A él le dediqué mi segundo libro.

Luego nos distanciamos. Él tiene 38 años, 20 años menos que yo, y los padres no estaban de acuerdo con la relación y le hacían la vida imposible, y entonces se fue. Ahí fue

que yo medio me enfermé. Estuvimos sin vernos ocho años, pero nos mandábamos mails, hasta que yo un día le propuse vernos, y nos vimos, y fue hermoso. Ahora nos vemos hace un año y medio. Él está muy bien, está trabajando en una empresa de computación, le va bien, está curado.

Mi hermana ya es abuela, o sea que soy tía abuela. Nos vemos todas las semanas y hablamos todos los días. Nos llevamos bien. A mi sobrino nieto no lo conozco, tengo dos sobrinos más que no los veo y mi mamá no me quiere ver todavía. En diciembre dijo que me quería ver, pero después arrugó.

Ahora tomo un lorazepam y una ripseridona por día, nada más. No es mucho. Estoy bien, nunca más escuché voces. Camino mucho, ando por todos lados, no me canso, estoy delgada, pero me siento sana. También ahora trabajo en el plan Promover en la biblioteca. Nos hicieron una capacitación como bibliotecarias, nos enseñaban a fichar libros, a inventariar libros y nos pagan un sueldo por mes. No es mucho, pero lo paga el Ministerio de Trabajo. Vuelta, vuelta, saco de la biblioteca algún libro. Ahora estoy leyendo uno de Mario Benedetti, una antología. Ahora se acabó el contrato y nos van a hacer una capacitación, que es paga, para derivarnos a otro lugar. También hago un curso de computación, un taller literario, y después hago las cosas de la casa y camino mucho. Me encanta caminar. Y salgo con Félix. Yoga no he vuelto a hacer porque en el 2013 me caí de un banquito en Avellaneda y me fracturé un codo y me tuvieron que operar en el Fiorito y ponerme una prótesis, y ahora me la tienen que sacar porque me está molestando.

Un día normal en mi vida me levanto a las seis y media, más o menos, y tomo mate, me baño, tiendo la cama, barro la pieza, charlo con Graciela que duerme conmigo ahora, después salimos para acá para Librementemente, yo con mi sanguchito, desayuno en Librementemente y me quedó a trabajar en la biblioteca. Hay días que almuerzo en casa y hay días que me traigo la comida y almuerzo en Librementemente. Más o menos a las 12 ya estoy libre y me voy caminando generalmente hasta Escalada, serán unas 50 cuadras. Me gusta caminar, me encanta, me despeja la mente, me hace bien. Y ahí hago las cosas de la casa, después salgo a dar una vuelta, voy a la iglesia a las 7 de la tarde.

Tengo un primo con el que me veo de vez en cuando, con Félix, mi hermana, mi sobrina y las chicas de la casa. Después tengo a Jorge, mi amigo de Bariloche, que ahora está acá en Buenos Aires viviendo y a veces nos juntamos. A él le gusta mucho cocinar y estaba haciendo un curso de chef, o sea que cocina él o vamos a comer a algún lado y charlamos, nos llevamos muy bien. También tengo una amiga que conocí en el hospital que se llama Alicia. Ella estuvo en el hospital tres meses y trabaja cuidando enfermos. De vez en cuando voy a la casa de ella. No he perdido a mis amigos. De vez en cuando nos vemos con mi hermana, porque está muy ocupada, pero charlamos todos

los días. Cuando estuve hospitalizada mi hermana venía a buscarme todos los fines de semana y me llevaba a lo de Alicia, mi amiga. Así que eso me aliviaba el estar en el hospital. Alicia es de Leo, tiene un carácter fuerte. Hizo bastante desde que salió del hospital, arregló su casa, se compró un auto y se dedicó a cuidar enfermos. Yo soy Virgo, somos muy ordenados, muy pulcros, muy serviciales. A mí las chicas me mandan a hacer los mandados en la casa, como me gusta caminar. Mi primo me ha ayudado económicamente cuando no tengo plata y nos encontramos de vez en cuando, vamos a tomar un café.

Hacia futuro mis planes son crecer, seguir saliendo con Félix y seguir trabajando.

SUSANA BEATRIZ

-63 años-

Entrevistada en diciembre de 2016



Yo soy abogada, recibida el 7 de noviembre de 1978 en la UBA con 8,50 de promedio general. Por muy pocos puntos no fui segunda escolta. Mi experiencia como estudiante fue que cursé el ingreso con diez, porque en esa época estaba el doctor Del Campo Wilson que era muy exigente, muy conocido en toda la Argentina, entonces era conveniente cursarla. Y cursé “Obligaciones” con el doctor Llombías, que era el titular de cátedra, y el doctor Alterini, que era el adjunto. Lo demás lo di todo libre y siempre de ocho para arriba. Casi todo diez. En filosofía del derecho, con el doctor Goldschmidt, tuve felicitación de cátedra. Decidí estudiar Derecho por dos razones, a los ocho años viendo una película de esa época, Perry Mason, que era un abogado penalista que siempre en los alegatos sabía captar al menos sospechoso, que era realmente el culpable del homicidio. Eso me abrió interés por esa profesión. También cuando hice la secundaria no era buena en matemáticas y la única carrera que no tenía matemáticas al ingreso era Derecho, y ese fue el detonante que me hizo optar por el Derecho como mi carrera definitivamente.

Ejercí la profesión en forma independiente diez años, de 1979 a 1989, teniendo una oficina en Corrientes y Pasteur, en Once, Capital Federal. Ejercía como abogada civil,

comercial y laboral. Tuve divorcios contenciosos, tuve juicios por reivindicación, tuve juicios por desalojo, tuve sucesiones, tuve juicios laborales, por división de condominio y no me acuerdo de qué más. Tuve varios juicios, casi todos ellos en La Plata porque en aquella época eran mis vecinos quienes me traían los juicios. Yo vivía en Dominico, partido de Avellaneda, y Avellaneda en ese momento iba a La Plata. Después se cambió el mapa judicial y empezó a ir a Lomas, pero ahí tuve muy poco porque al poco tiempo me internaron.

Y bueno, por esos vaivenes de la vida contraí la enfermedad, la esquizofrenia, y fui internada en una institución particular, privada, en Bernal, durante once meses. Exactamente del 14 de abril de 1989 hasta el 2 de marzo del 90, que me sacaron mis padres. Esa institución era de bancarios, porque mis padres eran bancarios. Mi padre fue jefe de personal del banco Boston de Avellaneda, actualmente Standard Bank. Y mi mamá era ama de casa, pero afiliada a bancarios por ser esposa de él. Fui hija única.

Esa institución era un poco diferente al Esteves. Ahí lo que se hacía era todos los martes una asamblea de internos y los viernes venían también los familiares. De mi casa iban mis padres, y últimamente iba mi madre sola. Se discutían temas de incumbencia familiar, que hacían a la convivencia con la familia. Y daban permiso todo el fin de semana o más días. A mí me dieron más días porque estaba muy cerca del alta, para estar con la familia y probar cómo era la convivencia. Conforme eso, me dieron el alta. Y de ahí un poco fue como que se me cortó la carrera porque mis clientes eran vecinos del barrio, Villa Dominico, de mi casa paterna, y todos de una forma u otra tuvieron conocimiento que estaba internada, entonces es como que se mermó el trabajo. Empezó a mermar el trabajo hasta que me quedé sin trabajo.

Yo quería descansar, pero me dediqué a marketing. Trabajé en varios lugares como promotora o como vendedora ambulante. Mis padres querían que trabajara en la oficina, pero como no sabía computación y ellos no entendían que tenía que estudiar computación, lo que me ofrecía el mercado era marketing. Así otros diez años. Y así me mantuve hasta el 2006. Estaba en tratamiento ambulatorio, primero en el Policlínico Bancario y de ahí me derivaron a la clínica privada Banfield.

También la cuidé a mamá, que quedó hemipléjica, hasta que la internamos en un geriátrico. La atendí a ella conforme a las órdenes que daba la doctora Ruiz Alonso que era la médica que la visitaba a domicilio de bancarios. La cuidaba, le daba los remedios, le tomaba la presión, le ponía la chata, hasta que la internaron en el geriátrico. Allí falleció. Mi papá tuvo un cáncer de próstata que derivó en un ACV. Esa causa lo llevó a la muerte. Seis paros cardiacos en un día. Papá falleció el 2 de marzo de 1995 en nuestra casa. Mamá falleció en el geriátrico el 5 de octubre de 2009, estaba yo internada en el Esteves, pero me llevaron al velatorio.

El 8 de enero del 2006 me descompensé y me internaron en el hospital Esteves. Cuando me internaron mi madre estaba en el geriátrico y al poco tiempo falleció, y mi padre hacía muchos años que había fallecido. No tenía familiares. Estuve en el hospital Esteves hasta el 30 de marzo del 2010 que salí con el alta médica. Fui despedida por el jefe de sala, de la sala dos, el doctor Fabián Camino. Si bien es cierto que era un permiso por 15 días, cuando yo fui me encontré con que el doctor había mandado el telegrama y todo, y ya tenía el alta. Y desde esa fecha no me internaron nunca más. Acabo de aprobar con fecha del 28 de octubre una pericia interdisciplinaria, con resultados óptimos, donde se me permitió, por lo menos en parte, capacidad. Está cambiada la carátula del expediente, o sea no es más insania. Es tramitación de capacidad jurídica de hecho. Con eso va a haber sentencia de capacidad. La sentencia va a delimitar qué derechos da y qué derechos no da. Entonces dentro de tres años se hace otra pericia y se van dando más derechos hasta llegar a la capacidad jurídica. Es conforme a la nueva Ley de Salud Mental.

En el hospital tuve una muy buena amiga. Con ella pasé, incluso cuando falleció mamá, momentos muy buenos porque me apoyó mucho. Fue muy duro. Al velatorio me llevó una enferma jubilada, Ana Pérez. Con mi amiga del hospital empezamos a dialogar, nos encontramos que éramos muy afines, y nos hicimos íntimas amigas. Éramos muy parecidas las dos en la manera de pensar. Ella era epiléptica y una enfermera que me encontré en otro día por la calle me informó que está totalmente descompensada, tiene un tumor en la cabeza.

La internación también fue dura. Fueron cuatro años y tres meses. Fueron años feos. Me sentía reprimida en la internación. Reprimida, oprimida y enajenada de la sociedad. Eso es lo que sentí yo. Todas las internaciones son duras, porque uno queda como fuera de la sociedad. Yo lo primero que hice cuando logré el alta fue socializarme. O sea, ir a un restaurante a ver cómo come la gente, a copiarme de la gente cómo come, porque estaba embrutecida con tanta internación. Ver cómo habla la gente normal, cómo dialoga, tratar de recuperar el léxico que tenía yo como profesional. Para que no se note tanto que soy una enferma mental, y es un poco un síntoma que mantengo, no quiero que se me note mucho que soy enferma mental. Y en cuanto a marginada social, por supuesto, porque, quiéralo o no, al que estuvo internado ahí lo discriminan, lo alejan. Eso no se puede evitar, un poco pasa con el pase, al ver el pase ya dice ahí "Hospital Esteves". Y marginada en cuanto a las noticias, no sólo los hechos políticos sino los hechos sociales trascendentes que uno tiene que saber, yo no sabía nada. Si bien ponían el televisor, veían películas, veían novelas, no se veía el noticiero, porque llegaba el noticiero y apagaban el televisor y nos mandaban a la cama. Así que no se podía estar informado.

Entonces yo considero que todo eso me alejó de la vida social. Cuando volví a la sociedad tuve que hacer un trabajo de inserción serio, no por el hecho de decir una más que ocupa la sociedad, sino una que parece ser normal en la sociedad. Porque yo considero que lo que me pasó, la enfermedad la tengo, a criterio de los peritos estable, estoy medicada, no dejo de tomar los remedios nunca, pero mi manera de hablar y todo a juicio de la gente es normal. Y ese es el móvil que me sostiene a mí y el objetivo que me planteé a mí misma volver a ser la persona que era antes de tener este accidente. Porque para mí esto fue un accidente.

Fue el doctor Fabián Camino quien me propuso ir al PREA para salir de la internación. No podía llamar a ningún familiar para que me saquen porque habían muerto todos. Y bueno, hice méritos para eso porque he trabajado mucho en el PREA y conseguí que me dieran la externación. Por ejemplo, era coordinadora de los grupos todos los domingos a instancia de la licenciada Graciela Silberman [*]. En el grupo de los viernes daban un tema y Graciela Silberman elegía una coordinadora, quien tenía que dirigir los grupos de tres, cuatro personas, controlando lo que escribía cada grupo y corregirlo, y eso después el siguiente viernes se leía y lo valoraba la licenciada Graciela. También trabajaba mucho en el sentido de que emitía muchas opiniones que eran valorizadas, trabajaba mucho porque hacía las labores, no era muy desenvuelta, pero hacía lo que podía. Si había que jugar a la pelota jugaba a la pelota, aunque no me gustara. Estaba siempre en actividad. Cumplía siempre, iba siempre, hasta enferma iba, solamente falté por un accidente que tuve, me quemé en la ducha porque vino un golpe de agua hirviendo y me quemé en el pecho. Habré estado 15 días ausente por ese motivo. Fueron los únicos 15 días que falté porque era realmente de la sala que no me dejaban ir, porque si no siempre iba, resfriada, engripada, como estuviera iba. Yo trabajé muchísimo por mi externación, más que otras personas.

Fui primero a Avellaneda a vivir y ahí estuve hasta el 18 de julio de 2014, que pasé a otra casa con una señora que se descompensó y a quien sacaron y me dejaron sola a mí. Hasta el 16 de septiembre de 2016, que por desvanecimientos que he tenido resolvieron mandarme a este domicilio. En donde viví mejor fue en 24 de mayo 1736, sola. Estaba tranquila. Sola estaba tranquila. Me alimentaba bien, eso lo dijo el médico después de hacerme el chequeo. Es falso que me alimentaba mal. Y porque podía salir cuando quería. Aquí hay muchas visitas. Allá tenía libertad para salir todo el día si quería. A almorzar afuera, si había que comprar cosas compraba. Tenía más libertad. Para mí fue el mejor domicilio. No se sabe por qué fueron los desvanecimientos porque todo estaba bien. De repente estaba bien y de repente me agarraba un mareo y de ese mareo seguía un desmayo, y perdía el conocimiento y me orinaba encima, como si me fuera a morir. Pero me hicieron análisis y todo dio perfecto.

Cuando salí del hospital Esteves estuve trabajando tanto en la revista y en Made in Librement²⁴, que era un emprendimiento laboral que había. Yo elaboraba las actas, hacía entrevistas, pasaba las notas que hacía para la revista a la computadora, y eso iba a revisión de Marisel [*] y ahí se publicaba y salía la revista. Y después me daban una zona en un plano, y yo me encargaba de esa zona y la iba distribuyendo. Trabajé en la revista desde el 2009, que estaba internada, hasta diciembre del 2011, que renuncié porque el sueldo estaba muy bajo, 200 pesos para la categoría del trabajo y tanta cantidad de trabajo.

Me mantengo con una pensión no contributiva y el subsidio por externación, y tengo en trámite la pensión derivada. También hago el taller de canto y canté en la fiesta del 3 de diciembre. Canté Yo soy aquel, de Raphael. El autor es Manuel Alejandro, pero pertenece al repertorio de Raphael. La elegí yo porque es una canción de un amor muy puro, muy de la década del 60, de un verdadero amor, porque mis ídolos eran Tom Jones y Raphael, así que alguno de los dos tenía que ser. La coordinadora Cecilia [*] quedó muy contenta. Me lo dijo el otro día. Fui muy ovacionada.

Mi propósito para el 2017 es que sea un año más próspero, con todas las dificultades que plantea esta gestión. Que pueda cobrar la pensión derivada. Ese es mi deseo.

²⁴ Empresa social dedicada a la producción gráfica.

XX

A TODA COSTA CONSEGUIR UN TRABAJO

XX

ANGIE

-61 años-

Entrevistada en diciembre de 2016



Para contar mi historia tendría que remontarme a mis primeros años. Nací en el sanatorio Córdoba, en Capital Federal, y al poquito tiempo vine a vivir a Remedios de Escalda Oeste, que es mi ciudad natal. Era un barrio trabajador, del ferrocarril. Mi papá era una excepción porque trabajaba en la administración pública. Además era poeta, escritor, y también escribía canciones y era miembro de SADAIC²⁵. Mi mamá era ama de casa. Ella quería ser obstetra, pero se enfermaron mis abuelos y eso quedó trunco. Además, cuando ya me tenía a mí se le dificultó mucho.

En casa vivíamos con la tía María a quien yo le decía “Tía Mía”. Mi papá se llamaba Víctor y mi mamá Armonía. No tuve la suerte de tener hermanos, pero un hijo de esta tía Mía vivió conmigo hasta los 24 o 25 años, y él fue además mi padrino. Después él se casó y se fue a vivir a unas 10 cuadras de mi casa, así que estábamos cerquita y nos veíamos todos los fines de semana.

²⁵ Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música.

También tengo parientes en Chile. Cuando la revolución española, el esposo de mi tía Emilia luchaba con las fuerzas en contra de Franco y estaba amenazado de muerte. Él era panadero, había tenido una panadería cuando vino acá con su esposa, Aquilina, que era católica devota y una excelente costurera y ama de casa. Este tío fue íntimo amigo de Pablo Neruda a quien conoció en España. Pablo decía que no había nacido para trabajar, entonces mi tío hacía diferentes trabajos y le daba de comer a Pablo. Y en una oportunidad Pablo le dice: “va a salir un barco para Chile”, y así es como vienen y se instalan en Chile.

Cuando él estuvo bien afincado tenía una estrecha comunicación con los compañeros de lucha en la Argentina, en Latinoamérica y en España. Entonces por gente que iba a Chile y gente que venía a la Argentina les avisó que podían cruzar, y que en determinado momento esperaban a mi tía y a su hija, y así es como fueron y se radicaron en Chile. Allá mi prima se casa con un chileno de muy buena familia, y tienen una hija con quien hace cinco años me conecté por Facebook después de 50 años de no vernos.

Mi tía Mía fue a vivir de nuevo a la casa de los abuelos porque el marido se había muerto y ella había quedado con muchas deudas. Ella era delegada peronista a pesar de que era de la Unión Cívica Radical. Su hijo era de la juventud radical, pero la habían amenazado con que si no se cambiaba al peronismo la echaban del trabajo. Ella fue mi segunda madre, porque yo andaba detrás de ella, como la negra de las películas norteamericanas que adoraban al chiquito. Bueno, igual. Yo tenía la figura materna de mi mamá, pero llegaba mi tía y yo me iba a cocinar, a tejer crochet, a leer libros con ella. Me metía en la biblioteca que teníamos, muy abundante, y así me fui metiendo en los libros. La casa del lado pertenecía a mi tía Emilia, mi abuelo la había comprado para ella. Y en esa casa, que estaba con inquilinos, estaba toda la biblioteca. Entonces para mí ir al lado a jugar con el hijo del inquilino era la gloria. Yo estaba enamorada de los libros de mi tía y quería a toda costa aprender a leer. Tenía cuatro años, me medía con chicos de seis y decía: “¿no ves que yo soy igual, de la misma altura? Yo tengo que entrar al colegio”. Mi ilusión era entrar a estudiar para escribir rápido como mi tía y para leer los libros de la biblioteca y organizarlos.

De ahí después hice la primaria en la escuela número 45, una escuela normal, donde la mayoría de los chicos y chicas éramos humildes. Me fui en un hermoso viaje, que no se usaba, pero nos fuimos siete días a Mar del Plata los de mejor promedio. Después pasé a la secundaria, pero no podía entrar al colegio que quería porque vivía fuera del circuito. Entonces lo convencí a mi papá de que fuera a hablar con la directora y que me tomara un examen. Mi papá me dijo: “estás loca, no hay vacante, ¿qué examen?”. Y le digo: “sí, sí, sí, andá a hablar, yo tengo que entrar a ese colegio”. Mi papá llama por teléfono a la directora y qué pasa, ella estaba muy preocupada por la jubilación. Entonces mi papá le dijo que él le iba a averiguar todo para hacer los trámites, pero que me

diera la oportunidad de conocerme, que mi sueño era estudiar ahí. Ella le dijo: “pero mire, usted sabe cómo son los requisitos”. “Bueno, pero ella quiere conocer el colegio y quiere entrar”. Entonces le dice: “bueno, vénganse los dos tal día y hablan conmigo”. Yo estaba emocionadísima, el colegio era inmenso, yo la saludo y me dice: “te voy a tomar un examen, pero lo más importante de todo va a ser que vos me hagas una carta presentándote, pidiéndome la vacante y convenciéndome que tengo que hablar con la inspectora para darte la vacante. Te voy a dejar sola, pensátele, y cuando estás nos tocás la puerta”. Mi retórica era bastante buena, pero había que convencerla. Me acuerdo que mi papá antes de irse se dio vuelta y me dijo: “tengo el agrado de dirigirme a usted, y ahora arréglatelas”. Entonces le hice una carta, le expliqué todo, le gustó y me dieron la vacante. Fue una emoción muy grande.

La secundaria fue un gran cambio. En el colegio conocí a la que iba a ser amiga de toda la vida, Antonia. Escribíamos y en los recreos nos leíamos lo que escribíamos. Y mi compañera de banco, que era una descendiente de irlandeses a quien le decíamos Jean, también amiga de toda la vida. Así que ahí hice mi escuela secundaria con orientación físico-matemática. Yo quería ser ingeniería electrónica o física nuclear en el Instituto Balseiro.

Mi tía muere de cáncer cuando yo tenía 15 años. Estuvo mal, mal, pero estuvo en mi fiesta de 15 que fue hermosa. En esa época yo estudiaba inglés y también estudié piano, pero no quise estudiar más porque mi tía se sentaba a un costado en el living de mi casa donde yo tenía el piano, y cuando ella dejó de estar me ponía mal tocar el piano. Inglés seguí estudiando hasta que me recibí de maestra, y cuando me faltaba un año para recibirme di el examen, y fallece de leucemia mi mamá en un mes. Le hicieron los estudios, la internaron y dijeron que no había nada que hacer.

A los años mi papá se casa con una señorita que había sido su novia cuando tenían 20 años. Se vuelven a reencontrar y se casan y ella viene a vivir a casa. Yo conozco a mi primer novio a través de la esposa del sobrino de esta mujer. Estuvimos un tiempo juntos, después nos enojamos. Después me conozco en la iglesia con el presidente de la acción católica. Él era genial escritor y estudiaba para contador. Estuvimos como tres años juntos.

Yo ya había entrado a la universidad. Antes que eso hice profesorado pedagógico en el ENAM²⁶, el colegio de Lomas de Zamora. Por problemas de salud no pude hacer las prácticas, entonces no me dieron el título. Cuando me anoto para volver a hacer la

²⁶ Escuela Normal Superior Antonio Mentrúyt.

carrera dos profesoras me dicen que estaba en condiciones de entrar a la universidad a hacer ciencias de la educación. Entonces mi papá me dice: “Esa es una linda carrera que le hubiera gustado también a tu mamá que la hagas. A mí me hubiera gustado verte maestra. Voy a ir a averiguarte los requisitos”. E hice todo el CBC²⁷. Para todo eso yo estaba de novia con un muchacho que era militar, en contra de mi papá, que no quería verlo. Me ayudaba mi madrastra. Con ella teníamos una relación maternal.

Vinieron épocas tristes, amargas, de problemas de salud míos, de problemas de salud de mi papá. Yo publicaba avisos de gimnasia china y demás en Segunda Mano, en Clarín, en Uno Mismo. Había hecho en esa época gimnasia china, masaje japonés, depilación, estética, masofilaxia. Entonces recibo una carta de un sitio de Capital, el Círculo Internacional de Belleza, que les interesaba que ingresara al staff. Entonces fui, pero a estudiar. Y al tiempo el director me insiste con que sea profesora. Me acuerdo cuando preparé mi primera clase estaba contenta. Hice un montón de talleres y no me puse más de novia. Dije “hasta que no me enamore y no esté en condiciones de tener una carrera que no me puedan decir que no, no quiero saber nada con nadie”.

Cuando tenía unos 30, 32 años, me la pasé dos, tres años, buscando laburo. Me iba temprano, a las 6 de la mañana con el Clarín de ese día, como les pasa a muchos. Trabajaba en Aeroparque de las 9 de la mañana a las 11 y 30 de la noche todos los días, continuamente asesorando público. Me tomaba el 160 hasta mi casa. Quedé agotada, bajé de peso. Vivía en Remedios de Escalada Este a donde nos habíamos mudado. En esa casa viven ahora unas señoras del PREA.

Estaba muy amargada porque yo quería a toda costa conseguir trabajo. Hace años que venía con que yo tenía que tener trabajo con un ingreso fijo, que por qué había dejado la facultad por mi novio. También se enferma mi papá y lo operan de próstata. Me dice: “seguí estudiando, seguí buscando trabajo”. Estuvo mucho tiempo internado porque no se recuperaba, primero de la próstata después de la vesícula, así que a cuidarlo. Él era alérgico al polvo, yo también, al cambio de temperatura, y yo le daba las vacunas para la alergia. Hasta que mi papá fallece. Muere el mismo día que mi padrino. Siempre jodían que se iba a morir el mismo día. Mi padrino muere el 6 de julio del 76, y el 6 de julio del 89 muere mi papá a la misma hora. Y bueno, te podés imaginar, para mí era terrible, me quedaba sin el apoyo económico, afectivo, y con un vacío terrible.

A los seis meses mi madrastra se va a vivir con la familia de ella. Seguimos teniendo un trato cordial pero muy distante, a pesar de que ella vivía a dos cuadras de mi casa. Yo

.....
²⁷ Ciclo Básico Común, conjunto de materias generales que deben cursar los alumnos que ingresan a la Universidad de Buenos Aires, antes de comenzar con una carrera.

estaba sin trabajo, comiéndome los últimos ahorros que tenía y me dice “yo te doy la sesión de la casa y los derechos de SADAIC, pero la jubilación de tu papá no te la doy”. Lo de SADAIC era muy poquito. Mi madrastra tenía su propia jubilación. Yo le digo: “bueno, yo me voy a arreglar como pueda. En este momento no tengo trabajo, estoy buscando, pero con que vos me ayudes con la casa, ya para mí es muy importante”. No la vi nunca más.

Vinieron etapas muy negras. Tuve a los vecinos en contra mía. Fueron épocas en que no tenía para comer. Tuve que salir a pedir a la vecina de adelante si me daba un café con leche o un pan que le hubiera quedado. O al carnicero un puñadito de carne picada para abrir un pan y meterle, o un pedacito de morcilla. Al principio pagaba y después ya no tenía, iba y pedía. Pero yo no podía vivir así. Se hacían días interminables en que yo pasaba cuatro días sin comer, tomando agua, salía a pedir algo, en un lado, en otro.

Una vez había conseguido trabajo en Lanús y voy a la casa de mi prima, la esposa de mi padrino, y le pido que me compre la línea de teléfono, porque yo para trabajar donde había conseguido necesitaba plata para viajar, y para mantenerme y comer, y ese día se produce una discusión porque ella estaba muy nerviosa. Mi ahijado viene con intención de matarme, me agarra del cuello, rompe una ventana con mi cabeza, casi me saca un ojo. Me voy y por años no aparezco más.

Para todo esto los vecinos se me tiran en mi casa. Yo en una oportunidad me había olvidado el monedero y no me acordaba dónde, y tenía adentro las dos llaves de mi casa. Se ve que hicieron copia, porque un día me despierto y estaban abiertas de par en par las puertas de mi casa. Me habían empezado a robar. Yo tenía muchas cosas de mi abuela, de mi mamá, libros, mantelería, cristalería. Y empieza una vida muy muy dura. Hasta que por fin viene un día la policía sin motivo alguno y me dicen: “vamos, vamos”. Yo no pregunté nada. Me imaginé, porque me habían denunciado que yo molestaba. Y me molestaban a mí. Me tiraban encima el carrito cuando iba caminando, para que yo le haga algo a la criatura y sacarme. Iba caminando y un vecino me tiraba baldazos de agua. Cuando pasaba me insultaban, me decían de todo, me tiraban basura al techo, se subían los chicos al techo y con palos estropeaban la membrana. Habían aparecido goteras. Hasta que viene un día la policía y me llevan al Esteves.

A todo eso yo había ido varios años a pedir trabajo a la municipalidad. Me había anotado para limpieza, para empleada, para lo que fuera. Nada. Entonces subí a la oficina de Quindimil, quien fue por 20 años el intendente de Lanús. Hablé con el secretario, le conté mi situación, que había estudiado, que yo buscaba trabajo para mantenerme, que estaba sola. Y me dijo: “¿a usted le vendría bien una carta de recomendación, para presentar donde usted quiera?”. “Sí”, le digo, “sería ideal, creo que me abriría puertas”. “Bueno, véngase dentro de 10 días, yo se la hago hacer”. El día que viene la policía yo

me meto en el patrullero y le digo: “llévenme a la municipalidad de Lanús porque el intendente me tiene que dar una carta de recomendación”, como diciendo que no estoy a la deriva. “Nosotros sabemos dónde te tenemos que llevar”, me dicen. Entonces digo, acá se pone fea la mano. Aparezco en la puerta del Esteves y digo: “esto es un hospicio”. Yo no conocía, nunca había ido ni sabía que era. No conocía el lugar, no tenía referencias. Eso fue el 27 de octubre de 1997, tipo 11 de la mañana.

Entonces me hacen entrar, se me tiran todas las chicas descalzas, sucias, babéandose, y me llevan a admisión. Yo tenía gatitas que estaba pariendo. Me llevan a admisión, me atiende una doctora y le cuento de mi desesperación: “si yo me tengo que quedar acá doctora, me van a robar todo, se me van a meter en mi casa, tengo dos gatas que están pariendo”. “No, no, no”. No la puedo ver a esa psiquiatra, la veo de lejos y la escupo. Y le digo: “pero escúcheme”. Ella dice: “usted se tiene que quedar acá porque le tienen que hacer pruebas antidrogas, le tienen que hacer estudios, hay una denuncia policial de los vecinos, así que te tenés que quedar. Yo digo que te tenés que quedar y te tenés que quedar”. Entonces me hacen pasar a admisión y me escapo. Y Alicia, después nos hicimos conocidas, me reconoce, me había visto la cara de cuando entré y empieza a los gritos. Me agarra de un brazo cuando yo ya había salido a la calle y me hace entrar, llama a los de vigilancia, me agarran y me llevan de la puerta a admisión levantada de los brazos, sin pisar el suelo. Les digo: “esto es ilegal, lo que ustedes están haciendo conmigo es una represión, es una privación ilegítima de la libertad, porque yo no maté a nadie, yo no robé, yo no tengo trabajo, es lo único”.

Me sacan la cartera, me sacan la libreta universitaria y yo pido una hoja a una pobre infeliz que estaba ahí como yo y escribo: “quiero hablar con el director del hospital, esta es una privación ilegítima de la libertad, esto no lo pueden hacer, yo pido un abogado” y cuando se van todas del office, las enfermeras, psicólogas, entro y lo pincho con un chinche en un corcho. Puse mi nombre y número de documento. Me habían sacado el documento, todo. Se lo llevan a estadística y hasta que vos no salís no te lo dan, porque vos sos un privado de la libertad. A los días me devuelven la cartera. Me habían robado la plata, el monedero, cosméticos, una tijerita que tenía que me dijeron que era para que yo no me mate. Yo no tenía la menor intención. Cuando salí años después pedí la tijerita y me dijeron: “desapareció”. Era un recuerdo de mi papá.

De ahí pasé a admisión con la esperanza de salir en un mes. A los 15 días me habían hecho test de todo: análisis clínicos, glóbulos rojos, glóbulos blancos, de hígado, mamografía, colposcopia, PAP, radiografía de pulmón por si tenía tuberculosis. Y el médico de ahí me dice: “tus estudios están muy bien”. “Bueno, ya me voy”. “No, no podés”. “¿Cómo que no puedo?”. “No, todavía no podés porque es por una causa judicial, así que los vecinos no quieren que vos vuelvas”. Y a mí que me importa lo que quieran los

vecinos, yo tengo que volver a mi casa. “no”, dice, “no podés. Hay una demanda y esto lleva mucho tiempo”.

De ahí me pasaron a sala Ayerza. Estuve internada dos años y medio. Me habían pedido números de teléfono y los únicos que me sabía eran los de dos primas. Venía a buscarme mi prima, la mamá de mi ahijado, y me llevaba a la casa de mi otra prima, porque ella no me quería tener en su casa. Me decía que ella no tenía cama y que yo no era un perro para dejarme acostada en el piso en un colchón. Entonces la única esperanza era que ella me buscara después de la asamblea de los familiares y me acercara a la casa de la otra prima, y esa prima me tenía hasta el domingo a las seis de la tarde que me venían a buscar, y 7 y 30 yo entraba a comer. Yo tenía permiso para estar más tiempo, una semana. No me querían llevar a mi casa y al no haber presencia mía los vecinos violaron la cerradura y me desvalijaron la casa.

Yo ingresé prácticamente a fin de año, el 27 de octubre. Y lo que yo quería era volver, primero por los gatitos, tenían vida, necesitaban estar alimentados, y mi casa, porque yo hacía un razonamiento lógico: yo no estoy en la casa, mis vecinos se van a meter a robarme porque me habían visto salir con la policía. Podían pensar “esta persona dejó su casa sola con las pertenencias”. Entonces era una desesperación impresionante. Además de eso yo necesitaba estar libre, necesitaba poder moverme, dormir en mi casa, en mi cama, así las paredes no estuvieran bien pintadas o hubiera alguna gotera, yo necesitaba dormir en mi querencia.

De aquí pasa un tiempito y a principios de diciembre cuando yo veo movimiento del médico y de las enfermeras dije: “bueno, ya me dan el alta”. No, macana. Me di un palazo por la cabeza. Me dicen: “prepará tus cosas”. Yo tenía dos polleritas, dos blusitas, una bombachita, no tenía más, y aparte me robaban todos los días. Teníamos un aparadorcito de madera con un candadito. Te arrancaban el candado, no sé cómo hacían, decían que eran las pacientes. Yo con tanta fuerza no las veía. Después llamaban a mantenimiento para que vinieran y te lo volviera a poner, para que al otro día te rompieran el candado de vuelta. Te sacaban la ropa, la plata de la cartera cuando te respetaban la ropa. Era terrible, una zozobra, una angustia.

Y bueno, cuando veo ese movimiento y me dicen “prepará tus cosas”, yo junto una bolsita y ahí meto todo. Le digo: “¿me vino a buscar mi prima? ¿dónde me voy, a mi casa?”. Y me dice la enfermera: “no, lo tuyo va a ser largo”. Y le digo: “¿pero a dónde vamos, cómo largo, si yo tengo todos los estudios bien?”. Me dice: “te pasamos a otra sala”. “Pero, cómo, ¿yo de acá no me voy a mi casa?”. “No, ya te lo van a explicar el doctor. Te vamos a pasar a Sala Uno. Seguime”. Entonces la seguí. Me metieron más adentro del hospital. Yo no conocía a nadie porque no teníamos contacto, excepto cuando sa-

líamos al parque, que nos decían que nos quedaríamos por ahí cerca. Alguna que otra chica venía a pedir moneditas o un cigarrillo o a decir algo.

Los primeros días se acerca una chica a saludarme, que estaba haciendo banderines y yo me prendí a hacer banderines para adornar toda la sala, porque dentro de unos días se empezaba a armar el arbolito y a preparar todo para navidad. Yo quería pasar la navidad en mi casa o en la casa de mi prima. También conozco a otra chica que en ese momento creí que estaba loquísima, caminaba dura por el haloperidol, y me dice: “vení para acá, ¿cómo te llamas?”. Le digo mi nombre, ella me dice el suyo y me cuenta: “a mí me metieron acá y me sacaron a mi bebé”. Me cuenta toda la historia, y me dice: “mi marido me tiene prohibido hablar con las pacientes. Vos hablá con las enfermeras y con los doctores. Con las locas no, porque te van a volver más loca”. Le digo: “¿y por qué hablás conmigo?”. “Porque hay como un *feeling*. Así que vos hacé lo mismo. Vos seguime”. Así que la seguí. Yo no tenía nada que hacer, excepto hacer los talleres. Así que la seguí e íbamos, charlábamos. Me dice: “no tomes mate, porque estas todas tienen la boca arruinada, tienes pestes. Tomá agua”. Esa misma chica ahora se recibió de acompañante terapéutica. Para fin de año yo había tenido una rica comida de Navidad, me habían festejado mi cumpleaños lo mismo que a otras chicas de diciembre, pero no lo pasé en mi casa. Mi prima vino, me llevó un rato a su casa, me lo festejó y después volví.

Yo tenía un equipito de mate y conocí a Dorys, que fue la que hizo el libro *Crónicas, historias de vida de un neuropsiquiátrico*. En ese momento ella todavía no había empezado a escribir. Dorys fue quien me puso el nombre de Angie. Cuando nos conocimos y empezamos a charlar ella me dice: “¿y vos cómo te llamas?”. Le digo: “mirá, yo me llamo María Angelina”. Y ella me dice: “no, pero es muy largo. Vos tenés que usar un pseudónimo. Desde hoy te vas a llamar Angie. Te va a traer mucha suerte, pero ponelo con ‘e’ que queda más sofisticado”. Así que conozco a Dorys, a Beatriz, a Hilda. Nos íbamos al baño a rezar con Beatriz y yo le decía: “no exagerés, te van a dar medicación por delirio místico”. Hilda salió y vino a visitarnos estando nosotras aún internadas, y Dorys quedó muchos años más hasta que salió. Nos hicimos re-amigas, hasta el día en que murió. Nos contábamos la historia de los abuelos, porque los abuelos de todos habían venido en la panza de un buque, de España, de Rusia, de Italia, y teníamos eso en común, que éramos hijas de inmigrantes.

Durante el día le daba de comer a los gatos y a los perros. Llegaba la hora del almuerzo, la enfermera se iba y yo agarraba el plato e iba y les daba de comer. La comida era horrible, así que yo comía alguna cosita y lo demás iba y los alimentaba. Ya me conocían. Un poco recordar lo que yo había tenido en casa, animalitos.

Unas semanas después viene a la Sala Uno Amelia, que era artista plástica, cuentista y había sido actriz. Enseguida que nos conocimos empezamos a tener una relación cercana, hasta después que yo salgo la visito. Ahora no porque la última vez que fui, muy ansiosa, no se acordaba quién era yo. No la visité más. Me dio mucha pena. Ella sabía que no iba a salir nunca. Nos habíamos hecho amigas y fantaseábamos con que íbamos a buscar los gatitos y que nos íbamos a vivir cuando arreglen la casa de ella o la mía, las dos juntas. Teníamos una afinidad muy grande. Lo pasaba bien con ella a pesar de los momentos que uno tenía de tristeza y de abatimiento, no nos dejábamos, decíamos que en algún momento a la casa de ella o la mía la iban a arreglar.

Mientras tanto mi prima habló con la asistente social y el psiquiatra de que tenía que estar todo en condiciones para que yo saliera, pero aparentemente hablaban de una pensión por discapacidad y yo no quería eso, yo quería un trabajo.

Va pasando el tiempo, hasta que un día preguntan: “¿quiénes quieren ir a Córdoba?”. Yo levanto la mano. Vamos a Cura Brochero. Ana María Monzón había sido enfermera de admisión durante muchos años, después fue jefa de enfermeras y después pasa a ser la coordinadora de Recreación. A Monzón se le ocurrió que fuéramos a comprar al almacén sin plata. Porque nosotras no podíamos comer lo que queríamos y era un desastre. El albondigón crudo, el arroz todo pegoteado que dabas vuelta al plato y se quedaba pegado. Era terrible. Bueno, nos amotinamos y dijimos: “no vamos a comer”. Llegó a oídos de Linero, en ese momento director del hospital, y vino mejor la comida.

Monzón había recibido la queja y en ese viaje a Córdoba dice: “vamos a simular que ustedes están viviendo afuera, hacen una compra y se organizan para hacer la comida”. Cuando volvemos del viaje, a ella se le ocurre una idea que para mí fue genial: “chicas, ¿y si eso lo seguimos viviendo en el hospital? Eso que pudieron hacer, que no se quemaron, no se les quemó la comida, les salió rico, se acordaron de cosas y se fueron enseñando y ayudando una a la otra. Si es posible en las vacaciones, es posible en la vida de todos los días. Qué les parece todos los días ir a la cocina, las que estén dispuestas a trabajar en la cocina que hay en el CREAM²⁸”. Y nos dice: “pero inviten a alguien para que conozca lo que ustedes están haciendo, y que las chicas se vayan animando a hacer un desempeño hogareño de actividades. Porque cuando uno cocina, invita a la casa”. Yo levanté la mano y dije: “cuente conmigo”. Todos los días invitábamos, teníamos gente del CREAM, enfermeras de la noche, Néstor Costa. Fue una experiencia muy bonita.

²⁸ Se conoce como CREAM a la Coordinación en Rehabilitación, Educación y Actividades Recreativas. Corresponde al área de Rehabilitación del Hospital José A. Esteves.

Después un trabajo que tenía, que también me lo propuso Ana María Monzón, era el gallinero. Había 1.600 gallinas y había que vender los huevos por maple. Se entregaba la plata a cooperadora y nos pagaban por este trabajo. Después de eso aparece una oportunidad. Me comentan tres chicos, que eran técnicos en recreación, que estaban buscando chicas para enseñarles juegos, recreación, e ir por las salas. Y una vez formado el grupo ir a clínicas, a hospitales, a hacer recreación para poblaciones vulnerables. Hacemos el entrenamiento y le pusimos de nombre Guardianes de Ilusiones.

Y bueno, Ana María Monzón un día me dice: “mirá, a vos te gustan mucho los libros, yo pensé en vos para bibliotecaria del hospital. Acá había una biblioteca y la bibliotecaria se fue. Esto quedó acéfalo. Entonces esos libros hay que clasificarlos y organizar todo. ¿A vos te interesaría, empezar de a poquito, ir haciendo algo de esto?”. “Sí”, le digo. “Paga no hay, pero el trabajo es tuyo”. Yo contentísima. Organizaba los libros y lo hacía bastante acertado a lo que después, estudiando bibliotecología, era un inventario de libros con signatura topográfica, que yo no conocía. Nunca había visto una ficha. Así fue unos meses, y aparece Loli, la bibliotecaria actual. Ana María me la presenta y me dice que me va a ayudar, porque Loli era bibliotecaria de muchos años y me iba a enseñar. Enseguida hubo mucho *feeling*.

Pasa el tiempo e ingreso al PREA. Yo iba a bañarme y Lilian Vargas, la jefa de enfermeras me dice: “te quiero comentar que ahora hay una posibilidad de salir a través del PREA. Va a haber una reunión, y yo quiero que vayas”. Y yo le dije: “pero yo quiero salir para ir a mi casa”. Y ella me dijo: “bueno, pero vos salí por el PREA y paralelamente ya se verá qué se hace con tu casa. No pierdas esta oportunidad para salir. Yo quiero que vayas a la reunión y que escuches y que veas”. Entro al PREA y voy haciendo todos los pasos, las asambleas dos veces por semana, donde estábamos una o dos horas, debatiendo, planteando miedos, contestándonos esos miedos. Yo estaba contenta y pensaba: “salgo, voy a vivir a mi casa, trabajo de bibliotecaria. Toco el cielo con las manos”.

En marzo del 2000 paso a vivir a Adrogué. Se hacen las reuniones en el PREA para ver con quién queríamos vivir, quién era afín con quién. Ya con Lucy nos habíamos agarrado de la manito, con Celia también, que era una abuelita peleadora, y Dorita y Graciela, que estaban en la cocina y yo les había dado mucha bolilla y se me habían pegado, hasta el día de hoy, que voy mañana a cortarles el pelo y a teñirlas. Terminamos juntas y no nos separamos en 16 años. Yo seguí unos días trabajando, iba al hospital, trabajaba e iba a dormir. Hasta que un buen día me dice Ana María: “¿por qué te quedas en el hospital a dormir?”. “Y porque yo vivo en el hospital”. “No, vos no vengas más al hospital, vos ya tenés tu casa. Llevate todo. O te mudás, o te mudás”.

Llego a vivir a Amenedo. Me encariñé con la cama, que era de la hija del dueño de la casa. Me la traje porque cuando nos mudamos a este departamento él dijo: “llévense todo, los muebles, todo”. Y yo me llevé mi cama.

Cuando salgo del hospital hago cursos en bibliotecología, varios cursos en la municipalidad, después informática, un montón de cosas, y voy haciendo distintos cursos ya en Libremente. Después me dan una beca de capacitación. Eso fue hasta el primero de septiembre del 2003, que me dan el cargo de personal de planta como administrativa en Libremente, y con horas de bibliotecología en el centro de capacitación, así que tengo una beca de un año y medio, que generalmente se daban por tres años. Yo contentísima. Un día salimos a hablar con el ministro, pero él no estaba y nos atiende el secretario. Vamos con María Rosa[*]²⁹ y con dos o tres pacientes más. Yo le había dejado una poesía que había hecho, se la entrega al ministro y empieza a investigar, qué se yo, la cuestión es que cuando volvemos María Rosa me dice: “¿vos no tenés ganas de contarle al doctor Linero, en vez de contarle yo, cómo fue el día de hoy y lo que hablamos?”. “Sí, me encantaría”, le digo. Entonces estamos muy vivamente hablando y suena el teléfono y nos dice: “¿me esperan un momentito afuera?”. Y sale Linero y dice: “vengan, vengan, Angie, venga para acá. Salió tu pase a planta. Sos de planta. Ya está el nombramiento”. Yo no podía creerlo. Vamos a dirección y estaba la directora asociada, que era Patricia Esmerado [*], y ella sonríe, me abraza, me besa y me dice: “la verdad que te felicito, te lo merecés”.

Salí de ahí contenta y vine a casa y les conté, y Graciélita dice: “Bueno, voy a hacer una comida especial”. Y ahí empiezo a trabajar de planta, hace 13 años. Después, más adelante, paso muchas horas en Libremente, y viene la actividad de Alcohólicos Anónimos y me nombran secretaria. Yo sin tomar, pero sí me quedaba a acompañarlos, a hablar, a recibir los llamados de alguna persona. De esto hace como siete años. Durante el 2009 me consigue una beca Mercedes [*] para hacer ya más profundo informática, y después por mi cuenta voy y me anoto y hago ceremonial y protocolo, e hice otro curso de realización de congresos y eventos en la Universidad de Quilmes. También dimos entrevistas a diarios, a Canal 11. Éramos lamentablemente famosas.

En el año 2014 me llama Maxi, psicólogo, quien fue jefe de residentes del Esteves y me dice: “hay una posibilidad, me gustaría que la aproveches vos, que vengas al Ministerio de Salud, y con la implementación de la Ley Nacional de Salud Mental está la posibilidad que vos entrés a consejería de salud mental, que es como un apartado que tiene que existir con profesionales, pacientes y familiares, para dar asesoramiento y para viajar por las provincias para estrechar redes y lazos con profesionales y pacientes de

.....

²⁹ Se señala con [*] cuando la entrevistada se refiere a personas que trabajaban o trabajan en el PREA.

otros lugares”. O sea que yo iba los lunes, hasta diciembre que subió Macri, cortó todo Andy Blake. Yo me fui porque se había perdido el sentido, el motor. Ahora estoy en el movimiento de redes de usuarios de sistemas de salud mental, en defensa de la Ley 26.657. Entonces paso a trabajar en el Ministerio, sin dejar mi trabajo de Librementa que es donde tengo toda mi carga horaria desde 2010. También trabajo vendiendo productos, en un equipo de ventas.

Y con Estela y Lucy nos mudamos el año pasado a este departamento. Una vida muy confortable. Estamos en un micro emprendimiento con Estela, a quien se le ocurrió la idea, porque ya dejamos de ser del PREA. Si bien tenemos atención en el P.R.E.A y yo trabajo allí, pasamos a pagar el cien por ciento del alquiler, distribuido como podemos las tres. Entonces ahí vino también nuestra urgencia de conseguir otros ingresos. Estela va a hacer delantales y yo le voy a ayudar. Yo estoy entusiasmada. Porque necesitábamos pagar gas, luz, agua con tarifazo, el alquiler, Telecentro, y eso es un montón de plata. Los sábados yo podría quedarme un rato más en la cama, pero me levanto temprano y me voy a entrenamiento, a la tarde limpio el baño, lavo la ropa, plancho, y limpiar hay que limpiar. También estamos haciendo el libro de cuentos con Lucy y queremos presentarlo en marzo.

Quiero señalar que el PREA estuvo presente en todo. Siempre me acompañó, más allá de la fuerza que uno puede poner en salir adelante de un problema, ellos estuvieron presentes siempre, y la doctora Mariana Baresi [*] estuvo conmigo apoyándome. Cuando a mí me sacan de mi casa con la policía, los vecinos me habían usurpado la casa y me habían robado todo. Afortunadamente con el apoyo de todo el PREA en el 2011 vamos a juicio y yo gano la demanda. Para mí fue un orgullo. Me indemnizaron, pero no me dieron lo que yo esperaba, porque había libros, cosas de mi familia que no tenían precio.

En el 2007 yo alquilo la casa al PREA y entraron a vivir cinco chicas del programa, hasta el día de hoy. Además de recibir un alquiler podía ayudar a chicas del hospital a tener una casa digna, y por otro lado era también una forma de darles un cachetazo a los vecinos y decirles: “vienen mis amigas a vivir acá, la casa va a ser alquilada por amigas mías”.

A las chicas del hospital les digo cuando se me acercan: “tenés que luchar, tenés que meterte en el PREA, no bajés los brazos”. Creo que les doy una palabra de aliento. Cuando yo les cuento quedan con otra actitud, con otra esperanza de que van a poder hacerlo, que van a poder empezar su vida de vuelta. La misión de todas es esa, poder ayudarnos. El que no lo pasa no sabe lo que es que te vuelvan totalmente loca y que te saquen la casa, lo que vos querés, tus cosas.

Por último, quisiera agradecer especialmente a algunas personas, al papá de Yamile [*], que es enfermero jubilado del hospital, porque él fue el primero que me dio la medicación en gragea. Me la daban pisada, amarga, asquerosa. En la cuchara que le daban a una, la metían en una jarra con agua y le daban a la otra. Era horrible. Y él me dijo: “dame la mano”, y me dio la medicación. Lo que significó para mí en el hospital, el salto de ser un animalito que le daban la medicación pisada, porque no querían que la escupiéramos, a que me dieran las pastillas en la mano y poder tomarlas como cualquier ser humano. Y a Lili por sus palabras cuando me dijo: “no pienses en salir sola a tu casa, andá a escuchar la propuesta del PREA”. Sin eso mi vida hubiera sido muy amarga dentro del hospital. Nadie me iba a sacar. Hubiera quedado en el terrible olvido.

El cierre de mi historia sería que no hay cierre. No es que acá se termina. Todos los días hay una apertura de hacer algo, ver qué cosas podemos hacer dentro de las limitaciones que tiene cualquiera de nosotras, con los pies en la tierra obviamente, pero qué otra cosa podemos hacer para ganar la vida, y para vivir la vida. Para vivir mejor.

RENATA S.

-36 años-

Entrevistada en agosto de 2014



Nací en Luján el 12 de julio de 1978. Tengo 36 años. Cuando yo era chica mi mamá me puso en un instituto de menores porque tenía problemas económicos. Tenía una hermana, la que seguía de mí, y varios hermanitos que eran más chiquitos que yo. Ahora no los conozco a ninguno. Sólo tengo recuerdo de mi hermana, que estuvo conmigo un tiempo en el instituto de menores, aunque también me enteré que mi mamá puso a todos mis hermanos en institutos, todos separados. Al principio mi mamá iba a verme, pero después dejó y no tuve ya más contacto con ella.

A mi hermana la volví a ver cuando estaba en el hospital. La quería ver y ellos la buscaron. Me llevaban a verla en la ambulancia o con la combi, y yo le llevaba comida porque no le alcanzaba, estaba corta de plata. Soy tía. Tengo cuatro sobrinos chiquitos. Antes de salir del hospital iba a ver a mi hermana, pero desde que salí de alta no la veo, se me complicó. No sé cómo viajar. No me animo a ir sola, me da miedo perderme y siento vergüenza.

Estuve en dos hogares. El primero me gustó, el segundo no tanto. En el primero hice algunas amigas, pero me pasaron al segundo instituto porque allí estaba mi hermana, pero ella se escapó un día y yo me quedé. Nunca tuve el coraje de escaparme, sabía que

por ahí podían mandarme a otro lado. Al principio nos trataban más o menos, pero era lindo, grande, y había varias personas que me querían tener. Algunas me querían tener para limpiar habitaciones. También atendía a una señora ya grande que ahora está muerta. A veces estaba en la cocina ayudando o también en el lavadero. La señora que ayudaba en el lavadero me sacaba a veces de permiso y me llevaba, por ejemplo en las fiestas o en el verano, al campo donde estaba su familia. En esa época iba a una catequesis que quedaba cerca del instituto e hice la primaria pero creo que no la terminé toda.

Cuando cumplí la mayoría de edad, los 21 años, me mandaron al hospital Esteves. Yo ya tomaba medicación desde antes, y el problema que tenía es que se me iban los ojos para arriba. Pero lo cierto es que me internaron porque yo ya tenía la mayoría de edad y no sabían a dónde me iban a mandar. No sé cuánto tiempo estuve en el hospital. Entré en 1999 y salí por ahí en 2004 o 2006. La vida en el hospital era casi igual que en el instituto, nada más que en el hospital tenés que respetar más a tus compañeras. Era más tranquilo que el hogar, nada más que yo no tenía nada. Me bañaba todos los días a la tarde y había una estufa cerca de mi cama en donde ponía la ropa para que se me seque, y me terminaron robando casi todo. Así que cuando me pasaron a sala no tenía casi nada de medias, bombachas, corpiño, estaba casi desnuda.

Estuve primero en la Sala de Admisión, la del fondo. Ahí estuve un tiempo, no sé cuántos meses. Después me pasaron a Sala Bosch que es una sala grande, más grande que una casa, digamos, o que un departamento. Estaba la entrada, y después había como una especie de patio grande, y luego había una puerta que va al dormitorio, que también es grande. Viste, como son los hospitales. Después estaba la habitación de enfermería, y luego otra habitación más grande al fondo. En la sala comía bastante bien. Después con el tiempo empecé a estudiar en el CREAM e hice otra vez la primaria, aunque me aburría un poco. Tenía también amigas en la sala, y una era mi mejor amiga y éramos muy compinches. Ella era re-buena. Yo cada tanto la ayudaba a hacer la cama, y las dos ayudábamos a lavar los platos de la merienda o la cena. Hacíamos las camas, doblábamos los cubrecamas y a veces ayudábamos a bañarse a las viejitas. También iba a talleres, como el de la pañalera, en donde hacíamos pañales descartables y toallitas para las salas. En ese taller nos pagaban, pero muy poco, 20, 25 pesos. Después de eso nos hicieron hacer un taller, el PREA, para volver, viste, para afuera, para pensar en volver, para manejar de otra manera. Por ejemplo, nos mandaban a comprar a Coto acá en Temperley y creo que a Carrefour. O un verano, antes de salir de alta, salíamos y tomábamos un helado, paseábamos una tarde, caminábamos. Y bueno salí con un grupo de cinco chicas y ahora estoy acá en el PREA desde hace ocho o nueve años.

Del hospital nos fuimos a vivir primero a la casa del hijo de una enfermera que nos la prestó. Estuvimos ahí un tiempo y después nos cambiaron de casa a una que queda en

una calle cerca del hospital. Yo en ese tiempo cobraba un programa que no me acuerdo el nombre. Después de eso me pagaron el plan, que era 150 pesos. Y ya después hice los trámites de la pensión, primero con ayuda de la asistente social, y después yo continué haciendo lo que me faltaba del trámite. Es una pensión no contributiva, me la dieron por invalidez. Te pagan todos los meses, pero con el aumento de precios hablé con Agustina [*] y le dije que no me alcanzaba la plata, estaba muy pobre de ropa, entonces ella me dijo que hablara con Mercedes [*], y yo hablé con Mercedes y le dije que necesitaba un poco más de plata porque la pensión que yo cobraba no me alcanzaba, y bueno, así fue como Mercedes me dio este trabajo. Me dijo que iba a durar dos años el trabajo del Promover³⁰.

Me gusta trabajar. Lo que pasa es que por la mañana me cuesta mucho levantarme. Vengo al trabajo en colectivo, porque tengo el pase con el que puedo viajar gratis del colectivo uno al 200. Sirve por 10 años. Acá en el pase dice que puedo viajar con acompañante, pero yo viajo sola. Trabajo como recepcionista de Libremente. Vengo a trabajar tres días, martes, jueves y viernes. Abro la puerta, atiendo la gente, me preguntan si hay taller o no hay taller, si alguien no viene digo por qué motivo, también salgo a sacar fotocopias y a veces como el otro día me mandan a hacer dos copias de llave. Trabajo aquí desde agosto del año pasado.

Antes de trabajar hacía talleres: de cocina saludable, corte y confección, encuentro con la voz, computación, a mover el cuerpo. Éste último era el que más me gustaba porque era para bailar. Ahora además de trabajar vengo los lunes a Desayunate³¹, y los miércoles a verme con Agustina pues ella tiene mi plata y yo a veces necesito comprar algo. Después del trabajo los jueves tengo psicóloga. Y los fines de semana a veces me la paso mirando televisión. Miro muchas películas, aunque algunas son repetidas. Me gustan las de acción y las románticas. Y a veces cuando tengo que lavar ropa, lavo.

Ahora vivimos cuatro compañeras. Esta es la segunda casa en la que vivo, y me cambié porque me llevaba mal con dos personas. Un día me vio triste Belén [*] y me dijo: “¿qué te pasa?”, y le conté que me llevaba mal y que si no había lugar en otra casa me iba al hospital, pero ella me dijo que esperara, y ahí fue que me mudé. Mi barrio es lindo porque hay una cuadra en la que hay muchos negocios, muchísimos, lugar de plantas, tipo

³⁰ El Programa Promover la Igualdad de Oportunidades de Empleo, dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, se dirige a personas con discapacidad con el propósito de incluirlas ocupacionalmente, mediante el desarrollo de actividades que les ayuden a mejorar sus competencias, habilidades y destrezas laborales, para la inserción laboral en empleos o en el desarrollo de emprendimientos productivos.

³¹ Desayunate es un taller que se dicta en el Centro Comunitario Libremente, en el cual a la par que se comparte el desayuno, se debate sobre temas de actualidad.

bazar, donde venden carne, un mercado, una verdulería. Tenés de todo en esa cuadra. Mi casa es como una casa común, hay dos habitaciones, el baño con bañera y ducha. Yo comparto habitación con una de mis compañeras, con quien nos llevamos muy bien. Por eso me pone triste que ella se va a ir, pues quiere vivir sola. Me pone un poco mal, una persona que tanto tiempo tuve, tres años viviendo juntas. Si se te va una persona que vos querés tanto, pues eso es triste.

Ella me saca a pasear, es muy buena. Hablamos, escuchamos la ópera. Es muy buena persona. Ayer por ejemplo fuimos a Jumbo, porque ella me dijo que me iba a llevar para que yo conociera. También el año pasado vi un cartel en la calle que decía “Tierra Santa”³², entonces le dije a ella: “quiero que me llevés a conocer Tierra Santa”. Y fue así, me llevó. Es re-lindo, hermoso. Hay burro, camellos, y todo santos, Teresita de Calcuta, vimos gente que va arrodillada y también vimos la creación. A conocer el teatro Colón también me llevó. Ella me había contado y me había mostrado cómo era, y yo lo quería conocer, así que me invitó a ver una ópera. ¿Cómo es el Colón? Re-grande, hay un lugar donde se puede sentar el presidente.

¿Sobre mis planes a futuro? No sé. Lo que quiero es que me salga bien la operación que me tengo que hacer de la vesícula y bajar la panza. Para eso estoy haciendo yoga a la tarde, los miércoles. Tampoco tengo pensado qué quisiera hacer en las vacaciones o en el verano, pero si me preguntás, lo que sí quisiera, lo que me gustaría, sería encontrarme con otras compañeras de mi edad, es decir, tener además de la compañera que ya tengo que es re-buena, alguna amiga de mi misma edad.

³² *Tierra Santa es un parque temático religioso ubicado en la Ciudad de Buenos Aires.*

HELEN

- 59 años-

Entrevistada en abril de 2014



Nací hace 59 años en Monte, provincia de Buenos Aires. No conozco, pero mi tarjeta de nacimiento dice “Monte”, nada más. Mi familia estaba compuesta por mis papás, una hermana que es mayor que yo y mi hermanito.

Durante mi infancia vivimos en varios lugares, en Córdoba, en La Pampa, en Banfield. De Córdoba me acuerdo que vivíamos cerca de un seminario de esos donde se hacen curas, y yo escuchaba a los chicos del seminario cantar de tarde, de noche, cantaban mucho. Allí estuvimos un tiempo con mi papá, pero como se peleaban mucho con mi mamá, se tiraban platos, de todo, él se fue y nosotros nos quedamos allá. Pero al tiempo todos volvimos a vivir con mi papá que estaba en La Pampa. Por su trabajo él viajaba mucho. Era maquinista naval, pero si alguien le preguntaba decía que era mecánico solamente.

Nos fuimos entonces a General Pico, en La Pampa, con mi papá porque mi mamá fue a donde los jueces y ellos le dijeron: “señora, ¿cómo se va a separar si usted tiene tres hijos?, ¿cómo los va a mantener?”. Igual estando ellos separados mi papá pagaba, nunca le dejó de pasar plata. Nosotros ya íbamos a la escuela así que necesitábamos todo, y como mi mamá tenía la idea de mandarnos a un colegio privado, de monjas a

mi hermana y a mí, y de curas a mi hermanito, pues eso era caro. Entonces mis papás se volvieron a juntar y nos trasladamos a La Pampa. Allí vivimos en dos casas, ambas pobres. En la primera el dueño de la casa quiso violar a mi madre así que nos tuvimos que ir de ahí y nos trasladamos a otra casa llena de humedad, pero qué sé yo, había que vivir.

Mi mamá siempre trabajando, lavando la ropa, lavando sábanas, limpiando la casa. Y mi papá trabajando por el campo, haciendo rutas. La autopista General Paz la hizo él. Mi papá se encargaba de arreglar y manejar las máquinas esas grandes que se usan para hacer las rutas. Entonces estando en General Pico mi papá viajaba a Capital a trabajar en lo de la General Paz, hasta que un día llegó y dijo: “esta noche nos vamos para la Capital”. Porque mi hermana ya era grande y necesitaba ir al colegio secundario, trabajar, y en General Pico no había posibilidades pues era un pueblo chico.

Así que viajamos aquí a la Capital y nos fuimos a vivir a Banfield. Mi papá puso a mi hermana a trabajar en un taller en el que él también trabajaba. El patrón le decía “el Petiso”, porque era petisito mi papá. Ahí trabajaron hasta que mi papá se peleó con el señor porque no le daba demasiado sueldo y vivíamos en una casa alquilada. Después de eso mi papá compró un terreno donde hicieron una casa, precaria, pero era casa. Mi papá en ese entonces trabajaba para unos hermanos, los hermanos Fernández, que tenían un taller de maquinaria en la Capital Federal y ahí llevó de nuevo a trabajar a mi hermana.

Mi hermana entonces terminó el secundario. Yo no lo terminé. Íbamos al colegio de Nuestra Señora de Lourdes, que era de monjas. Yo llegué sólo hasta el segundo año y ella como terminó el secundario pudo ir a trabajar a la oficina de los hermanos Fernández. Así que ella trabajaba y yo no. Entonces mi mamá me dijo: “mirá Helen, tu cabeza no te da, mejor te quedás conmigo y listo”. De modo tal que yo estaba en la casa con mi mamá, limpiaba los pisos, lavaba los platos y trataba de que mi mamá no trabajara mucho. Al tiempo mi papá se fue de donde los Fernández y puso un taller de máquinas viales con dos socios, pero mi hermana siguió trabajando para ellos. Entonces en este taller de mi papá un señor le llevaba la contabilidad y mi papá me puso a trabajar ahí en la contabilidad, pero por supuesto fracasé. Estuve dos, tres meses nada más, pero no sabía nada. Mi papá tuvo voluntad, pero yo no sabía nada.

Pero yo quería trabajar porque quería comprar la ropa que tenía mi hermana, quería hacer los viajes de vacaciones que ella hacía, que se iba a Brasil, se iba a todos lados, y para eso había que trabajar. Y mi papá me dijo: “bueno hija, si no te da la cabeza qué le vamos a hacer”. Pero yo, cabeza dura, me puse a trabajar de vendedora en Casa Tía en Lomas. Estuve poco tiempo. También trabajé en Cinco Hermanos, otra tienda muy famosa, como vendedora. Entonces mi mamá se enfermó y se puso en cama y tuve que

dejar todo para ir a cuidarla. Yo para ese momento me había ido de mi casa a vivir sola en una pensión en Lomas de Zamora, pues yo quería vivir las cosas de mi hermana, la ropa de ella, las cosas que ella tenía. No era envidia, era que yo también quería eso. Quería ropa bonita porque mi ropa era pobre, muy pobre. Mi último trabajo en ese momento fue en una discoteca en donde lo que hacía era limpiar el lugar, pero lo que me pagaban no me alcanzaba, así que mi papá me pagaba la pensión todos los meses.

Pero como mi mamá estaba enferma volví a la casa. Estuvo así dos años. Tenía de todo. Desde que tengo uso de razón ella decía que le dolía la cabeza, que le dolía el estómago, y después se le desarrolló un cáncer. Mi papá para ese entonces ya había dejado el taller, había vendido su parte y se fue a trabajar al sur, a Papel Prensa. Con mi mamá enfermita mi papá también regresó, aunque él vivía en una pensión y no en la casa porque se seguían peleando. Hasta que mi mamá murió. A mí se me acabó la vida. La muerte de mi mamá fue un dolor muy fuerte para mí. Para todos. Y bueno, ayer hablábamos justo sobre eso, que hay que aceptar la muerte. Pero yo no la acepté. No me bañaba, no limpiaba las sábanas, no comía, andaba por la calle, caminaba de noche, estaba loca. Así que mi papá me llevó a un psiquiatra particular y empezó a tratarme. Pero entonces el psiquiatra le dijo a mi papá que no le iba a alcanzar la plata, porque mi papá estaba muy pobre, así que mejor me llevara al hospital Esteves. Y así lo hizo.

Yo no conocía el hospital, no lo había escuchado nombrar nunca. Tenía 31 años y caí en el Esteves. Estuve ahí la primera vez 15 días y me acuerdo que sufría como una loca porque pensaba que en mi casa se estaban muriendo, porque veía una luz difusa, veía cosas feas, muy feas, como sangre. Mi papá iba a verme y me llevaba libritos para que yo pintara, cualquier cosa para que me entretuviera, y a los 15 días me sacó. Yo seguía yendo a consultorios externos, pero después volví a caer y estuve 15 días más en admisión y de vuelta me sacó mi padre. Entré muchas veces al hospital Esteves. Estuve en sala 5, en sala 1, hasta que por fin estuve en sala 3 durante 10 años.

En ese tiempo en que estuve entrando y saliendo del Esteves fue probablemente la mejor época que tuve con mi papá. Nos hicimos muy amigos. Él me trataba de proteger, me llevaba a pasear, íbamos y comprábamos sandía en el coche. Pero ya él estaba en las últimas, muy viejito ya, no se bañaba, andaba con el pantalón manchado, y finalmente falleció. En ese entonces yo vivía en la casa con mis hermanos y mi papá vivía primero en una pensión, pues los peleaba a mis hermanos, y luego lo mandaron a un geriátrico porque no se podía tener en la casa. Se hacía pis, todo, entonces lo llevaron a un geriátrico del PAMI³³ y allá se peleó con todos los viejos y se escapó del geriátrico y se fue

³³ Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados.

para la casa, esto con 86 años. Pero ese era mi papá, no se le podía mandar. Peleó toda su vida por su vida, por la vida que le daban los otros. Peleaba porque los ingenieros no le querían aumentar el sueldo, porque las asignaciones familiares no se las querían dar, y gracias a todas sus peleas tuvo y mantuvo una familia.

La última vez que lo vi yo estaba en el hospital y él fue a verme, entonces le dije que fuéramos a comprar donde Betty, que es la señora que tiene un quiosco adentro del hospital. Lo pensó y dijo: “no hija, andá vos”. Y le dije: “no papá, vamos”. Y me dijo: “no, voy a casa”. Ya no podía más, tenía cáncer de próstata. Yo estaba en ese momento en sala 3 y ahí me quedé 10 años por una razón, porque mi papá falleció. Ahí me volví loca otra vez. Siempre me vuelvo loca al final. Gritaba, lloraba, gritaba como una loca. Si las paredes del hospital hablaran podrían decir todo lo que lloré y grité. Hasta que lo acepté y seguí. Mis hermanos dejaron de ir al hospital. Se vinieron abajo. Primero estaban bien pero después se vinieron abajo. Parece que había algo mal, muy mal, que no se puede nombrar, brujería y muchas cosas más. Hay una canción que dice “el ritmo de la vida me parece mal...”. Bueno, era algo así, el ritmo de la vida parecía todo mal, todo estaba mal, y yo pensaba “por qué a mí, por qué a mí”.

Y yo quedé en el hospital en donde pasaba el tiempo, los años, muchos años. Pero una vez cuando ya llevaba ocho años ahí se me acercó una psicóloga, la señora Carmen Cáceres [*], y me dijo: “vos vas a ir al PREA”. Me entrevistó y me contó que era el PREA y me dijo que ahí iba a ir. Pero yo le dije: “no doctora, yo me voy con mis hermanos”. Pero un día la enfermera de mi sala, Juanita, me dijo: “andá a la puerta que te esperan del PREA”, y ahí me estaban esperando Silvina[*] y Viviana[*], que son del PREA, y fuimos con ellas al SUM³⁴, al lado del hospital, y allí nos empezaron a dar clases. Y yo empecé a ir, durante dos años más o menos. Siempre les preguntaba: “¿y la casita para cuándo?”. Hasta que un día vino la doctora y me dijo: “te voy a dar una noticia, vamos a conocer la casita”. Nos pusimos muy contentas e hicimos entonces el curso de mudanza y salimos.

Yo salí en el 2010. Fui a Avellaneda, pero luego pedí venirme para acá porque en esa casa de Avellaneda había una chica que es muy alegre, muy contenta, que pelea siempre, y como yo también peleo entonces eso no andaba bien. Pero no es que a mi me echaran de esa casa, simplemente me quise ir. Somos amigas con mis compañeras de esa casa, me las encuentro en curaduría cobrando el sueldo, o en el Banco Provincia, o allá en Libremente, y cuando me las encuentro las saludo o les mando saludos. Pero yo me quería ir. Así que la doctora María Rosa [*] me dijo que había una casita que me

³⁴ *Salón de Usos Múltiples.*

iba a gustar y me trajo a verla. Se aseguró de que estuviera bien, de que me gustara, y yo le dije que sí, que a mí me gustaba, que me trajera acá. La doctora es buenísima y yo la quiero mucho. Tengo tanto cariño por la doctora María Rosa que le digo “mamita”, y ella me dice que ella ya tiene hijos, pero yo se lo digo en chiste, qué va a ser mi mamá una señora joven. Ella me ayuda a salir adelante, a no ir de vuelta al hospital Esteves, entonces yo trato de agarrarme de la doctora. Ella es como si fuera mi madre, y no sé, ella me da cariño.

Y bueno, ahora lo que quiero es que me salga la pensión no contributiva que es la de los discapacitados. Son dos mil pesos, pero vamos a ver. También estoy trabajando. Empecé en la feria americana, en donde se ganaba bien, pero me fui porque era un trabajo muy pesado, llevar la ropa de adentro para afuera, los percheros que se cae todo, se rompe. Y ahora estoy trabajando con adultos y niños en los talleres de plástica en Libremente, en donde soy la asistente de las profesoras de esos talleres, y también voy a estar en uno de teatro para niños. Ese trabajo me gusta mucho y estoy muy conforme, aunque salgo cansada porque ya no tengo 20 años. Como plan lo que quiero es ahorrar para poder ir a Mar del Plata, que siempre ha sido mi sueño conocer.

Ahora no tomo mucha medicación, aunque le dije el otro día a la doctora que estaba sintiendo voces. Cuando entré al Esteves sentía voces, pero las enfermeras del hospital eran implacables y me decían: “déjate de hacerte la artista, déjate de molestar, no tenés nada, no tenés nada”. Me decían eso porque a veces se me iba la vista así para arriba, era horrible. No sé si ahora se me está por ir porque tomé un alopídol, vamos a ver, si se me va le pido a Cristina [*] que me dé un akinetón.

Y bueno, sí hay una cosa y es que no tengo a mis hermanos. Ellos son cuerdos, es decir, no son locos y no creo que tomen pastillas psiquiátricas. Por ahí una pastillita sí, un rivotril o algo así, pero nada más. Y yo los quiero. Mi hermano es mi único hermano varón. A mi hermana también la quiero, jugábamos juntas, íbamos afuera juntas, cómo no la voy a querer. Pero ella me tiene desconfianza por cosas que he hecho. Mi hermano dice que trabaja. En qué, no me dice. Mi hermana no me quiere contestar mucho. La llamo por teléfono y me dice: “no, no, no, Helen”. Y está eso ahí, metido, que no se puede ir.

XX

CON MI AMIGA HASTA EL CEMENTERIO

XX

IRENE

-62 años-

Entrevistada en diciembre de 2016



Yo nací en Villa Ballester, Partido de San Martín, Provincia de Buenos Aires. Viví siempre ahí. Mis padres vinieron de Europa, de Austria, en el 50. Ellos eran de Rumania, pero estaban en Austria después de la guerra. Les habían dicho que aquí había mucho trabajo y que se vivía bien. Ellos tenían miedo de que se arme otra guerra y por eso se vinieron. Como mi hermana llegó con ellos cuando tenía cuatro años sólo hablaba alemán, un dialecto de los campesinos, y cuando entró al colegio tuvo problemas, así que a mí me hablaban sólo en castellano para que no tuviera problemas. Entendía todo en alemán, pero nunca aprendí a hablar. Sé palabras sueltas. Mi papá fue a trabajar con mi tío, con el cuñado. Era pintor. Y mi mamá se empleó en la casa de un duque de cocinera.

Me acuerdo mucho cuando era chica, tenía mucho jardín y mi mamá plantaba verduras, y tenía perros malos. Eran perros policías que se los regalaron a mi papá, y los teníamos en un corral. Eran malos y mi papá era el único que podía entrar al corral. Nosotros somos todos muy de perros, de gatos, de animales, mi papá, mi mamá, yo. Tuvimos siempre perros. Son compañía.

Fui al jardín, al colegio, y a tres años de secundario, pero ahí no sé qué me agarró, estaba mal y no podía estudiar. Eran dos materias y no las rendí, llegó la hora y no había estudiado, y no hice más. Ahí me puse a trabajar de obrera en teléfonos, con los intercomunicadores que eran de plástico, no sé si existen todavía. Yo armaba las cajas en donde van las conexiones, ponía las columnas por donde pasan los cables y después los pintaba. Era una empresa que se llamaba Cronos. Había que ser muy rápido. Tenía compañeros más que amigos, conocí mucha gente. Ahí estuve trabajando hasta los 33 años. Ahí me echaron. Ese fue el único trabajo que tuve.

Mi hermana estudió tejido y cocina. Ahora es cocinera y vende productos de limpieza y cosméticos. A mi papá le agarró un infarto y quedó mudo. Le quedó un brazo mal y una pierna mal. Vivió unos años más, tres o cuatro años, pero no vivía en casa porque se separó de grande. Él vivía con una mujer. Yo vivía con mi mamá, y mi hermana vivía enfrente. Mi mamá también tenía depresión, tenía un problema del corazón y vivió con eso como 20 años. Yo la cuidaba.

Lo que a mí me pasó fue que me intoxicqué con pescado y quedé mal de los nervios. Me encontraron tirada en el piso y pensaron que me había muerto. Y eso me trajo los problemas. Ahí me llevaron al hospital Castex y después de eso volví a casa. Tenía 17 años. Fui a varios psiquiatras, pero no sabían lo que tenía. Estaba mal de los nervios. No me quería levantar. Vivía todo el día en la cama. Empecé a recorrer psiquiatras y uno dijo: “yo no la puedo atender, no es para mí este caso”, y ese me recomendó otro médico, y con ese me fue bien. Primero me dio pastillas y después con gimnasia, terapia de grupo y teatro.

Al Esteves llegué porque estaba en tratamiento por un médico particular, pero no lo pude pagar más y entonces lo dejé. No tenía pastillas y volví a recaer. Me descompensé. En ese momento el hospital Castex³⁵ no tenía psiquiatra, ni el Hospital Diego Thompson, en San Martín. Para la medicación había que levantarse a las cuatro de la mañana para que lo atiendan, y mi mamá no quería que yo salga sola tan temprano. Por eso no hacía tratamiento en ningún hospital, porque mi mamá no quería que saliera sola.

Mi problema fue que mi mamá estaba enferma, muy enferma y el problema económico era tan grave que no podíamos más, por la asunción de un presidente que estuvo mal. Y como no tomaba los medicamentos me dio por irme de mi casa. Caminé, caminé y me perdí. Yo vivía en Villa Ballester, al otro lado de la Capital. Hasta que volví a mi casa, pero ya como mi mamá estaba enferma, llamaron a la policía y me internaron.

.....

³⁵ Hospital Interzonal General de Agudos Eva Perón (ex Castex), San Martín, Buenos Aires.

Pero no en el hospital Esteves sino en el hospital Evita³⁶. De ahí me dieron el alta y salí a caminar otra vez. Me recorrí toda la ciudad, conocí un montón de cosas que antes no tenía tiempo de verlas porque trabajaba y estudiaba. Había mucha basura en Buenos Aires, muchos chicos en la calle y mucha gente también caminando. Ya había fallecido en ese tiempo mi papá, y eso me produjo un bajón.

Cuando caminaba en la Capital se conseguía comida en todos lados. Resulta que había los McDonald's y tiraban la comida en bolsas. Después encontraba plata y me compraba comida. Dormía en la entrada de negocios. Ahí me tiraba, pero no dormía mucho. En invierno conseguía ropa en los tachos de basura. No sé cuánto estuve caminando. Meses. Una vez me acuerdo que encontré una chica, la convidé con algo, una gaseosa, y se quedó conmigo como una semana. Caminamos juntas y después ella se fue por su lado.

Bueno, caminé por un tiempo bastante largo, y recorrí hasta que me agarró el sol del verano y me insolé. Entonces volví al Evita. Estaba muy mal, toda quemada por el sol. Aparte de lo que me pasó de caminar, me agarró una moto. Se vino como una tormenta, se oscureció todo y no se veía nada. Me senté en un umbral y no se veía nada, y salió una señora de una casa y me dijo que me vaya. Entonces comencé a caminar despacito y siento un golpe, y era una moto que pasaba por la vereda y no me vio. Estaba toda adolorida.

En el Evita me hicieron todos los estudios. Estuve seis meses y de ahí me vio una psiquiatra y me dijo que me iban a llevar a un lugar muy lindo, con árboles. Y me llevaron con la ambulancia al Esteves. En sala Ayerza estuve una noche y de ahí me pasaron a sala cuatro.

En el hospital había pinos, pero ahora no hay, los sacaron. La primera noche me mandaron a buscar una chica entre todos los pinos, y yo no conocía ni a la chica ni el lugar. Me encontré con una monjita que me llevó a la Ayerza de vuelta y me dijo: "tené cuidado con las enfermeras que son más locas que las locas". Tenía razón, porque el primer día me mandaron a buscar a alguien que yo no conocía.

Ahí me mandaron a sala cuatro. Ahí sí, me pareció todo horrible. La forma del trato, la forma de bañarnos. Nos ponían a todas juntas sentadas y nos tiraban baldes de jabón en polvo. Horrible. Y después una enfermera venía y nos enjuagaba. Eso a mí me duró poco porque no me gustaba, entonces empecé a ayudar, a cambiar a las agresivas,

.....
³⁶ Hospital Interzonal de Agudos Evita, Lanús Oeste, Buenos Aires.

cambiarlas y ponerles la ropa fresca. Yo me bañaba aparte, antes que arreglen todo. La sala era una caballeriza, es decir, antes eso era una estancia y donde estábamos había sido una caballeriza. Me bañaba en un rincón y después ayudaba. Yo empecé a hacer trabajitos, para que no me tengan más en cuenta. Hacía las camas. Y así pasaron cuatro años.

Me dieron el alta, vino mi cuñado, pero en mi casa había problemas. Se estaba separando mi cuñado de mi hermana, y ella estaba enferma, la tenían que operar de los ojos, y estaba muy nerviosa. Estuve muy poco ahí. Fueron los últimos años que estuvo mi mamá con vida. No nos llevamos bien con mi hermana y volví al Esteves.

Había cambiado mucho el hospital, lo habían arreglado. Estaba más lindo todo. Pasaron los años, siempre haciendo changuitas. Me hice amiga de una señora, después de otra. De todas no, porque éramos 114. Éramos amigas para tomar mate. De mis dos amigas del hospital, una se fue a la casa de la hermana después de muchos años, y la otra está afuera, después de como 12 años en el Esteves. Salió con un grupo del PREA. De mi sala no me gustaba estar ahí porque siempre se moría alguien. Estaba gente joven con viejitas que estaban deterioradas, y era muy difícil. Ahora están divididas, hay una sala a la que van las mayores. Pobrecitas, no se arreglaban solas.

El hospital era muy aburrido. Siempre lo mismo. Te dan la leche a una hora, la cena, muy aburrido. Aunque yo iba a los talleres de bordado. Hasta que los sacaron de ahí e hicieron el CREAM³⁷. Después iba a tejido, manualidades, a dibujo, si no era muy aburrido. Cuando estaba en el hospital me iban a visitar mi hermana y mi sobrina.

Y así pasaron 15 años, hasta que salió el PREA. Primero no tenía idea de lo que era el PREA. Me dijo una amiga que empezó antes que yo el PREA. Ella me dijo que me anote, que era lindo, y que ella iba a salir. Entonces me llamaron. Nos mandaron a hacer cursos para entrar en el grupo. Estuvimos tres años preparándonos para salir. Teníamos salidas, reuniones, cocinar todas juntas una vez a la semana, distinto a lo que hacíamos en el hospital.

Pero después de estar en el hospital tantos años, mi hermana no venía, no venía nadie, entonces le dije al guardia: “me voy a la reunión del PREA”, y me salí. No venía nadie, me sentía muy sola. Mi hermana estaba operada porque tuvo un accidente también con una moto, y la tenían que operar también de la vista, y no venía, y cuando hablaba cortaba. Entonces me puse mal y se me dio por caminar. Estuve dos días caminando y

.....

³⁷ Se conoce como CREAM a la Coordinación en Rehabilitación, Educación y Actividades Recreativas. Corresponde al área de Rehabilitación del Hospital José A. Esteves.

una señora me hizo entrar a su casa, me dio de comer, llamó a la policía y me llevaron otra vez al Esteves. Yo pensé que no me iban a dejar la casita, y habló conmigo la doctora Silberman[*]³⁸ y yo le dije: “por favor, no me van a sacar del PREA”, y ella me dijo “no”. Y al poco tiempo estábamos afuera.

Así pasó que nos llevaron de sorpresa a la casa y empezó una nueva vida, de cuatro señoras. Nos llevamos bien. Era otra cosa. A la casa le faltaban muchos arreglos, pero para nosotras era un sueño después de haber pasado tanto. Tenía una pieza, un comedor grande, una cocina chica, un patiecito techado. Una señora se rompió el brazo y fue a parar al Esteves. Después de dos años trajeron a otra, pero estaba mal, no estaba para estar en grupo. Quedamos tres. Luego una falleció y quedamos dos. Desde hace un año que estamos Anita y yo, vivimos juntas desde hace 10 años. Nos llevamos bien. Yo no la dejo sola a Anita, no me gusta, y Anita no se anima a dejarme sola a mí. Antes me quedaba a dormir a la casa de mi hermana los sábados y volvía los domingos. Ahora no. Es muy peligroso. Viene mi hermana a visitarme con mi sobrina.

A esta casa nos mudamos porque un día nos llamó la doctora Silberman y nos dijo que fuéramos que nos tenía una sorpresa muy buena, que tenía algo que contarnos. Entonces nos dijo: “ustedes se van a mudar”. No lo podíamos creer. Porque en la casa anterior no había agua, el agua era muy fea y la teníamos que buscar en baldes en una canilla en el pasillo. Nos tocaba levantarnos muy temprano, a las cinco de la mañana, porque a veces a las ocho no había agua. Es el problema de Lomas. Era muy pesado. Y había mucha humedad y teníamos miedo que nos afecte la salud. Y bueno, rápidamente, al mes y medio estábamos acá, después de la entrevista con la doctora Graciela Silberman.

En esta casa llevamos dos años. La casita es linda, el barrio es lindo, mucho más tranquilo. Hay unos perros que dejaron un día abandonados en el kiosquito de la esquina, entonces siempre nos seguían, y les dimos una vez de comer y ahora vienen siempre. Algo siempre hay para ellos.

Aquí cocino, miro televisión. A la tarde escucho radio Continental, Radio 10. Mucho tiempo no tengo porque tengo que venir a buscar los remedios. Ahora me tengo que ir a hacer ver por el traumatólogo por la columna. Se me están corriendo los huesos, es de nacimiento. Entonces vengo por la medicación y también a dibujo. A veces venía a yoga cuando estaba el profesor Alí.

³⁸ Se señala con [*] cuando la entrevistada se refiere a personas que trabajaban o trabajan en el PREA.

Ahora estoy triste porque murió Pompona, la gatita que teníamos con Anita. A Pompona la elegimos porque era la más chiquitita. Aparte rengueaba y dijimos: “a esta no la van a querer”, así que nos quedamos con ella. Buenita era. La tuvimos cinco años. Desde chiquita me gustan los animalitos. Son lindos, son compañeritos. En el hospital estaba lleno de gatos y también había perros, pero yo no me les acercaba porque les tenía miedo. Pero ya no queremos tener más. Somos grandes las dos. A lo último nos costaba ir a buscar el alimento, las piedritas higiénicas. Antes teníamos al lado el negocio, pero ahora nos tocaba caminar, cruzar la calle.

Hace poco me caí de la cama de madrugada, pero voy mejorando, un poco lento, pero bien. Anita llamó al PREA y vinieron todas las enfermeras, pero no me acuerdo nada. Cuando desperté estaba en la clínica de Adrogué. Me dieron el alta en dos días. Me dieron suero y después me atendió Lili [*] la enfermera.

Yo le diría a la gente que tome los medicamentos, que nunca los dejen. Tengan que esperar las horas que tengan que esperar, que se hagan ver por un psiquiatra. También que no se automediquen. Que hagan caso a los médicos, que por algo estudiaron.

MABEL

-66 años-

Entrevistada entre marzo de 2014 y julio de 2016



Mi nombre es Mabel y soy peluquera. Me recibí de peluquera a los 15 años y puse mi peluquería con los muebles que me regaló mi madrina, quien también era peluquera pero que decidió no ejercer más. Estudié para peluquera por dos razones. La primera es que me gustaba. La segunda tiene que ver con la muerte de mi papá. Desde que él se murió fue como que me anulé, y la memoria y la mente no me dieron para estudiar otra cosa. No había psicólogos en esa época.

Del cuello para arriba siempre miro a las personas, para abajo ni las miro. La cabeza es mi debilidad. Nunca tuve un fracaso como peluquera, me gustaba, para mí es un arte. Cuando trabajaba en eso me sentía realizada. Lo que más me gustaba hacer era cortar, y después las tinturas. También estudiaba a las personas. Es como una psicología la peluquería. Tenía clientas que me querían mucho, cómo será que una fue a visitarme cuando estuve hospitalizada. Me sorprendió mucho. Me fue a buscar a la peluquería y mi hijo le dijo que estaba en el hospital. Así que un día estaba yo en la sala tomando mate y llegó ella a verme y me preguntó qué me había pasado si siempre se me veía bien, así que le conté. Entonces me dijo: “¿no me podés cortar el pelo? porque si no me cortás el pelo no sé qué voy a hacer”. Le dije que en el hospital no tenía tijeras ni nada y

que en Banfield había peluqueras, así que le di el dato de una que conocía. Se le cayeron las lágrimas y me dijo que esperaba verme pronto. Nunca más la vi.

Papá murió cuando yo tenía seis o siete años y eso me dejó shockeada. Antes de morir él estaba haciendo una casa en Banfield. Él era guarda de los trenes y me acuerdo que de chiquitas a mi hermana y a mí nos llevaba cuando tenía vacaciones. El viaje que más recuerdo fue el que hicimos a Córdoba. Muy lindo, sacábamos fotos, paseábamos, y la pasábamos bien con mi papito. A Córdoba volví muchos años después cuando salí del Hospital Esteves. Fuimos en otoño hace ya unos años a Cura Brochero a unas cabañas con las chicas del hospital y las que estaban externadas. Hacía un frío que ni te cuento y vi nevar por primera vez en mi vida.

Pero volviendo a mi papá, la cuestión fue que pidió un préstamo para hacerse una casa, y en esa época el Banco Hipotecario daba préstamos a 50 años para vivienda. Mi papá que era albañil empezó a hacer la casa, pero pobrecito, murió y la dejó medio terminada. Murió papá y nos vinimos a Banfield y mi abuela vino a vivir con nosotros. Vivíamos mi mamá, mi hermana, mi abuela y yo. Pusimos negocio en mi casa, y bueno, así crecimos. Mi mamá a los pocos años de enviudar, cuando yo tenía más o menos 10 años, se volvió a casar. Mi padrastro era un hombre bueno. A los 15 años puse la peluquería en la casa de mi mamá porque teníamos un espacio grande, y ahí estuve hasta casi los 30.

Cuando tenía como 20 años me puse de novia con mi marido. Mi ex. Él tenía 20 y yo 22. Él era maestro mayor de obras y hacía loza. Estuvimos un año y medio de novios y nos casamos en septiembre. Y bueno, me sentía feliz, siempre trabajando en la peluquería, en lo de mi mamá, pues vivíamos a la vuelta ya que alquilamos ahí un departamento. Después de tres años de casada yo quería tener un bebé, pero mi marido no quería. Me decía: “esperá, esperá”, pero yo le decía “mirá, yo ya estoy casi que para 25 y a mí los chicos me encantan”. Así fue que quedé embarazada y tuve una hija, que tiene ahora 40 años.

Algunos años después, cuando yo ya tenía 30 años me dio que quería tener otro chico, pero mi marido me dijo “no, no, no, no”, entonces yo también insistía “pero dale, yo ya tengo 30”. Yo quería un varón. La cosa es que lo agarré, lo convencí, no me cuidé, y quedé embarazada. Cuando se enteró de que estaba embarazada no le gustó, me dijo que no quería, pero yo le dije que no me importaba y que lo iba a tener. Me dio un poco de bronca que me dijera eso. El caso es que tuve un varón, que ahora va a cumplir 35 años. Nació con cuatro kilos trescientos gramos. Hermoso. Me puse a llorar cuando me lo trajeron. Era tan grande que tuve que comprarle ropa nueva porque la que tenía no le entraba.

Pasaron los años y yo quería comprar una casa, pero mi marido era fanático de los coches. Muy fanático. Tenía un coche tres, cuatro meses, lo vendía y se compraba otro mejor. Entonces yo estaba angustiada y me agarró una depresión. En ese momento estuve con psiquiatra y más o menos fui saliendo. Pero él siempre con la misma idea, los coches. Y yo también con la misma idea, la casa. Después él quiso hacer la carrera de piloto y yo, como siempre, fui muy tolerante. Hizo la carrera de piloto pero eso era todo plata. Yo había adelgazado mucho en esa época, estaba flaca porque de la depresión casi no comía. Estaba mal. Y él me decía “pero somos jóvenes”, y yo le decía “sí, pero tenemos dos hijos, yo quiero tener la casa, si nos pasa algo tenemos la casa”. Pero él no me dio pelota.

De allí nos fuimos otra vez a vivir a Banfield en donde alquilamos otra casa. La cuestión es que no sé si es que estaba muy delgada, si me lo mandó Dios, o qué fue lo que pasó, pero quedé embarazada otra vez y tuve un varón, que ahora tiene 33 años. En esa casa en la que vivíamos puse la peluquería y venían mis clientas. También iba a domicilio y al tiempo mi marido me compró un ciclomotor y así fue más fácil. Pero luego de estar ahí casi nueve años la dueña me pidió la casa, y yo buscaba y buscaba, pero no encontraba a donde mudarme. En ese barrio me conocían todos y había una señora que vivía en esa misma cuadra. La cuestión es que le digo “¿no tendrás alguna casa para alquilar?”, y ella me dijo “tengo, pero no está en condiciones. Si la querés yo te la doy, la arreglás, y cuando puedas me la vas pagando”. Y bueno la fuimos arreglando, la hicimos linda y nos fuimos a vivir ahí, que es donde ahora viven mis dos hijos.

Y bueno, después, como siempre. Mi marido había conseguido un trabajo grande en La Serenísima, en Longchamps, y yo pensaba “para la casa, esta casa ya va a ser mía”. Pero no. A él se le ocurrió comprarse un coche cero kilómetros, un Galaxy. Pasó el tiempo, mi marido iba en ese auto a trabajar a La Serenísima, yo siempre con la peluquería, los tres chicos, el colegio, el secundario. Pasó el tiempo y de repente, en el lugar en el que el guardaba el coche cerca de La Serenísima para ir a trabajar que era una estación de servicio, se le presentó una pendeja. Una que cargaba nafta. No sé cómo lo enganchó. Lo enganchó y soné.

Te juro que se me vino el mundo abajo. 23 años de casada. Fue el primer novio. Enamorada me casé. Él llegaba tarde, andaba raro, y como yo no soy tonta me puse a averiguar. Se me vino el mundo abajo. Él venía a mi casa, se iba. Veinte años tenía la chica. Yo le decía: “pero cómo te metés con una chica así, si tu hija tiene 22 años”. Él no me hablaba. Y yo con una depresión que me quise matar, me quise cortar las venas. Y ahí mi hija me internó. Me internó en el Esteves.

Allí me curaron de las heridas, me dieron antibióticos. Pero yo seguía con la depresión. Me veía la psicóloga, el psiquiatra, me daban pastillas. Y de a poco fui saliendo. Mi hija iba a verme y me decía: “mami, ¿qué va a hacer?”, porque los chicos, viste, sufrían un montón, porque ninguno de nosotros se esperaba esto. Estuve dos años en el hospital. Mi hija iba a verme, mis hijos a veces iban, a veces no iban. Mi ex nunca.

Y estando ahí un domingo, esperando a que fueran mis hijos a visitarme, estaba sentada en la entrada y no tenía para fumar, no tenía un peso, nada. Entonces cerca de donde yo estaba había varias personas que iban a visitar a una paciente, y estando yo sentada ahí se me acerca un hombre y yo le digo: “¿no tenés un pucho?”. Y me responde: “sí, sí tengo”. Así que yo le digo: “¿y no me puede dar uno que mi visita no viene?”, “sí, como no”, y me da un cigarrillo. Y así fue como conocí a Rafael, el que debió haber sido el hombre de mi vida.

Nos pusimos a hablar, le conté lo que me había pasado. Él me contó que había ido a visitar a su hermana que estaba enferma. A partir de ahí nos hicimos amigos y él iba todos los días al hospital, visitaba a la hermana 10 minutos y luego se quedaba charlando conmigo. Era buenísimo, me llevaba azúcar, yerba, me compró zapatillas. Estaba separado hacía varios años y me llevaba a mí dos años. Después de un tiempo me dieron salida los viernes y era él quien venía y me sacaba. Tenía un coche y me llevaba a ver a mis clientas a domicilio y me esperaba afuera mientras yo las atendía. Yo tenía un bolsón grande con todas las cosas, secador, rúleros, todo, y él me acompañaba y así hacía dos, tres, cuatro clientas. Y después me iba a la casa de él, aunque en ese momento éramos sólo amigos, porque yo le dije que todavía estaba en duelo, que no podía, que si quería ser mi amigo por mí encantada. Él me dijo: “no, no te hagás problema, yo no te pido nada. A mí me gustás, me gusta como hablás, me gusta estar con vos, ayudarte”. Me lo mandó Dios.

A mi casa no iba porque mis hijos no querían saber nada. A ellos no les gustaba, me peleaban. Así que les dije que ellos hicieran su vida que yo iba a hacer la mía. De alta me sacó él porque mis hijos no me quisieron sacar. Cuando hacían las reuniones de la familia en el hospital ellos no iban. Así que cuando me dieron en alta para irme la firmó Rafael. Y ahí me fui a vivir con él, como su pareja. Era muy caballero, muy dedicado. Me tuvieron que operar y fue él quien me acompañó al hospital, quien estuvo cuando me operaron, quien me compró una faja cuando iba a salir de alta, quien me llevó a la casa y quien me cuidó. A todos lados íbamos juntos. Un hombre, la verdad.

Pero después claro, mis hijos no eran grandes, el mayor tendría 19 y el más chico 17. Mi hija ya estaba casada, entonces un día me dice: “mami, yo no me puedo ocupar de los chicos, tu marido mucho tampoco viene, y a los chicos yo no los puedo cuidar, uno no sé dónde anda, el otro me dijeron que toma”. Yo lloraba y lloraba, y Rafael me decía

que no llorara, que mis hijos eran rebeldes. Entonces lo dejé y no lo vi nunca más. Fue muy difícil. Cuando lo dejé me dijo: “acordate de lo que te digo, vas a caer otra vez en el hospital. Acordate de mí, tus hijos a vos te van a volver loca”. Y así fue.

Dejé a Rafael y volví a mi casa, pero mis hijos hacían la suya. Yo trabajaba poco porque las clientas como veían que yo no estaba se fueron a otro lado. Así estuve unos meses y otra vez caí al hospital. Me agarró depresión, angustia. Estuve en Admisión una semana y me acuerdo que la ropa que llevé me la sacaron y estuve cuatro días en camión, con un frío horrible que hacía. De ahí me llevaron a la Sala Uno y fue ahí donde conocí a Adriana.

Eso fue en el 98, año en que me internaron. Estábamos en la fila para que nos dieran la leche, y Adriana estaba atrás mío. La miré y pensé: “qué linda chica”. Entonces le digo: “hola, ¿qué tal? ¿cómo te llamás?”. “Yo me llamo Adriana”. “Yo Mabel. Encantada. Que linda que sos Adriana, podés ser modelo”. “¿Te parece?”. Nos pusimos a hablar. Ella era muy tímida, no se daba, nunca salía afuera, siempre estaba en la sala. Yo me daba, tomaba mate con las chicas, caminaba por el hospital, no me gusta estar encerrada. Después de comer nos juntábamos las dos, hablábamos y nos contábamos nuestras vidas. Y así fue dándose conmigo, se apegó mucho a mí. Estuvimos dos años y luego de eso nos externaron juntas. Salimos las dos. Siempre juntas. En las tres casas en las que he estado, hemos estado juntas. En la primera estuvimos nueve años, en la otra un poco más de cuatro, y en esta llevamos un mes. Ya me van a dar un título de convivencia con todos los años que llevo en las casas de convivencia.

Después empecé a ir a la casa de mis hijos y a la de mi hija. Se me pasó la bronca con mis hijos. Soy abuela. Y bueno, iba a visitarlos, pero nunca me dijeron: “mami, mirá voy a edificar atrás, qué es lo que va a pasar, qué va a pasar con esa casa”. En las fiestas uno me dijo que se iba a pasar a Pinamar y que no iba a pasar conmigo. Luego el 31 me dijo que no me podía llevar porque lo iba a pasar donde su cuñada. Al otro lo llamé el 24 y no lo pude ubicar. Mi hija me dijo que no podía quedarme porque sólo tenía tres camas y no entrábamos con Adriana, y que remises no había. Y así pasamos las fiestas. Cuando me estaba por venir para acá los llamé a los tres y le dije a cada uno: “mirá, el 13 de enero me mudo”. Les di la dirección. Me dijeron que iban a ver si me podían visitar. ¿Vos los viste? Yo no. Pido a Dios que vengan, pero bueno.

Ahora paso mis días en esta casa, ayudo con las cosas de la casa, lavo la ropa, cocino. He tenido en las casas en las que he vivido compañeras buenísimas y otras la verdad que no tanto. Algunas “diamantes en bruto”, como dice Graciela Silberman [*]. Un día de mi vida ahora transcurre normalmente: me levanto temprano, a algunas de las chicas les ayudo con la medicación porque me autorizaron, tomo mate, rezo, riego las plantas, voy arriba un rato a la terraza, miro, luego bajo, ya se levantan las chicas, y

después llega la hora de la cocina en donde preparo la comida con otra de las chicas. Después más tarde duermo la siesta, una hora, hora y media, me levanto, tomo mate, y después tomamos con Adriana café con leche. Lavamos la ropa. No salgo de la puerta para afuera. Pero yo no estoy aburrida, ¿eh? No salgo mucho porque por el peso me cuesta caminar. Por eso lo que quiero ahora es bajar de peso para que se me vaya este dolor. Tengo una hernia de disco, pero hasta que no baje de peso no me pueden operar. En la casa anterior subí mucho de peso, porque me angustiaba y comía.

Así que mi futuro es ese, bajar de peso, y si estoy bien me gustaría poner una peluquería. Casarme no quiero, tener pareja tampoco, nada, nada. No quiero saber nada, claro que así digo ahora. Yo lo que quiero es andar, caminar, salir, ir a pasear, con Adriana. Porque yo con Adriana voy hasta el cementerio. Hasta el cielo.

[Dos años después]

Puedo agregar a la historia triste que tuve con mis hijos, que ahora tengo una buena relación, porque mi hijo el más chico se separó, lo dejó la mujer por otro hombre después de 12 años de casados. Él le crió tres hijos de distintos hombres, más mi nieta que es de él y tiene 10 años. Como él trabajaba, yo le dije: “no dejés de trabajar, a mí me pasó lo mismo y yo terminé en el loquero, vos no, vos tenés un buen trabajo, no lo pierdas por una depresión y un disgusto”. Entonces yo iba con Adriana a buscarle a la nena y nos quedábamos viernes, sábado y domingo. Ahora resulta que después Adriana se enfermó y la doctora no la dejó venir más porque le decían que yendo allá había adelgazado mucho, porque él estaba tan mal que solo compraba comida chatarra y ella no come comida chatarra.

A él le agarró un pozo depresivo, medio ataque de pánico, y tuvo que dejar que trabajar. No quiso ir a la obra social de los camioneros, sino a un psiquiatra particular. El psiquiatra le explicó como tenía que tomarse la medicación. Entonces yo le dije a mi hijo grande: “¿me dejás las pastillas a mí?”. Me dice: “no, mami”. Le dije: “¿me tenés desconfianza? Yo tomo pastillas y a mí nunca me llamaron la atención. Dejá que se las doy yo”. Entonces yo le decía: “tenés que tomarlas como te dijo el psiquiatra porque así te vas a curar”. Y él estaba con eso: “cierren todo, me persiguen, hay alguien afuera”. Tapó toda la casa. Y así fue que lo cuidé.

Pasó, pasó, se fue poniendo bien. Y en esa oportunidad que estuvimos mucho juntos hablé muchas cosas con él, cosas más que nunca me quisieron escuchar. No lo podía creer de lo que me pasó a mí con el padre. No lo podía creer. Claro, como me iba a creer si nunca tuvimos oportunidad de hablar, si nunca me dieron bolilla. Pasó, le fueron bajando la medicación y empezó a sentirse un poco mejor.

Yo venía acá, hablaba con la psiquiatra de la medicación, y los fines de semana me iba de nuevo. Ahí él traía a mi nieta: la buscaba el viernes a la novecita y la llevaba de vuelta el domingo a la novecita. Yo le lavaba la ropa, le cocinaba. Él me regaló esta cadena, me regaló unas zapatillas Adidas, me llevó a comer a La Quintana, en Banfield. El 9 de junio fue el cumpleaños de mi hija y él nos invitó a comer.

Ahora tengo una jubilación y antes tenía la pensión no contributiva. Es la jubilación de amas de casa y tengo PAMI³⁹. La medicación para la diabetes me sale más barata, tengo los médicos, la clínica de Adrogué para atenderme. La vida me sonríe. Me salió la jubilación el 5 de febrero de este año. Esta jubilación la hizo Cristina, al igual que la Asignación Universal por Hijo, que el matrimonio igualitario. Me averiguó Analía Monchetti [*] y así fue que fui al ANSES⁴⁰.

Acá tengo que pagar el pozo común, tengo que pagar más de cooperadora, la medicación de la diabetes, se te junta, viste, me había quedado sin plata. Y mi hijo como me debe plata le dije: “mirá, necesito que me des plata porque tengo que tomarme la pastilla de la diabetes, porque si no me la tomo me puedo morir”. Me dijo “morite, no tengo plata”. Fue como si se me partiera el corazón. Entonces no fui más. Él me va a tener que llamar y pedirme perdón por lo que me dijo. Que piense antes de hablar. Después él me llamó y me dijo: “yo no te dije eso”. Le dije: “no mintás, pero a mí las cosas que me duelen no se me van de la mente. Pensá antes de hablar”. Los pros y los contras de la familia. Es el combo. Yo les tengo mucha paciencia. Son mis hijos.

Tuve una pequeña discusión con él y hace 15 días que no voy. Porque yo soy muy buena, pero a mí de boluda no me trata nadie. Entonces estábamos con una amiga de él tomando mate y empezamos a hablar y a él le salió decirle a la amiga: “vos sabés, mi mamá me abandonó a los 14 años”. Me dio bronca porque recién la conocía a la chica. Le dije “¿quién abandonó a quién? Tu padre. Yo fui a parar al loquero y ninguno de ustedes me iba a ver si yo tenía mate, si tenía puchos, no tenía nada. ¿Eso te acordás, o ya te olvidaste? Ya me lo dijiste tres veces. Vos sos rencoroso, te lo tenés que sacar”. Hasta que no me llame no voy más.

También me dijo el otro día: “Gorda, ya compré chapas y cerámica y te voy a hacer una pieza acá y te vas a venir a vivir conmigo, y Adriana que se vaya sola a Avellaneda”. Le dije que haga la pieza si quiere, pero que yo voy a vivir con mi amiga. Tener una amiga de tantos años es muy difícil, pasamos obstáculos. Pero para mí primero está Adriana, porque ella estuvo en las buenas y en las malas, desde hace 18 años.

³⁹ PAMI (Programa de Asistencia Médica Integral), es la sigla con que se conoce al Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados.

⁴⁰ Administración Nacional de la Seguridad Social.

BEATRIZ & SILVIA

-58 años - 50 años-

Entrevistadas en julio de 2015



[La historia de Beatriz]

[Beatriz] Estuve en el hospital nueve años por depresión porque falleció mi papá. Quedé sola, me agarró depresión y mis primas me llevaron al hospital. Estuve nueve años ahí y después salí de alta a las casitas. Con ella.

Nací en Lanús el 7 de enero de 1965. Tengo ascendencia italiana. Yo soy argentina pero mi abuelo era italiano. Mi familia hoy día son mis primas. Fui hija única. Mi papá era jubilado ferroviario, mi mamá era ama de casa: limpiaba, hacía los mandados, se dedicaba a la casa. Ella falleció cuando yo tenía 13 años.

Fui a la escuela hasta séptimo grado. Hice un año de secundaria pero no me gustaba estudiar y dejé. Después me puse a trabajar limpiando en casas de familia. Luego a los 17 años estuve trabajando en una fábrica de flores. Planchábamos los pétalos de las flores con una máquina. Estuve ahí tres años. Quería encontrar una cosa mejor pero no encontraba nada, y dejé de trabajar porque me pagaban poca plata. Creí que iba a

conseguir algo en lo que me iban a pagar más y me puse a trabajar de vuelta en casas de familia, pero me pagaban poco, no era mucha plata.

Cuando falleció mi papa tenía 26 años. No quería hacer nada. Lo extrañaba. Lloraba todo el día. Venían mis tías y mis primas a verme, me ayudaban a bañar, me lavaban la ropa, y finalmente me internaron en el Esteves.

[Silvia] Las primas y las tías la iban a ver, y como estaba tirada en la cama, no se bañaba, no se aseaba, no lavaba la ropa y no hacía la comida para ella. ¿Por qué? Porque los familiares no le hicieron sepelio al padre y no se lo dejaron ver. A ella le agarró una especie de dolor, de sufrimiento.

[Beatriz] Sí, no me dejaron verlo. A mi papá le había agarrado un temblor, y yo llamé a la ambulancia y lo llevaron al hospital. Estuvo dos días en el hospital y falleció, no se pudo hacer más nada. Luego lo llevaron directamente al cementerio y no me lo dejaron ver.

[Silvia] Depresión tuvo ella.

[Beatriz] Así estuve un año.

[Silvia] Hasta que la llevaron al hospital.

[Beatriz] Me dijeron que me iban a llevar al hospital y que ahí me iban a hacer tratamiento y después me iban a dar el alta. Estuve nueve años en el hospital internada. Yo quería salir. Todo encierro había. Yo quería salir, era feo. Era feo el hospital.

[Silvia] Es horrible, mezclan todo, la gente que está bien con la gente que está mal. Yo estaba bien. Lo mío eran puros nervios, una cosa de nervios, no sé si me entendés. Y me mezclaron con la gente de allá. No es por ser mala. A mí me hicieron menjurje mental, a propósito me lo hacían y yo no le hacía eso a nadie, sigo sin hacerle eso a nadie. Y me molestó. Por eso la comprendo a ella.

[Beatriz] De la depresión me mejoré porque me daban medicación. Y con eso salí a flote y me fui mejorando. De la depresión mejoré hará un año. Y luego me dejaron de medicar.

[Silvia] Salvo ahora que escucha voces de la mamá, ¿no?

[Beatriz] A veces.

[Silvia] A veces. Halopidol le dan. No sabés lo que es esa pastilla, a mí me hace torcer todo. Pero a mí no me dan.

[Beatriz] Tomo sertralina, biperideno a la tarde para las voces que se me pasan con esa pastilla y nada a la noche. En el hospital me daban mucha cosa.

[Silvia] Sertralina tomaste siempre.

[Beatriz] La medicación me ayuda. A veces escucho voces de la gente cuando voy por la calle, se me pone la cabeza como que hablan de mí, pero tomo la pastilla y se me va pasando.

[Silvia] Cuando a ella se le pone ideas raras de escuchar voces dice “fush fush”, ¿viste? Yo hago así, cuando se me ponen ideas malas, ¿viste?, cuando se te ponen cosas estúpidas, maliciosas, digo “fush fush, fush fush”. Me tranquiliza.

[Beatriz] En el hospital estuve siempre en la misma sala. Había talleres ahí. Iba a taller de pintura. No tenía amigas en el hospital. A veces era amiga de Teresa pero muy poco, no me llevaba muy bien. Después me hice amiga de ella [Silvia]. Nos conocimos porque hacían reuniones en el hospital, para salir de alta. Yo la quiero mucho a ella. Es mi única amiga que tengo. Yo la quiero mucho a Silvia.

[Silvia] Ella estaba en Devoto y yo estaba en Sala 3.

[Beatriz] La doctora que estaba en el pabellón, la doctora María Rosa [*], nos decía del PREA, que íbamos a estar mejor en las casitas, y me eligieron para las casitas. Y empezaron a hacer reuniones, para ver cómo andábamos y después me sacaron para las casitas. Eso fue en el 99. Ahí fue donde nos conocimos.

[Silvia] De refilón nos veíamos caminar cuando íbamos de un lado al otro, y después en el 99 nos conocimos cuando fue la selección por cada grupo por cada casa. Ahí empezamos a conocernos, pero más nos conocimos cuando nos mudamos al barrio San José. Fuimos el segundo grupo en salir. Primero estaba planta alta de Bermúdez, y después venimos nosotras.

[Beatriz] En la casita había una persona que era agresiva, a mí me tiró del pelo varias veces, no queríamos saber nada con esa mujer y le habíamos dicho a la doctora que queríamos estar en nuestra casa. Ahí estuvimos hasta el 2009. Después estuvimos dos años en una casa de San José.

[Silvia] Nosotras nos queríamos independizar. Y estamos independizadas, pero falta

resolver mi situación propia, de mi parte, para poder salir adelante. Yo quiero tener una vivienda otorgada por el Estado para que ella venga a vivir conmigo. Y me falta eso, pero sin desligarme del Centro de Día, pero que tome lo mío de lo mío, como era antes de venir acá.

[Beatriz] Los gastos los pago con la pensión mía, de mi papá. Mi prima maneja la plata mía. Paga el alquiler y me deja plata para hacer los mandados y las compras. Ella viene una vez por mes a verme. Cuando paga el alquiler se da una escapada y viene a verme acá.

[Silvia] Hasta el 2012 estuvimos en la casa de San José, del 2012 al 2014 en Lavallol, y del 2014 hasta ahora, acá. Vamos cambiando de casa porque se va acabando el contrato de arrendamiento. En Lavallol estábamos bien, pero ella se descompuso y la doctora me dijo que mejor viviéramos acá porque iba a estar más controlada ella.

[Beatriz] Me había agarrado parálisis, no podía mover las piernas, no me podía mover.

[Silvia] Esa fue la primera, la segunda vomitaba mucho.

[Beatriz] No sé qué me pasó, algo que comí. Me internaron en el policlínico de Lanús y me dijeron que era como un atracón de comida. Estuve dos días, me sacaron estudios. La anterior no me podía mover y también me internaron en el policlínico de Lanús. Me agarró una parálisis, no sé por qué. Dos días estuve internada ahí.

[Silvia] Ni los mismos médicos lo explicaron.

[Beatriz] Y de actividades hago pintura y yoga.

[Silvia] En el Esteves ella estuvo en los talleres y después en el Centro de Día también, desde fin del 99 hasta ahora. El año pasado no fue muchas veces, pero este año sí.

[Beatriz] Este año sí voy. A ejercicio, a yoga. En pintura hacemos dibujos, paisajes, con rayas. También caminamos por la plaza las dos, a veces vamos a Lomas y tomamos un helado.

[Silvia] Acá hay cosas que fallan, pero nosotras dos estamos bien, seguimos adelante. Y yo estoy agradecida, y en agradecimiento le hago regalos. Ella me regaló el colchón, me regaló un ropero, me regaló una azucarera que me gustó. Yo estoy sumamente agradecida por lo que ella me ofreció a mí. Nos complementamos.



[La historia de Silvia]

[Silvia] Yo vine acá por una cuestión, según el expediente que me hicieron, diciendo que yo hacía escándalo con la radio y con la televisión en mi casa allá en San Andrés. No me conocía la gente de ahí, sólo por apellido de parte de mi abuelo quien fue el fundador de los negocios de San Martín, provincia de Buenos Aires, uno de los que dio apertura a los negocios de San Martín. Tengo raíces árabes, francesas y españolas. Por eso se llevaban bien mi papá y mi mamá.

Tuvimos que vivir a la fuerza en San Andrés porque no teníamos mucho dinero para el alquiler. Mi papá fiaba a todo el mundo y mi mamá le decía: “Alfredito, juntemos dinero para que tus hijas queden con el trabajo, con el negocio y una vivienda”. Mi papá despilfarraba la plata, le daba a todo el mundo y se quedó vacío. Y nos quedamos las dos, mi hermana y yo. Mi hermana es cuatro años menor que yo.

Yo nací en San Martín. Mi mamá trabajaba en el negocio, un mercadito que tuvo mi papá. Después una rotisería y anteriormente trabajaba con mi abuelo que tenía una sedería en un bazar grande. Mi mamá trabajaba de zurcidora de tela. Le pagaban a mi mamá y después no le dieron más trabajo porque se había quebrado, y ahí fue que mi mamá se dedicó al mercadito, con mi papá. Mi tío puso la verdulería ahí en el mercadito, porque tenía bazar, carnicería, verdulería, y mi tío también le dijo: “vos Alfredo tenés que velar por tus hijas y tu señora”. Era tan bueno mi papá. Mi mamá también.

Hasta los últimos momentos, cuando vivía en Ciudad Evita, no sabés como ayudaba a los pobres de allá. Tengo además un hermano del segundo matrimonio de mi mamá que tiene 35 años.

Mi infancia fue feliz. Re-feliz. Yo era callada la boca, nunca gritaba como los chicos ahora que gritan. Siempre fui tranquila. Y también cuando era adolescente y más adulta estaba contenta, bailaba, era alegre, feliz. Hasta que me pasó lo que me pasó y me trajeron acá, al Esteves. Yo tenía 38. Tengo 58 años ahora. Fui varias veces, dos o tres veces al hospital, porque decían que yo gritaba, pero yo soy de hablar, o sea tengo temperamento fuerte, pero eso no implica que yo no pueda defenderme, yo tengo mis derechos también. Ahora hablo y digo lo que tengo que decir de mi parte.

El primario lo hice en la escuela Domingo Faustino Sarmiento, escuela número uno, frente a la plaza, frente a la intendencia. Los compañeros eran buenísimos, no me molestaban, salvo una que fui a hablar con la directora y me mandó a la fila. Yo, justamente yo. Es increíble. Mi mamá fue y le dijo: “por qué le hace una cosa así a mi hija, si ella nada más se estaba defendiendo”.

El secundario lo estudié en ENET⁴¹ 24 de Villa del Parque. Habían dado propaganda en el primario para ver cómo era el sistema de estudio de este colegio, que fue fundado por el teniente general Juan Domingo Perón en toda la Argentina. Y habían dicho que primero, segundo y tercero es ciclo básico, y cuarto quinto y sexto de técnica en administración, y si no querés estudiar un año más, porque son 6 años, podía recibirme de bancaria. Era un preuniversitario. Fui con mi prima con quien también hicimos la primaria juntas. Me fue bien, me respetaban mis compañeras, las profesoras, todas. Yo quedé debiendo dos materias, el sexto año no lo hice.

Entre el secundario y que empecé a trabajar era ama de casa. Vivíamos mi papá, mi abuela, mi tía y yo. Mis papás se separan de común acuerdo cuando yo tenía 14 años. Mi hermana se fue con mi mamá. La relación con mi vieja era bárbara, no quiero recordarlo porque me agarra una angustia. Siempre me atrajo mi abuela, la mamá de mi papá. La mamá de mi mamá también, pero había más espacio donde vivía mi abuela con mi papá. Te explico, porque la casa se dividió y una tía reclamaba por telegrama pues quería la casa porque no podía pagar más alquiler. Entonces yo vivía con mi mamá y mi hermana en el fondo en esa época, o sea estaba mitad con mi papá y mitad con mi mamá, porque había lugar. Mi mamá se quedó allá hasta que se juntó con el marido y se fue a vivir a Ciudad Evita.

.....

⁴¹ Escuela de Educación Técnica.

A los 23 años fui recomendada en el colegio San Martín y ahí estuve desde el 81 hasta el 85, 86, trabajando en tesorería, haciendo resumen de todas las cuentas, como secretaria no docente. Después de ahí, porque me pagaban poco, como a ella que también le pasó, me pagaban poco y yo daba mucho, rendía muy bien, y tuve que dejar. Después fui a parar como secretaria de un abogado y de una escribana, del 86 al 87. Era un matrimonio. Yo escribía a máquina. Estudié secretariado administrativo, cuarto y quinto año pre-universitario.

Después de ahí me hice amiga de una chica en el edificio en el que trabajaba, ella me consiguió para entrar en Zeit, que es una agencia de trabajos temporarios, de tres meses. Yo duré un año en una empresa que venía de Alemania que armaba muñequitos, barcos, todos para los chicos, pero yo estaba en la parte administrativa, atendía el teléfono y hacía mimógrafo. Después de ahí me fui a Winka, que es una entidad metalúrgica, cobre, bronce, y ahí estuve como recepcionista otro año más. Después estuve un año en Gas del Estado.

En los 90 estuve sin trabajo. No conseguía trabajo porque en ningún lado se conseguía trabajo. No conseguía en San Martín, ni en Capital, no conseguía por ningún lado. Estaba viviendo con mi papá. Mi mamá se casó nuevamente. Mi hermana vivía con el hijo y con el marido en San Martín. Estábamos muy mal todos. Y la pagué yo, porque yo me porto bien, soy de portarme bien. No soy de poner el pinche en algún lugar. No soy bruja, no soy mala persona, tengo muy buenas costumbres, no me ensaño, no me río, no soy de burlarme, no soy de ofender. Terminé en el hospital porque decían que yo hacía escándalo con la televisión y la radio. Lo decía la dueña donde nosotros vivíamos en San Andrés. Pero yo estaba golpeándola para poder ver, porque la televisión era muy vieja, del año 45, pero funcionaba bien, pero la golpeaba para que funcionara, y la radio tampoco me andaba bien, y se pensaron mal, pero yo no lo hice a propósito. Pusieron una denuncia en la comisaría y la policía me trajo acá.

Me acusaban de que yo gritaba. Yo tengo el temperamento fuerte pero no grito. Levanto la voz pero no para gritar. ¿Sabés quién grita? la negrada sin sentido común. Yo levantaba la voz porque no me escuchaban, me estaban faltando al respeto mentalmente. Yo me defiendo a mí, no es que sea paranoica ni nada. Eso fue lo que no me entendió la médica. Ella puso de que era paranoica esquizofrénica porque si no, no me daban los subsidios, ni plata ni nada, y yo como estaba sin plata, solamente era la parte de mi mamá que cobraba 300 pesos, tuve que aceptarla, hasta que se regularice la situación mía.

La primera vez estuve en el hospital un mes y salía con permiso de paseo hasta salir externada. He estado en el hospital, ponele cuatro, cinco veces. Cuando salía iba a la casa de mi mamá con el marido. En el hospital estuve desde el 92, en el 94 y 95 estaba en mi casa, creo que en el 96 volví al hospital, luego en el 2000 volví a estar, y luego

en el 2009. Cuando salí, en el 94, 95, estuve viviendo con mi mamá en Ciudad Evita. Volví al hospital porque no tenía vivienda, la casa de mi hermana es un reducto donde sólo pueden vivir dos personas. Mi hermana tiene su carácter especial pero es buena persona, como mi vieja, como yo. Y mi sobrino es un amor, yo lo crié, de la incubadora me lo dieron en mis brazos.

Hace seis años que no voy al hospital y nunca más quiero ir porque la verdad es una experiencia horrible ese hospital. Te tienen como si fueran cadetes, y te mandan como si fueran militares: que hay que bañarse, esto y lo otro, esto y lo otro, esto y lo otro. Y no había necesidad porque yo agarraba la ropa y me iba a bañar.

Mi mamá y mi papá me visitaban en el hospital. Me llevaban cosas, me llevaban ropa. Después ellos fallecieron. Mi mamá en el 2009 y mi papá en 1995, el 17 de agosto. Mi mamá falleció a los 73 años, muy joven. Mi papá a los 67. No sabés lo que yo sufrí, lo que lloré, no sabés lo que él era como persona. Y los padres de ella también.

[Beatriz] Yo me deprimí mucho, me la pasaba llorando.

[Silvia] Al PREA entré porque yo lo hablé con las enfermeras, que quería entrar y de ahí fui al PREA hasta que me tomaron, y la conocí a ella. Nos hicimos amigas porque ella es dócil. Yo también soy dócil pero tengo mi temperamento. Yo no abuso ni entro a espiar a nadie, eso te lo juro por la vida de mi madre, que Dios me alumbre, que está en el cielo. La conocí a ella y con ella nos llevamos bien.

Cobro un subsidio y 500 pesos de pensión de mi mamá, porque el marido de mi mamá cobra el 72 por ciento y yo el 28. Hoy tengo justamente que cobrar, porque ayer no fui, no me sentía bien. Y ahí me explicaron, porque cuando fui con Nadia [*] a que me conozcan ahí en curaduría de Banfield, ya me conocieron y me dijeron que le explicase a la doctora que ellos me tienen que seguir el curso de gestión, y voy allá y me dice: “yo estoy enojada con vos porque yo te explique”. Yo la verdad no me acuerdo, pero bueno, lo tomé como cierto, de que no pertenezco más al mismo juez de Morón, que pertenezco para ser traspasada a curaduría de Banfield. Y curaduría de Banfield me dijo que van a pasar varios meses más, seis meses por ahí me dio a entender. Ahora ¿qué pasa?, yo no cobré el subsidio hoy y lo mío está activo al día, y me dijo la asistente social que yo tengo que cobrar, averiguó también que yo tengo que cobrar en tribunales, en curaduría de tribunales. Algo así, lo tengo anotado. Y tengo que cobrar el subsidio. Es un subsidio por externación, 710 pesos por comida, 380 por aumento de mi jubilación, no, ¿cómo me había dicho la gestora?, por aumento de subsidio, porque yo cobraba poco, 1.900 pesos, y sigo cobrando poco, cobré 2.790 pesos. Tengo que ir a cobrar allá todos los meses. Y bueno, como te decía antes, queríamos vivir solas, y pensamos seguir viviendo solas. Para estar más tranquilas.

[Beatriz] Para estar más tranquilas. Nos ayudamos las dos.

[Silvia] Ella limpia la mesa, pasa el trapo a los muebles, barre la pieza, el pasillo y el comedor. Yo limpio la mesada, repaso los muebles. Paso el trapo del piso, limpio el portaplatos, el baño.

[Beatriz] Barro acá el pasillo.

[Silvia] Por ahora yo no cobro la jubilación de mi papá y yo prometí que cuando yo tenga la jubilación de mi papá voy a pagar luz y gas. El PREA paga por ahora luz y gas. Ella también es auxiliada por los ferroviarios, por el padre, pero yo no, gano poco.

De mi familia tengo relación con mi hermana, mi sobrino y mi tía madrina. Con mi hermana nos hablamos todos los días, nos llamamos la una a la otra. El otro día me llamó, o la llamo yo por si viene cansada y no piensa en llamarme. Mi sobrino tiene 26 años. Nos tenemos una a la otra. También tengo amigas por mi lado, las conocí allá en San José. Me hice amiga de la dueña de la casa que nos alquilaba y de otra señora en el tren.

[Beatriz] Yo no, yo sola. Antes tenía novio pero nos peleábamos. Eso hará seis años. Lo conocí en un negocio. Yo lo quería, pero no.

[Silvia] A mí mis amores me tomaron de estúpida y yo no les cedí la bombacha a ninguno de ellos y me traicionaron. A uno porque yo le llevaba cuatro años de edad, la madre no me quería por eso. Estuve llorando, no tenía consuelo, lo quería muchísimo, con toda mi alma. Eso fue del 86 al 88, tres años duré. No supe nada más de él.

Acerca de mis actividades, voy a la casa de mi hermana, quien vive en San Martín, voy en colectivo. Voy al PAMI, voy al Gandulfo⁴² a hacerme un chequeo. Yo voy sola, yo no quiero a nadie, sé hacerme mis propias cosas, y a ella la acompaño. Tengo que hacerme la mamografía y una ecografía vaginal. La cadera está bien nada más que la columna está un desastre, con artrosis, escoliosis, pero avanzada.

Estamos contentas porque nos felicitaron por pagar el alquiler y pagar el teléfono, que lo pago yo, ella me paga el alquiler, yo pongo también para el alquiler, 500 pesos, y ella pone 2.000. Nos dijo Woronowski [*] que se saca el sombrero por nosotras dos por pagar el alquiler, y que todas tenemos que tomar el mismo ejemplo, pero nosotras no

.....

⁴² Hospital Interzonal General de Agudos Luisa Cravenna de Gandulfo, Lomas de Zamora, Buenos Aires.

nos hacemos las grandes. Ella me invita a comer, y yo cuando tengo plata pongo también para la comida. Pero muchas veces nos quedamos cortas y yo pongo plata. Ahora tengo que pagar remis y los libros, libros que compro para leerlos. Me gusta todo lo de historia y literatura también. Ahora estoy leyendo algo que le pedí a Marcela [*] para leer lo de Francisco Bergoglio, que me interesó muchísimo, lo de la alegría de los niños, las expectativas que hay, como él que llevó un racimo de olivo, lo plantó en frente de la catedral de San Martín como perspectiva de nacimiento, de lo que es la alegría.

Y a futuro lo que yo quiero es trabajar, pero no poner mi nombre dentro de estar prisionera, así vamos a decir, dentro del Esteves. O sea como que yo vine del Esteves, o sea como que yo no pertenezco a ese mundo, mi mundo es hacer las cosas por derecha.

GABRIELA

-68 años-

Entrevistada en enero de 2015

Nací en 1946, así que en julio cumpla 69 años, pero yo me siento de 55. Ya debo ser abuela pero me siento joven. Yo misma me doy juventud. Me pongo a hacer cosas para que los años no se me vengan encima. Tener pareja ayuda, y la alegría también.

Soy Argentina a mucha honra. Mi mamá era argentina pero mis abuelos eran rusos judíos. Mi papá era polaco, venía de Varsovia, de donde era el Papa de la sonrisa. A ese Papa yo lo fui a ver a la Rural cuando vino. En el colegio me decían “judía de mierda”. Lo único que sé en yiddish es meschiguené que significa loca. También se dice eign, ojos, noss, nariz, moil, boca. Mi mamá no me enseñó, mi papá sí algunas palabras y una canción que se llama Jerusalén de Oro. Tenía unos primos que sí aprendieron *yiddish* porque fueron a un colegio judío, pero yo no.

Nací a la una de la mañana en una clínica de Palermo, pero luego nos fuimos a vivir a una casa en la calle San Nicolás porque mi mamá quería un patio, no un departamento. Hoy me encontré con una psicóloga que vive en el barrio en que yo vivía. Fue lo más hermoso mi infancia, era feliz. Era una nena rubia de rulos. En una foto salgo sentada sobre una manta, con un vestido con bordadito y las manitos gorditas. La foto la perdí. Nunca fui al jardín porque no había en esa época, o los que había eran para los millonarios. De chica me gustaba pintar las macetas y comprábamos flores para poner ahí. Mis muñecas eran de trapo y una vez para reyes me regalaron un juego de mate. Jugaba a las escondidas y al hula hula. También me gustaba baldear el patio, la vereda, jugar con los nenes a las escondidas. Tenía una amiga pero era mala porque venía a mi casa sólo a comer. A los cinco años fui al colegio. Era la Escuela número 12 Ernesto A. Bavio, en la calle Bahía Blanca. Tenía en esa época un amigo que era judío, porque mis padres eran judíos. Mi amigo se llamaba Simón y me llevaba en motoneta y a lo mejor debí casarme con él. Luego cuando tenía unos 13 años me compraron a mí una motoneta y andaba en ella por el barrio. Cuando tenía ocho años cuidaba a la nena de una vecina, y el papá de la nena quiso abusar de mí. Sacó ya sabes qué y quería que se la chupara, pero yo salí corriendo y le conté a mi mamá y ella lo denunció.

Tenía también un hermano que era más grande que yo, quien falleció hace unos años, no me acuerdo hace cuántos. Cuando éramos chiquitos mi papá se fue a Brasil a trabajar en una fábrica textil porque acá no tenía trabajo. En esa época lo quería. Me traje

un bolso de Aerolíneas Argentinas y tres vestiditos. Nosotros queríamos ir a vivir con él a Brasil, pero él no quiso. Era muy mujeriego así que no quería que fuéramos para allá. En esa época lo quería, pero después me hizo un daño, y es que cuando murió, hace como 20 años, no me dejó en paz y cuando me miro al espejo veo su cara. Hace un tiempo me saqué la foto para el pase y salió fue la cara de él, no la mía. ¿Por qué me pasa eso? Él me dice cosas, me domina, me dice que estoy loca y que hablo estupideces.

A la escuela iba con el guardapolvo blanco, todo almidonado, y tenía una profesora que nos hacía dibujar. A mí me gusta dibujar todavía, pero me sale caro. Dibujaba flores, mapas. También de chica en mi casa dibujaba caras porque tenía un complejo con mi nariz, quería que fuera respingada, aunque no tengo una nariz grande, entonces yo me pintaba con una naricita y decía que esa era yo. Dibujaba también casas con árboles de manzanas. También había una maestra que me gritaba porque yo me reía. De chica también me gustaba bailar. Todavía. Pero en esa época bailaba clásicos, españoles. Me acuerdo que llevaba un vestido de lunares con una rosa en el pelo y pintada con colorete. Aunque el vestido más lindo que he tenido era uno color rosa de lentejuelas, con minifalda y cartera a tono, que lo estrené en la cancha de River para una fiesta judía en la que cantó Estela Raval con Los 5 Latinos.

Cuando cumplí 15 años me hicieron una fiesta. Tenía un vestido rojo con sombrero. Había sidra, cerveza, masas finas, sándwiches de miga, de todo. Bailé con un chico que me gustaba y tenía el álbum de fotos de los 15 años pero también lo perdí. En esa época mi mamá me controlaba las salidas. Iba a pasear y usaba minifalda e iba con pulseras, anillos, aros, tacos altos y tenía unas piernas perfectas. Ahora las tengo gordas. Me acuerdo también que una vez, ya más adelante me pinté el pelo de negro azulado y parecía Sara Montiel. Me hacía la toca⁴³ con las pinzas y rulos, y me quedaba lacio.

Al colegio iba en colectivo porque quedaba en Caballito. En esa época había un inspector que pedía el boleto en el colectivo y yo lo tiraba, pero el inspector ya me conocía y no me decía nada. Después terminé el secundario. Mi mamá se murió y mi papá se volvió a casar. Me llevaba bien con mi madrastra. Ella no era como mi mamá, era una mujer más independiente. Mi mamá es un ángel porque nunca más me molestó, en cambio mi papá es un asqueroso, me ensucia. Extraño a mi mamá.

Mi estación favorita es la primavera porque nacen las flores. El verano también me gusta. En el secundario en el botánico agarraba hojas y las metía en una carpeta. Una más linda que la otra. Tenía las carpetas prolijas, linda letra, grande. ¿Eso qué significa? Que tengo mucha personalidad y no me dejo dominar por la gente.

.....

⁴³ Se conoce como "la toca" al método casero que sirve para alisar el pelo sin utilizar calor.

Trabajos tuve varios. El primero fue en una perfumería de vendedora. También fui manicura de hombres. Otro fue en un salón griego, de esos en donde la gente baila como pájaros; allí yo vendía y estaba en el mostrador. Y creo que en otra vida fui doctora, porque todos tenemos otras vidas. Lo sé porque cuando veo las recetas me acuerdo de todo.

Lo más importante de mi vida fue haber tenido dos hijos y haber tenido un gran amor. El amor de mi vida se llamaba Alberto. Había pasión con él, besos, abrazos, pasión. Ahora ya no hay. Lo conocí caminando por la calle, en el centro, en la calle Florida. En esa época yo trabajaba de empaquetadora en el almacén Harrods. Me traían los papeles de colores y yo hacía unos moñitos, de lindos me quedaban. Ahí conocí a Alberto. Yo iba a tomar el colectivo y en esa época vivía en un departamento. Era lindo Alberto, era modelo. Nunca tuve un amor como ese. Estuvimos juntos con Alberto y yo quería tener un bebé, pero no quedaba embarazada. Yo era quien manejaba el dinero, la tarjeta Diners, porque él no tenía plata. Él era viudo y tenía dos hijos. Pero una vez para las fiestas se fue a Córdoba y no me llevó, y yo me enojé y lo dejé. Me fui a un hotel de pasajeros, pero después me arrepentí pero él ya no me fue a buscar.

Estando soltera tuve una nena. Debe tener ya unos 40 años. Yo vivía sola en esa época. Después tuve otro nene. Ahí ya tenía otra pareja, se llamaba Jorge y era madrileño. Y también, antes de que él me dejara yo lo dejé a él. Le tengo que preguntar a la psicóloga por qué será que siempre dejo antes de que me dejen. Él hacía tarjetas, tenía una imprenta que quedaba en Ciudadela. Teníamos una casa con él. Al principio no teníamos cama y dormíamos en el colchón. Cuando ganó algo de plata yo le hice comprar todos los muebles y mi suegra me regaló las ollas, así que yo cocinaba de todo: pascualina, pollo, guiso de mondongo. Ahora no cocino nada. Estuvimos juntos como dos años, pero me cansé del matrimonio y además él no quería tener chicos.

Después de Jorge tuve otra pareja, era relojero, ruso ortodoxo y también habremos estado juntos unos dos años. Vivíamos en Ballester, era lindo el barrio. Un día yo estaba en la casa y de repente me tocaron la puerta y era la policía que iba a buscarme. Creo que la debieron llamar los vecinos. Yo pensé que no era verdad y me reía, pero la policía me llevó al Esteves. Allá estuve cuatro años. No tenía nada, ni ropa, ni plata para comprar mate. Nadie me iba a visitar. Estuve en la sala Devoto. No me gustaba estar en el hospital. Hablaba con María Rosa[*]⁴⁴ y lloraba. ¿Qué por qué llegué al hospital? Porque se me acabó la paciencia. Mi mamá me la daba. Me sentía muy sola.

⁴⁴ Se señala con [*] cuando la entrevistada se refiere a personas que trabajaban o trabajan en el PREA.

No quiero hablar de la época del hospital. Allí estuve cuatro años y salí por el PREA hace 16 años. ¿Cómo llegué al PREA? Me dijeron en el hospital. En el PREA tomábamos el desayuno, hacíamos delantales, pintábamos cajitas. Cuando salí trabajaba en un puesto de flores del hospital, y allí hablaba con Vanesa que era de la comunidad y podría haber sido mi hija.

El primer lugar al que fui a vivir al salir del hospital fue a una casa en San Roque. Allí viví con Delia quien falleció, con Anita, con Mariela, con Blanca que falleció y con Lucía que también falleció y quien era mi amiga. Ella era buenísima, charlábamos, tomábamos mate. Ella era más grande que yo y era muy prolija, muy ordenadita, yo en cambio tengo el ropero hecho un desastre. En esa casa dejé parte de mi vida porque tenía buenas compañeras. Cuatro murieron de esa casa. Ahí también estuvo Dora pero volvió al hospital porque dejó de bañarse y de tomarse las pastillas. Ella me decía “mi judía”.

De allí nos mudamos porque el dueño dijo que la casa no estaba en condiciones, entonces fueron de mantenimiento y nos robaron la tele, el grabador, el celular. Nos mudamos con Mariela, las dos, y en esa nueva casa tenía una vecina que vendía helados y éramos amigas. La calle no me gustaba mucho porque era de tierra. Después fui a vivir a Bermúdez y ahí estaba Manuela que era una loca y pateaba, me tiraba la ropa que colgaba, no me dejaba dormir, nos decía que éramos estúpidas. En Bermúdez habré estado tres años, con Soledad, que es mi amiga. Después vino Martha. Y ahora vivo en otra casa desde hace un año, en donde somos siete. Allí la que es compañera mía es Nadia. A veces nos peleamos pero luego nos arreglamos. Es que la convivencia es difícil. Me gustaría alquilar un departamentito, un monoambiente para irme a vivir sola, pero no me alcanza la plata. No me llevo bien con Clara, porque se cree que sabe todo. Estoy arrepentida de haberme mudado de Bermúdez.

Tengo una pensión. Cuando estaba en el hospital no tenía nada, pero después me salió la pensión y de ahí tengo plata para comprar lo que yo quiera. Si quiero ir a la confitería y comprarme unas facturas, o si quiero comprarme maquillaje. También a veces voy a bailar a un sitio que los domingos no se paga. Allí voy a bailar con mis amigas y tomo Pepsi o agua saborizada. Salgo también con un abogado, pero hace dos meses que no lo veo, siempre me pone excusas para verme.

Mi vida hoy consiste en que me levanto a la mañana, me baño y tomo el desayuno que puede ser mate, café con leche, yogurt. Después hago la cama y ahora tengo que arreglar el ropero que está hecho un desastre y no puedo encontrar nada. Después me pinto, porque uno cambia si se maquilla. Me arreglo, tomo el Sol. Tomo unos mates y hablo con Nadia. También vemos televisión pero ahora los canales son una porquería;

no me gusta la televisión ahora. A la noche cuando no puedo dormir me levanto a ver películas. A Libremente vengo lunes, jueves y viernes. Vengo a tomar la pastilla, pero para acompañar a Nadia. Antes la tomaba en mi casa.

También este año me opero pues tuve cáncer y me quitaron un seno, que quiero que me vuelvan a poner. Cuando me operaron en el Gandulfo⁴⁵ me vinieron a ver todas las chicas del PREA y me atendieron de lo más bien las enfermeras. La enfermera Ailén [*] me da paz, me da tranquilidad, no sé cómo lo hace, es personal.

El PREA me cambió la vida. Pude salir del hospital y tener una casita.

Nunca hablé de mi vida.

⁴⁵ Hospital Interzonal General de Agudos Luisa Cravenna de Gandulfo, Lomas de Zamora, Buenos Aires.

MARY

-60 años-

Entrevistada en febrero de 2017



Nací en Colón, Entre Ríos, el tres de noviembre, pero el año no me acuerdo. Mis papás están muertos. Allá en Entre Ríos plantaba papa, zapallo, le ayudaba a mi mamá a ordeñar las vacas y teníamos gallinitas para los huevos. Tuve doce hermanos. Hay una que está en Entre Ríos, otra en Caballito y otra en Lomas, pero ésta nunca me vino a ver. La de Caballito me dijo que me iba a traer ropa, pero yo le dije que no necesito eso, sino que me viniera a ver. Creo que no viene porque tiene miedo de que yo le pida plata. También tengo otro hermano que vive en Ubajay⁴⁶, pero no sé dónde queda eso.

No fui al colegio porque en el campo no había colegio, no había nada. Tampoco voy ahora al colegio porque hay muchos chorros. María quiere que vaya, me insiste, pero salgo a las nueve de la noche y ¿quién me va a acompañar a ir?, encima que hay unos chorros y están asaltando dos por tres por la casa de nosotras. A las siete de la noche andan rondando la casa. Por eso tengo miedo de salir yo. Pero tengo ganas de aprender a leer y a escribir.

⁴⁶ Municipio ubicado en el departamento Colón, provincia de Entre Ríos.

A los 13 años me vine con mi hermano mayor aquí a Buenos Aires, porque mi papá me quería faltar al respeto entonces yo lo denuncié. Mi hermano me había dicho que me iba a hacer una piecita. Ya era señorita. Pero mi cuñada me trataba mal porque no le gustó nada que yo viva ahí. Me hacía la vida imposible.

Pasé una infancia muy triste, así que me fui a la casa de mi prima. Ella no me conocía y le dije: “soy yo”, y ahí me reconoció ella. Lo que pasó fue que cuando estaba con mi cuñada ella me tenía toda crota y sucia, mal vestida, y por eso mi prima no me conocía más. Así que me quedé ahí con mi prima y trabajé en una panadería con ella en Ezeiza. Estuve mucho tiempo con mi prima, porque me internaban, me sacaban, me traían, me llevaban. Así. Varias veces me internaron.

No recuerdo la primera vez que me internaron. Mi cuñada decía que yo le quería matar la hija, pero era todo mentira. Mi cuñada quería ir al baile y me cerraba la puerta con llave para que yo no saliera de la pieza, me tenía sin comer, entonces yo me defendí. Yo le expliqué a los médicos todo eso y fue lo que dije en los tribunales también, que le tiré unos palos por la cabeza. Mi cuñada me llevó a internarme y mi prima me sacaba. Mi cuñada me dejaba en el hospital y no venía más a buscarme. Me abandonó.

Aparte yo me casé con mi marido, que no era el padre de mis hijos. Me casé por el registro civil. El cura no me quería casar y le decía a mi marido: “¿para qué quiere a esa enferma?”. Pero mi marido no le hizo caso y se casó igual conmigo. El cura le decía que yo no le iba a servir porque estaba enferma. Me discriminaba. Igual fuimos al registro civil de Monte Grande y ahí me casé. Mi marido era muy bueno, él me sacó del hospital. Si él viviera yo no andaría acá. Los hombres son para joderte nada más, pero él no, él era bueno. Andábamos los dos juntos, salíamos a hacer mandados, salíamos a pasear, a veces me llevaba afuera a comer algo. También me enseñó cosas como el valor de la plata, porque yo no sabía eso. Él no podía caminar mucho porque tenía artrosis y era enfermo del corazón. Le tenían que poner un marcapasos, pero él no quería, decía que no valía la pena. Y yo le respeté eso. Él me dijo antes de morir: “vos de esta casa no te muevas, esta casa te pertenece a vos”. Pero como yo no tengo ningún papel. Mi cuñada le entregó todos los papeles al hijo de mi marido.

A mi marido lo conocí porque él iba por otra chica al hospital, que era amiga mía. Ella era la novia de él, pero ella no se quería casar. Entonces él me habló, y yo le dije a la chica: “si vos no te vas a casar, presentámelo a mí”. Y así fue, me lo presentó a mí. Él trabajaba en una fábrica de cerveza, no recuerdo exactamente en cuál. Hacía los preparados de cerveza. Estuvimos casados mucho tiempo y yo lo cuidaba, hasta que murió. Ahí mi hijastro quería vender la casa, me dijo que la desocupara y que me vaya con mi cuñada. Él le dijo a ella que yo estaba bien, pero ella me internó.

Me dejaron tirada como un perro y no fueron más al hospital. No tenía ni el documento. Ahora tengo el documento porque me lo mandó a sacar María Rosa [*]. No recuerdo cuantas veces estuve en el hospital. No recuerdo. Es tan feo que no quiero recordar. Me pongo mal. A mi cuñada le quitaron el poder con el que estaba cobrando mi pensión. Ella era mi apoderada, por eso no le podía sacar mi documento. Tenía ese poder cuando me mandó al hospital. Mi hermano había tenido un accidente porque ella le pedía plata, ella quería más plata y él no tenía trabajo. A veces mi hermano iba a pedirle plata a mi marido y a veces no le devolvía. Entonces por culpa de mi cuñada atropellaron a mi hermano.

Mi vida en el hospital era triste. Me tenían descalza, no me daban jabón para mi ropa, me tiraban todo al lavadero porque no tenía jabón yo para comprar. Una enfermera me daba para un cuadro de jabón, y cuando venía mi prima yo le pagaba. Para bañarme un cuadrado de jabón, para higienizarme. Estuve como diez años en la sala siete. Imaginate, tenía el alta pero nadie me iba a buscar. Mi prima no podía porque tenía a mi sobrino y al marido enfermo, y ella no podía hacer más. Hacía lo que podía. Cuando yo la llamaba, venía. Era la única que me fue a ver. A veces lo mandaba a mi primo y me llevaba azúcar, yerba, jabones, y un atado de cigarrillos porque sabía que yo fumaba. Cada mes venían a verme, y una vez venía ella y la siguiente venía él. Mi hermana de Caballito le dijo a mi prima que se hiciera cargo ella, pero cómo se iba a hacer cargo si tenía un hijo enfermo. También tenía una amiguita en el hospital, Vicky. A veces la voy a visitar, pobre, me dijeron que ahora está en silla de ruedas. Me ayudó mucho ella. Cuando yo no tenía algo ella me daba cosas, camperas de ella o de la hija. Me ayudaba. Ella sabía todos mis problemas porque yo le contaba. Nos hicimos amigas porque las dos estábamos en la misma sala, entonces ella me pidió que le ayudara a repartir en las mesas, porque era mucho para servir, la leche y todo eso, y los tachos eran pesados. Entonces yo la ayudé y así nos hicimos amigas. Ella me regaló un anillo de plata que hasta ahora lo tengo guardado, y solamente cuando vaya a verla me lo voy a poner.

Y bueno, en el hospital tenía el alta, pero nadie me iba a buscar. Después salió el PREA y entonces salí por el PREA. Salí hace ya mucho tiempo. Hice todos los talleres del PREA. Vinieron a buscarme dos chicas que son rubiecitas y yo les digo que son mellizas, Viviana [*] y Silvina [*]. Ellas me sacaron. Yo les conté a ellas que me estaba muriendo. Estaba sin comer, muy flaquita, tenía un virus. Estaba como un palo de escoba. Me vine abajo cuando estuve en el hospital internada, perdí todo el peso. Y la doctora María Rosa habló por mí. También hice fotografía con Rodolfo [*]. Me gustaba, pero después dejé de ir porque me hacían mal los barullos de la cabeza. Por eso dejé de ir. Pero era lindo. Salíamos a los alrededores del hospital y sacábamos fotos.

Cuando me dieron el alta me fui a la casita del PREA con las chicas, y desde hace cinco años que estamos ahí. Pagamos impuestos, la luz, el gas, pagamos todo. Yo lavo mi ropa, limpio la casa, hago los mandados. También salgo y tengo una amiguita cerca de casa que es la dueña de casa. Ella es mi amiga. A veces yo le pregunto: “¿cómo anda de salud?” y ella se pone contenta porque yo le pregunto. Me dice: “la única que te acordás sos vos”. Porque si falta ella ¿a dónde vamos a ir nosotras? Poco hablo con los vecinos. Los saludo, y si me hablan les hablo, si no me hablan los saludo igual, pero no nos metemos. Desde que salí todos me dicen que estoy mejor porque estoy más gordita. Un cambio distinto tuve. Hasta mi hijastro cuando me vio me dijo del cambio que tengo yo, que me veo bien ahora.

Tengo dos hijos. La nena y el varón. No recuerdo cuantos años tienen ellos ni cuántos años tengo yo. Eso dice en el documento. A mis hijos los tuve antes del hospital. Mi marido la conoció a la nena y él era el papá de corazón. Le explicamos todo de chiquita. Yo me había juntado con un muchacho y él me engañó, me dejó embarazada, me dijo que se iba a casar conmigo y después me dijo que se tenía que ir a Paraguay porque el papá estaba enfermo, que tenía un cáncer, y se fue y me dejó y nunca más. Tuve un hijo y él ya me dijo que no quiere que lo busque al padre. Perdí el rastro de mi hijo. Hace más de 10 años que no sé de él. La última vez que lo vi me dijo que estaba trabajando en una panadería en negro, que estaba muy pobre y no ganaba nada de plata. Yo le avisé a él que mi cuñada me quería internar. Ahora para las elecciones le voy a decir a María Rosa que lo busque en el padrón, porque ahí puede saltar dónde él vota.

El padre de mi hija vive en Moreno y a él lo conocí por medio de una señora, y él me engañó bastante también. Yo estaba embarazada de la nena, ya para tenerla, y un día voy y me encuentro con que él tenía una vieja y la vieja me dijo: “yo estoy embarazada de mi marido”. Entonces me di media vuelta y nunca más. Para qué. Para qué rebajarme. Me engañó. Entonces anduve rondando en la calle, con la nena, con mi hija, no tenía trabajo, nada. Por Constitución dormía, ¿viste?, donde están los trenes. Hacía una camita para la nena y dormía sentada yo. Hasta que pude dar con mi prima para llevar a la nena. Estuve un tiempo con mi prima y con la nena. Después mi prima me pidió la casilla, porque el hijo tenía que juntarse y vivir ahí, y me fui. A la nena la tuve conmigo hasta los dos años. Después la ayudaba con mi marido, con ropa, con todo. Él era su papá de corazón. Ella vivía con la madrina. Mi hijo se crió con la abuela. No es la abuela, pero es una señora a quien yo le digo abuela. Como a mí no me encontraban, entonces lo cuidó la abuela. En ese sentido estoy tranquila porque la abuela lo atendía muy bien. Mi cuñada le dijo a mi hijo que él se hiciera cargo de mí, pero mi hijo no quiso saber nada, entonces mi hijo se lavó las manos y no quiso saber más nada conmigo. Mi hijo ya es grande y ya debo tener nietos, pero no sé nada de la vida de mi hijo. Mi hija llamó el otro día y dijo que me va a venir a ver, que está trabajando en un puestito de ropa, en Monte Grande me parece. Ella me llama y me viene a ver a veces,

porque yo hablé con Analía [*] porque mi hija no quería venir a verme, y parece que Analía habló con ella y aflojó. Cuando viene tomamos una Coca o algo, pero no habla ella nada, es calladita, igual que yo, hay que tirar con tirabuzón.

A Librementemente vengo A Mover el Cuerpo, que es un taller, hago pilates, y a Desayunarte que es otro taller. Mover el cuerpo es con Mirta [*], es buena persona. Ahí bailamos y ahora le pedí una foto porque mi prima quiere una foto en la que estamos haciendo gimnasia. Analía también sacó una foto de ella, yo y el hijo de ella. A mi prima todavía la veo. Tengo un sobrino y siempre voy a pasar las fiestas con ellos. Este año una fiesta la pasé con las chicas y otra la pase con ellos. La familia que me queda son mi prima y mi sobrino.

PATRICIA

-43 años-

Entrevistada en octubre de 2016

[Orlando] Yo la conocí en Temperley, cuando ella estaba en el hospital. Nos hicieron una invitación a pasar las fiestas allá y nos llevaron a los más lúcidos de la Colonia⁴⁷. Yo estaba entre esos. Fui mirando, mirando, y vi a la niña corriendo. Después la invité a bailar. “Yo te vengo a ver”, le dije. Después desde el hospital le escribía cartas y se las mandaba por correo, de hospital a hospital. Le habré enviado siete u ocho cartas y de ella tengo tres no más. Y como se iban organizando carnavales, primero en Open Door y después en el Esteves, fue así que nos fuimos conociendo, de a poquito. Los fines de semana que podía, si no trabajaba iba a visitarla. Yo trabajaba en limpieza en el hospital y después pasé a trabajar en la cocina del hospital. Y así fui juntando la plata y empecé a hacer esta casita. Primero junté los materiales, ladrillo, arena. Después empezamos a trabajar con los muchachos de acá de enfrente e hicimos la casita. Los tirantes son de la Colonia. También con la plata que juntaba me iba de permiso, y después mi tía me sacó de alta. Ahí compré el terreno y empecé a hacer la casita de a poco. Las chapas nos las dio Kirchner, también los colchones. Acá esto era lluvia, todo agua, antes de tener las chapas. Vino Cristina, trajeron como dos o tres camiones y dieron un montón.

En el hospital estuve cinco años, del 94 al 99. Soy correntino, de Mercedes, nací ahí. Vivía en San Martín con mi tío, mi papá y mi mamá. Pero mi mamá se tuvo que ir a Corrientes porque se separó de mi viejo. Yo me quedé y mi papá falleció. Después me fui al ejército. De ahí estaba haciendo la colimba y me golpeé la cabeza. Me hicieron electro y salió normal. De ahí me empezaron tratamiento en distintos sitios, hasta Corrientes fui a parar, al hospital... un nombre de un santo tiene, en Corrientes Capital. Estuve internado ahí y después me vine a Buenos Aires a la casa de mi tía de vuelta, y mi tía habló con un juez, y el juez le dijo que me llevaran al hospital que me iban a atender bien. Y así llegué a Open Door.

Yo era fuguista, es decir, me fugaba del hospital. Hasta que les dije: “si me consiguen trabajo yo no me fugo más”. Y no me fugué más. Me dieron trabajo, me dieron todo. Yo mi platita la guardaba en el banco. Iba a cobrar y ahí mismo depositaba en el Banco Nación. Y yo trabajaba y trabajaba. Durante un año trabajé en la cocina como paciente. Era lindo trabajo, pero pesado. Cocinaba para 2.600 personas. Eran ollas enormes, todo en acero inoxidable, ollas a presión. Echábamos todo ahí, dejábamos que hierva,

.....

⁴⁷ Se refiere al Hospital Interzonal Colonia Dr. Domingo Cabred, psiquiátrico para varones, Open Door, Buenos Aires.

cargábamos agua, todo eso hervía, e íbamos controlando. Cuando estaba apagábamos la cocina, cargábamos los tachos para repartir en camión por los pabellones. Entonces salía 8 y 30 el camión, a las 11 y 30 salía otro camión para a la una volver con todo vacío y a lavar, y otra vez a las cinco. Esto para mí era un pasatiempo, porque yo antes trabajaba haciendo loza, trabajaba en construcción, que era más pesado que la cocina. Así que yo estaba acostumbrado al trabajo pasado. Entonces me dice la asistente social: “¿te gusta trabajar aquí?”. “Sí”, le digo, “me deja buena plata”. Y la plata que junté trabajando la invertí toda en la casita. Hice el cimiento y la levanté de a poco. Yo hacía de peón y otro muchacho me ayudó a levantar la pared. Después terminé el techo y revoqué hasta donde pude. Pero ahora está todo muy caro, antes era más barato. Ahora no hay plata que alcance.

[Patricia] Yo estuve un poco más tiempo que él en el hospital. Vine del instituto de menores. A medida que vas cumpliendo la edad, a medida que vas creciendo te van cambiando. No podés estar siempre en el mismo instituto. Del instituto no me acuerdo nada. Sólo que estaba encerrada. Yo nací en Córdoba y fui criada en Quilmes. Y como mi vieja me dejó a los cinco años, fui encerrada en un lado y otro. Ella no tenía plata, no tenía nada para comer, no tenía cosas, entonces para no sufrir dijo la pongo acá y listo. Hay gente que hace sufrir a los chicos y los deja ahí no más.

Al hospital llegué porque me llevaron por una crisis de nervios. Como cualquiera, crisis de nervios que uno tiene. Cuando uno tiene un problema le agarra una crisis de nervios. Entonces por esa bendita crisis me hicieron pasar como loca y me pasaron del instituto al hospital. Después me agarró un doctor que es bueno y dijo: “no tiene nada”. Y me fue bajando la medicación hasta que me dejó sin medicación. Hace un montón que estoy sin medicación.

Estuve en la sala siete. Conmigo fue bastante bien. A mí siempre me trataron bien. Nunca me trataron mal. Tenía buenas amigas. En el hospital yo ayudaba a las viejitas, a darles de comer, a bañarlas. La caba⁴⁸ me quería como a una hija. Era la mano derecha de la sala. Del hospital cuando me dijeron del PREA salí volando yo. Y el médico de sala siete me acuerdo que me quería dar el alta. Una de las de la sala dijo de mí: “no sabe hacer nada, no se va a saber ir, no se va a saber manejar”. Pero después reconoció y me dijo: “me salió el tiro por la culata”.

Me anoté al PREA y me fui a Temperley con las chicas. Tenía el pelo cortito en esa época, porque en el pabellón siempre te cortan el pelo por los piojos, no te dejan tener pelo largo. Y yo siempre quería tener pelo largo y nunca me dejaron. Entonces me dije:

.....

⁴⁸ Caba es el término con que se nombra a la jefa de enfermería de una sala de internación.

“voy a tomar una decisión”, y chau. Cuando me dijeron que estaba el PREA me fui y me anoté, seguí el camino y acá estoy. Primero salí a la casita que está cerca del hospital. Estuve dos años ahí. Vivíamos cinco. Una volvió al hospital. Yo sabía que eso iba a pasar, pero no decía nada porque tenía miedo que después se me ponga en contra. Y con él nos fuimos conociendo de a poco y después nos casamos. Estuvimos de novios siete años. Él dice que yo me hacía la difícil. Hasta que me decidí. El casamiento fue precioso. La fiesta fue preciosa. Nunca me lo voy a olvidar, jamás de mi vida.

[Orlando] Nos casamos en el 2004. Desde las seis de la tarde yo estaba esperándola como una estatua, de traje, todo preparado. Yo pensaba: “yo quiero una compañera. No me voy a morir solo”. Tenía más edad que ella. Y cuando la vi pensé: “me parece que esta va a ser la compañera”. Y lo fue. No la erré. María Rosa [*] me dijo: “¿qué vas a hacer con esta chica?”, vamos a hacer una bendición, vamos a hacerlo en el PREA”. Y lo organizamos entre todos e hicimos la fiesta. Invitamos a mis compañeros del hospital y ahí nos regalaron una noche en un hotel. Nos regaló el doctor Linero. Esa noche fue espectacular. Teníamos pantallas en el techo.

Para tener al nene esperamos un año. Ella se aplicaba la inyección para no quedar embarazada. Ella primero se aplicaba anticonceptivos para no quedar embarazada. En el hospital le aplicaban. Y cuando estaba en las casitas del PREA seguía en tratamiento en la salita. Después del año le digo: “Vamos a tener uno. Uno o dos. Hasta donde me dé el espíritu”. Y Pato me dijo “bueno”. Pasó un año, y empezamos a trabajar por el nene. Después se embarazó y me dijo: “estoy embarazada”. El nene nació en Luján.

Yo estaba trabajando en ese momento en la cocina de vuelta. Me hicieron la palanca para que entre a la cocina, entonces renuncié a la limpieza y entré de vuelta a la cocina. Ahí estuve trabajando ocho años y cinco años trabajé en la limpieza. Yo trabajaba. Trabajaba como todos los otros. No era que me iba a quejar con el enfermero ni nada por el estilo. Después quitaron la licitación de la cocina y quedaron todos los empleados, pero al mando de la Colonia. Ahora me jubilé porque me agarró como una depresión. Volví a recaer y no seguí trabajando más. Me jubilé y me quedé en mi casa.

[Patricia] Él tuvo un problema el año pasado. Todo empezó por el tema de una moto, y yo tuve que empezar a hacer todo un trámite para internarlo, porque no me lo querían aceptar. Me fui y hablé en la entrada del hospital y ahí me dicen: “no, tenés que ir a la policía a pedir un papel”. Agarré y fui y hablé con el comisario y le dije si me podían ayudar. Y me dice: “¿pero cómo la van a hacer volver, si ellos mismos la tienen que acompañar?”. Entonces le dije: “pónganse de acuerdo”. Y se pusieron de acuerdo. Ahí vino a ambulancia a buscarlo, y yo venía con el comisario y el nene atrás. Por suerte justo estaba una enfermera que lo quiere un montón a él, y ella me ayudó. También la

tía de él ayudó. Así que estuvo internado hasta hace poco que le dieron el alta, y cada 15 días le dan los remedios. Ahora el PAMI⁴⁹ le da un subsidio por discapacitado, y nos dijeron de un acompañante, pero lo estamos pensando. Pero no sé, me da miedo que se meta en nuestra vida. No nos gusta que se metan en la vida de uno.

Ahora soy la enfermera de los dos yo. Él toma para la presión y para lo otro. A las las siete de la mañana le digo que hay que tomarla. Y el nene toma las pastillas para la convulsión y para la tiroides.

El nene también va al colegio. Viene la combi a buscarlo, lo lleva y lo trae, y después los jueves va a CERELU⁵⁰ a hacer tratamiento como de terapia ocupacional. En la semana si hay que llevarlo al médico vamos a los médicos, si hay un trámite vamos y lo hacemos. Según las cosas que hay que hacer. O si no, a hacer las compras.

Para mí ser mamá es lo mejor que hay. No tengo palabras.

⁴⁹ PAMI (Programa de Asistencia Médica Integral), es la sigla con que se conoce al Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados.

⁵⁰ Centro de Rehabilitación de Luján.

NANCY

-43 años-

Entrevistada en enero de 2017



Estuve yo muy enferma, entonces mi papá me llevó al hospital. Estaba muy mal. Tendría 17, 18 años. Entonces mi hijo tuvo que quedarse con mi papá y mi mamá. Yo estaba mal, rompía cosas, el vidrio, todo. Estaba con bronca, no sé, puede ser porque no tomaba la pastilla ni nada. Tomo pastillas desde que me enfermé y me llevaron al hospital. Ahora estoy bien, ahora estoy tranquila, me llevo bien con las chicas.

Mi niñez fue mal, muy mal, porque mi marido me pegaba. Cuando estaba con la panza me daba patadas en la panza. Yo la pasé mal. Después me escapé de él y me fui a vivir con mis viejos. No supe más nada de él. A mi marido lo conocí en el colegio. Yo iba a la noche y estudié hasta séptimo grado. Me enamoré de él, no sabía que me iba a pegar tanto, que me iba a hacer tanta maldad. Salimos un par de veces y después me fui a vivir con él, con la familia de él. Tendría 17, 18 años. Yo estaba embarazada de más o menos cuatro meses y como me pegaba en la panza lo dejé. Me fui. Lo dejé porque para mí él fue mal padre, me pegaba cuando estaba embarazada. Lo tuve que dejar.

Cuando me llevaron al hospital mi hijo tenía tres añitos, era muy chiquitito. Yo lo cuidaba a mi hijo, yo lo bañaba, yo lo llevaba al jardín, cuando estaba bien. Mi papá me daba plata para comprarle todo lo que tenía que comprarle a mi hijo.

Nací en Capital, y primero vivía en Monte Grande y después nos fuimos a Fiorito. Mis dos papás nacieron en la provincia. Mi papá es jubilado y mi mamá también. Mi papá trabajó en una fábrica de ruedas, de hacer ruedas de autos. También trabajó en una oficina limpiando. Mi mamá no trabajó, estaba en la casa. Tengo varios hermanos, somos cinco y yo soy la más grande. La más chica tiene 27 y yo tengo 43. Mi hijo trabaja en una fábrica de cartones, carga los cartones en los camiones. Viene re-cansado del trabajo. Él tiene ahora 21 años. Está viviendo junto con la novia en lo de mis papás. Ahora para las fiestas fui a verlo. Me fue muy bien. Mi nuera me regaló un collar, me regaló aritos. Se puso contenta de verme. Estuve allá sábado, domingo y lunes. Estaban mis dos hermanas, mi hijo con mi nuera. Comimos juntos y después en la tardecita, ya fin de año, ya la pasé solo con mi papá y mi mamá. Mis hermanos trabajan. La más chica no porque cuida a la nena, a mi sobrinita. Y después mi otra hermana trabaja en una fábrica de zapatos, mi cuñado en la pizzería, mi otro cuñado es albañil, mi hermano trabaja en un mercado grande y mi cuñada se ocupa de los chicos, voy a ser tía de vuelta yo. Y mi otra hermana vive en La Plata con el marido y los hijos. A veces para las fiestas me veo con ellos.

Llegué al hospital con mi papá y me internaron en admisión. Me ataron, me dieron una inyección y me dormí yo. Al otro día me despertaron, comí, y después de unos cuantos días me pasaron a Sala Tres. Siempre estuve en esa sala, durante siete años. Me gustó a mí la Sala Tres. Las enfermeras eran buenas conmigo, me daban bien de comer, a veces yo les ayudaba a lavar los platos, ayudaba a baldear el piso, y después me iba con mis amigas a caminar con el parque. Tenía dos amigas. Nos hicimos amigas. Empezamos a tomar mate, mate, mate, nos fuimos conociendo, conociendo, hasta que nos hicimos amigas. En Sala Tres no conocía a nadie yo, hasta que fui conociendo a mis compañeras y me hice esas dos amigas. Con ellas tomábamos mate, íbamos al quiosco, comprábamos sánwiches, comprábamos la gaseosa, nos gastábamos todo el sueldo. Ellas no tenían plata y yo les compraba a ellas las cosas. Comprábamos cosas nosotras, shampoo, las cosas que necesitábamos. También hacía los talleres, al de tapiz, y también iba a la iglesia. Antes de entrar al hospital no tomaba pastillas, comencé a tomar ahí. No me acuerdo más del hospital. Sé que estuve muy mal yo, me inyectaban, me daban tantas pastillas que estaba dopada yo.

Mi papá y mi mamá iban a visitarme cuando estaba en el hospital. Me llevaban galletitas, me llevaban Chucker, tomábamos mate, charlábamos. Todos los domingos iba mi mamá o mi papá. También para las fiestas iba a la casa de ellos. Tenía salidas del hospital.

Salí por el PREA, Cecilia [*] me dijo si yo quería salir por el PREA y yo le dije que sí. Yo quería salir del hospital, quería venir a las casitas como la demás gente, como las demás chicas. Hice todos los talleres y estoy acá ahora. Los talleres son más o menos ir al PREA y escribir, hablar un poco de cómo es, si querés salir o no. Entonces Cecilia me dijo: “vos vas a salir porque vos son muy buena chica”. Salí el 13 de enero de 2014 con otras dos. Salimos, vinimos a la casita y estábamos con Mabel y Adriana. Íbamos a ser cinco, pero a la final éramos siete. Nos juntamos todas y nos sacamos una foto.

Acá vivís lo más lindo. El hospital era muy exigente. Tenías que dormirte temprano, tenías que tomarte la medicación temprano, y levantarse al otro día temprano. Hacer todo temprano. Muy exigente. En la sala unas enfermeras eran buenas y otras eran malas. No eran malas conmigo sino con las otras, las trataban mal. Les decían: “andá a hacer esto, andá a hacer lo otro”. Las bañaban a la fuerza, las agarraban de los pelos y las bañaban. A la fuerza. Yo veía eso y a mí me daba miedo que me bañaran a la fuerza, pero no me pasó.

Desde que vivo en la casita voy a talleres como Desayunarte, ahí se habla de cómo se hace el desayuno, se comen galletitas, se toma un té o mate cocido, y se habla de la radio. Ahora vamos a hacer nosotras una radio abierta y hablamos de eso. Este año me voy a anotar en el taller que es para cuidar chicos.

Me veo con mi familia. Ellos me vienen a ver acá y me dicen que me ven mejor. Yo no voy porque no me dejan ir sola, dicen que alguien me acompañe porque no sé viajar. Tiene que venir mi mamá a buscarme porque yo no voy sola. Aquí vienen a verme mi mamá o mi papá. Mi mamá vino el otro sábado con mi nuera. No conocía ella, mi nuera, y estuvimos sentadas con Mabel, tomando mate, con galletitas, charlamos un poco con mi mamá, con mi nuera, y Mabel dijo: “qué linda chica de nuera que tenés vos”. Toda morochita estaba, porque tiene una pileta grande que compró mi hijo, entonces por fotos vi que ella estaba toda tirada tomando sol en el agua.

Un momento lindo desde que viví acá es que me celebraron el cumpleaños mío. Me hizo la pizza Ailén [*] y yo compré torta y sándwiches. Cumpló el 22 de marzo y fue recién salí. Hacía un montón que no celebraba mi cumpleaños. En el hospital nunca. Fue una gran alegría para mí. Me compré un vestido largo, para fiesta, y me lo puse para mi cumpleaños. Lo compré en Lomas. Me compré otro vestido turquesa y también una calza. Eso lo compré con mi plata. Voy al cajero y la saco con la tarjeta, es una pensión que me dieron por discapacidad. Hace bastante desde que tengo la pensión, desde que estaba en el hospital. Cecilia me ayuda a manejar la plata.

A mí me gusta mucho limpiar, bañarme yo, mirar la televisión. Veo novelas. La que me gustó fue *Amor prohibido*, que terminó triste, porque no se casó con el muchacho

que quería ella. Entre nosotras charlamos de nosotras, cómo tomamos las pastillas, cómo dormimos. En la casa yo ayudo a Mabel a cocinar. Ella me ha enseñado a hacer ensalada, milanesa, puré, guiso. A mí me gusta comer de todo.

El año que pasó fui a Mar del Plata. Me divertí. Fui a la playa, tomé sol, me bronceé toda. Fuimos con Cecilia y con Cristina [*] y cinco de nosotras. Nunca había ido a Mar del Plata. Viajamos en micro. Nos quedamos en un hotel hermoso, la comida era exquisita, todo era rico, y compartía la habitación con Petro. Solas estábamos en la habitación. Petro se iba para otro lado y me quedaba sola. Salimos a pasear y después me compré allá un par de zapatillas y unos anteojos de Sol. El mar era lindo. Había todo solcito todo el día.

Quiero que quienes lean esto tengan de mí un buen concepto y que se pongan re-contentos que yo salí y no estoy más en el hospital. Yo ya estoy curada, y el hospital para mí es feo. Hay tantas chicas que están ahí muy dopadas, les dan mucha medicación. Yo estuve así. Cuando estás dopado te da un poco de tristeza. También querés ver a tus padres y no podés verlos. Ahora tomo medicación pero poca, desde que me ve la doctora Roxana [*]. La medicación me ayuda para no pelear con las chicas, para trabajar un poco más en la casa.

MARTA ESTHER

-54 años-

Entrevistada en julio de 2016



Salí del Esteves hace casi exactamente un año. Lo primero que hacía era que venía un día acá, luego dos días, hasta que en septiembre salí. Estaba para salir antes, pero tenía que operarme de prolapso rectal. Eso es que hay mujeres que se les caen los órganos y a mí se me cayó el ano. Tenía una parte afuera y no podía sentarme ni nada. Me pasó en el hospital porque ayudaba con las sillas de ruedas, con las pacientes a llevarlas y a bañarlas. En el hospital si vos no tenés ganas no ayudás, pero yo siempre ayudé. El último año no porque estaba muy enferma. Me llevaron a operar al Gandulfo que es un hospital de acá de la zona. Mi operación era muy riesgosa. Estuve a punto de tocar el cielo. Tengo HIV⁵¹.

Nací en 1962. Vivía con mis papás y mis hermanos. Somos cuatro hermanos, pero una es hija natural. Tengo dos hermanas y un varón. Soy nacida en Tigre y criada en San Fernando. En mi niñez sufrí mucho porque mi mamá me pegaba con el cinto, con la hebilla. Ella era muy recta. En cambio mi papá me quería. Mi mamá peleaba mucho a mi papá, le tiraba el plato de comida. Era un campo de batalla. Y un día mi papá deci-

.....

⁵¹ Sigla en inglés del virus de inmunodeficiencia humana (VIH).

dió irse y se fue. Cuando él se fue mi hermano tenía ocho años, yo nueve y mi hermana once. Volví a verlo cuando estaba terminando la primaria. Vino con su señora y nos llevó a una pizzería. Mi mamá se puso furiosa. Y después de ahí nunca más. Así que no sé si está vivo o muerto.

Mi mamá se dedicó a trabajar y nos pagó la primaria, como se dice, con delantal blanco, todo planchado. Ella dormía dos horas. Se levantaba a las dos de la mañana. Mi mamá cosía en la casa, trabajaba en un bar de ayudante de cocina y limpieza, y trabajaba en casas de familia. Vivía como a 15 cuadras del trabajo y se iba caminando para no gastar en el boleto. Era una señora muy pulcra, muy limpia. Trabajó muchos años en una casa y cuando quisimos ver lo de la jubilación nos dimos cuenta que no le descontaron nada.

Terminé el primario a los 13 años. Fui hasta primer año de comercial. Me lo pagué yo, pero me dormía. La verdad, no terminé. Trabajaba y me dormía. Trabajé seis años en la imprenta de Adolfo Pérez Esquivel, el Premio Nobel de la Paz. Ahí compaginaba la revista. A los 14 años me recibí de catequista y la parroquia a la que iba era pobre. Entonces Adolfo era amigo del sacerdote e iba a visitarlo. Yo vivía humildemente y necesitaba trabajar. Y me eligió Adolfo. Dijo: “esta chica me gusta para la librería”. Y después, como me sobraba el tiempo fui a trabajar en la imprenta. Como era menor me pagaban en caja de ahorros el sueldo y después fui mayor y trabajé en blanco para él. Pero fui muy tonta porque no me gustaba, me pagaban mucho por hacer nada y sentía que no merecía la plata y renuncié. Tendría un sueldo grande ahora. Entonces me fui a mi casa y empecé a hacer changuitas, pagar la luz del uno, ayudar a limpiar, changuitas.

Me enfermé cuando tenía 19 años en Pinamar. Fui como catequista a Pinamar como cinco años sin problema y la última vez me enfermé. Fuimos un grupo de chicos a un hostel, pero no sé qué pasó, me vieron que no dormía, que no descansaba, no quería comer y me agarró depresión. No me acuerdo más después. Hablaron entre los sacerdotes y dijeron: “tiene que volver a Buenos Aires y ver a un psicólogo o un psiquiatra para ver qué es lo que le está pasando”. Y me mandaron con un catequista de vuelta en el micro a Buenos Aires.

Lo que pasó fue que yo me estaba por casar con un chico que estudiaba abogacía y a mí me violaron a los cinco años, y en ese momento decirle que no era virgen era muy, muy feo. Yo creo que fue eso, no me acuerdo bien de todo.

Estuve cinco años con un psiquiatra que trabajaba en la comunidad de San Martín de Tours. Y justo el psiquiatra era más loco que yo. Me dio cantidad de medicamentos. Yo iba al consultorio de él y me hacía tomar los remedios. Tomé teracide, halopidol,

montón de medicamentos. Mi diagnóstico decía “esquizofrenia paranoide”. Siempre me quedé en duda de eso.

A los 19 años tuve a la nena. Estaba enferma. Empecé a buscar trabajo y me puse a trabajar en un bar. Ahí conocí al padre de la nena. A los seis meses estábamos de novios y teníamos relaciones. Mi suegro quería que abortara, pero yo no quise.

En ese tiempo yo estaba viviendo con una amiga, mi gran amiga. Tengo dos amigas, mi hermana Alicia y mi amiga Concepción. A ella la conocí por la catequesis. Tenía un hermano que era sacerdote en San Fernando. Eran once hermanos y vivían en San Isidro. Ella me cuidó cinco años, me prestó su casa, me ponía las inyecciones que me tenía que poner, me daba la medicación. Me cuidaba como si fuera una hermana. Me ayudaba a bañar cuando estaba muy depresiva yo. Porque mi familia no podía mucho cuidarme. Estuve cinco años viviendo en Quilmes con ella. Los fines de semana íbamos a San Isidro a ver a los padres que eran de mucho dinero. Cuando íbamos a mí me gustaba limpiar y ayudar a la mucama, y me retaban y me decían: “vos no venís acá a limpiar, venís a estar en casa”. Mi amiga tenía dos chicos, uno era mi ahijado. Ellos eran cuatro, más yo, cinco.

Mi amiga y su marido, cada uno tenía un Citroën viejo, entonces buscamos un hospital para internarme porque yo le dije: “no puede ser que vos gastés tu plata en mí, tenés tus hijos. ¿Por qué no me internamos en un hospital?” Recorrimos Claypole, Campana, el Melchor Romero. Y recorriendo todo en el auto, recorrimos como cinco hospitales psiquiátricos y llegamos al Esteves. Yo busqué el hospital. Este era el mejor. Porque antes el Esteves era lindo, había flores, era cómodo y te atendían bien. Estaba el doctor Linero que era el director y se preocupaba por las pacientes. Pero después cambió mucho el hospital. Mi idea era curarme y salir de vuelta. De hecho, me curé y me dieron de alta, pero yo cabeza dura me puse a trabajar y dejé la medicación, y bueno. Me dieron como siete veces el alta y dejaba de tomarme la medicación.

Mientras tanto a mi nena me la cuidaba otro matrimonio. Pero en un momento de la vida se separaron ellos. Cuando se separaron fueron al juzgado y el juez fue al hospital Esteves a ver si yo cambiaba la guarda o la daba en adopción, y eso me dolió mucho porque yo nunca la di en adopción, cambié la guarda. Pero el juez no me respetó eso. Ahora pienso que me hizo un bien porque yo en ese tiempo estaba muy mal. Después cuando hubo la presidencia de Menem en este país, mi hija me buscó en los padrones y me encontró. Cuando la vi después de muchos años ella estudiaba. Yo sufrí mucho tiempo por la pérdida de ella, pero después fue mejor porque si yo no me mejoraba qué iba a ser de ella. No la veo hace 10 años.

En esa internación estuve como dos años. Yo tenía permiso, pero mi mamá no iba a buscarme porque no tenía plata. Un día la doctora me dijo “¿quieres ir a tu casa?”, y dije “sí”. Entonces un viernes la doctora me dio plata para el sándwich, para el colectivo, para el tren, para todo, y fui a mi casa. El lunes me llevó de vuelta mi mamá y la doctora le dijo: “¿quiere que la interne a usted o a su hija?, porque su hija no está para internarse”. La doctora era muy buena, ya murió, Dios la tenga en la gloria. Yo le hacía mandados. Ella me mandaba a comprar para cocinar la papa, la zanahoria, para comer con los médicos. Salí y me fui a vivir con mi mamá. Teníamos un rancho grande y entrábamos cinco personas. Estuve trabajando. Iba a pagar las cuentas de una bicicletería y de un almacén al banco, en una ferretería limpiaba, también como ayudante de cocina. Pero pasaba que me ponía a trabajar y dejaba de tomar la medicación. Se me pasaban las horas en la calle y no me acordaba de tomar los remedios.

Ahí conocí al papá de mi nene, a José, que ahora volvió. Tengo tres hijos. La mayor de 34, el nene de 27 y la nena de 21, que me hizo abuela. Con José viví en pareja porque él era casado. Bueno, ahí también me pasó algo. Hablé con una hermana de él para que cuidara al nene y le dije que me sentía mal y me iba a internar. Ella lo iba a cuidar, pero no se hizo cargo del nene, se lo llevó a José y a la señora de él. Lo cuidaron y lo educaron bien. La madrastra me lo educó bien. Pero no me dejaban sacarlo a pasear sola. Me volví a internar y estuve cinco años. Me cambiaron de sala cuatro y fue todo muy distinto. Fue muy mala esa internación, porque siempre encuentro a alguien que me pegue. Yo nunca pegué, pero había dos chicas que eran muy malas y me llevaban de los pelos. Me quitaban los cigarrillos. En esa época Concepción me visitaba y me llevaba ropa.

Después volví a mi casa, de vuelta con mi mamá, y fue entonces que conocí al papá de mi nena. Yo iba a trabajar y volvía de madrugada y él era custodio en un barrio. Era muy gentil, muy bueno, estuvimos de amigos casi un año, después nos juntamos y estuvimos en pareja casi un año y después nos casamos. Pero yo no quedaba embarazada. La madre de él era muy brava y decía que yo me cuidaba, pero no, yo no tomaba nada, entonces fuimos los dos a un hospital para ver si éramos estériles o yo era estéril por algo. Era que yo ya había perdido dos hijos y tenía miedo a quedar embarazada. Después quedé embarazada y tuve a la nena. Ahí vivimos en mi casa un año y después fuimos a la casa de él y todo mal, me pegaba él, me pegaba la madre. Fue un infierno. El padre de él había muerto y la madre no era como la mía, que trabajaba, sino que vivía de lo que mi marido la ayudaba entonces yo era una molestia. Un día me puso el arma que él tenía, porque era custodio, en la cabeza. La mamá le dijo: “llevate esta loca de la casa y la nena dejala acá”. Mi marido cargó todas mis cosas en el Falcon, mis libros, mi biblia, todo. Era un día de lluvia y me dejó en la esquina de mi casa con todo ahí, y los vecinos me querían y me ayudaron a guardar las cosas. No me dejaban ver a la nena. Yo iba a la puerta y no me dejaban ver a mi hija. Después estuve en el hospital

de vuelta y ahí fue que perdí el departamento que tenía en la parte de adelante de la casa de mi mamá. Murió mi mamá y quedé sola. Mi hermano me internó y vendió mi departamento porque él estaba a cargo mío, era mi tutor.

Estuve nueve años internada porque no tenía dónde ir. Yo ya estaba de alta al primer mes, pero como no tenía casa me tuve que quedar. En el hospital fui a los talleres del CREAR⁵² para no estar en la sala, para aprender a coser algo, a pintar. Mi mamá era costurera pero yo estaba divorciada con la aguja. En el hospital primero fue muy difícil porque me babeaba, hasta que el médico Castelao me cambió la medicación. Antes me temblaban las manos, ahora no me tiembla nada. Primero era muy activa pero después uno se pone más quedada y le cuesta más hacer las cosas. Mi hermana iba todos los meses a verme al hospital. Me llevaba plata, me llevaba ropa. Ella trabaja y le costaba mucho, pero me dejaba plata en el kiosco.

El HIV fue después de tener a mis hijos. Fue una época tenebrosa. Hice una vida de prostitución porque no tenía trabajo, no tenía nada. Cuando me llevaban me decían que yo no servía para ser prostituta. Eso fue cuando tuve a mi hija porque mi suegra me pedía plata. Así que yo le decía que ganaba la plata trabajando. Fue en el Hospital Esteves que me enteré que estaba con sida, hace 17 años. Me costó mucho asumirlo. Estaba con vómito y diarrea prolongada. En ese tiempo se ocupaban de las personas en el Esteves y me hicieron un estudio y ahí me salió. Me sentía mal, no comía, no podía dormir. Hasta hoy me cuesta decir que no es nada, porque hoy día es una enfermedad como todas. Fue difícil, porque ayudar a gente con HIV no me molestaba, pero tenerlo yo me molestaba. Hasta hoy me cuesta, porque acá viven las chicas y todavía me cuesta con ellas. Me da miedo cortarme, que las contagie.

Como yo no era para internar pero no tenía casa, una asistente social del hospital me conectó con una casa de HIV que quedaba en José C. Paz. Pero me fue mal porque me dijeron que el primer mes iba a poder ir a ver a mi hermana, pero después no podía ir a ningún lado. Vivían personas con HIV pero era muy difícil convivir ahí. A mí me costaba mucho y aparte había chicas muy difíciles para convivir con ellas. Entonces tuve que mentir en el hospital, dije que escuchaba voces y me volvieron a internar.

Gracias al PREA y a mi acompañante salí. Estuve dos años haciendo el PREA. Mi acompañante se llama Mariel [*]. Cuando estaba en el hospital tenía acompañante para salir del hospital, hacer las compras, para peinarme. Ella es muy buena acompañante. Me llevaba al médico, me consiguió la operación rápido. Tengo una pensión que me hizo Analía Monchetti [*], me salió en febrero hace un año.

⁵² Se conoce como CREAR a la Coordinación en Rehabilitación, Educación y Actividades Recreativas. Corresponde al área de Rehabilitación del Hospital José A. Esteves.

María Rosa [*] que era psiquiatra mía en una reunión que tuvimos dijo “ella va a salir”, y al año salí porque María Rosa me convocó, y la casa que estaba era la de Cecilia y ella me recibió. Al principio a ella le costó porque era una cosa rara para ella, pero luego se adecuó. Ella me enseñó mucho, yo le debo mucho a Cecilia. Pero vivo muy acostada. Me siento acá y ¿qué hago?, no hago nada. Mi placard está todo ordenadito. Las chicas del PREA, las enfermeras, vinieron y me enseñaron a ordenar. Aprendí también a lavar mi ropa. Yo sabía hacer muchas cosas, pero en el hospital uno se va olvidando, aparte no tenés decisiones propias. Porque deciden todo ellos, tal medicación, tal cama, tal remedio, tal comida, hacé esto. Uno parece autómata. Y yo le digo a María Rosa que me cuesta.

Pero todo es un proceso. Por ejemplo, un domingo hicimos un paseo con Cecilia y con Luna a la Catedral de Buenos Aires. A mí me gustó mucho, inclusive me perdí porque me quedé sentada fumando un cigarrillo y me perdí, me confié mucho de Cecilia. La verdad me costó mucho ir a la Catedral. Fuimos a una misa al medio día. Pero me costó mucho tomar el tren, tomar el subte, hace mucho que no iba y con mi acompañante iba en auto a todos lados. Todo era nuevo, todo era distinto. Incluso me costaba poner la SUBE⁵³ porque tengo tiempo que no viajaba a ningún lado. Pero está re-lindo, está todo cambiado. Con Cecilia hablamos de religión. Ella es un poquito más católica que yo. Hablamos de que Cristo murió por nosotros y que nos da siempre una posibilidad. Siempre hay una posibilidad.

Mi hermana vino ya dos veces a verme acá y se puso contenta. Me dijo: “por lo menos estás en un lugar en donde si te peleás o discutís es con una o dos personas”, si se tiene que cambiar de opinión es una persona, pero en el pabellón donde yo estaba había como 130. Para bañarse había que hacer cola desnuda y estaba el agua fría.

Hace poco empecé el curso de computación y estoy aprendiendo a manejar la computadora. Yo venía cuando estaba en el hospital, pero ya me olvidé cómo se prende, cómo se apaga. Un día en el Esteves me robaron los lentes, la cartera, la plata y el pase del colectivo. No es por estar internas, ya son ladronas. Tuve que dejar de venir a computación, aparte no podía viajar porque con pañales era muy incómodo en el colectivo, viajar hasta acá era mucho porque estuve casi un año para poderme operar. En el Gandulfo me operó un equipo hermosísimo. Ahí fueron mi hijo y José, el papá. Y también fue mi hermana. Fue una buena hermana, nunca me abandonó.

Ahora tengo 54 años, los cumplí en enero. El papá de mi hijo se quiere arreglar conmigo, pero estoy pensando, porque tanto tiempo, tantas cosas. Pienso si algún día nos

⁵³ Sistema Único de Boleto Electrónico.

volvemos a juntar. Pero vamos a darle tiempo. En 20 años pasaron muchas cosas. Yo no sé mucho de él y él no sabe mucho de mí. Él es ebanista. Hace muebles de pino y también de cedro. José me fue a visitar a la casa de mi hermana a donde voy cada 15 días o una vez por mes. Me invitó a un café pero anda pobre, le hicieron lo mismo que a mí con la casa. Está viviendo de changas y los hijos le pagan el alquiler.

Mi hijo trabaja en una empresa de computación. No lo veo mucho porque él ya tiene su vida hecha. Le escribí una carta, pero todavía no se la mandé. La más grande no sé qué hace. Supe de ella hace 10 años, cuando murió mi mamá. Mi hermana tenía el celular, pero a mi hermana le robaron el celular y perdió todo contacto. En ese momento estaba trabajando en Entre Ríos. Pero no me acuerdo el apellido que tiene. Y mi hija chica cuida a su bebé. La vi cuando estaba en el hospital, mi nieto tenía dos meses y ella vino al hospital con su pareja. Tomamos el 549 hasta acá, a Temperley, y tomamos un helado en la plaza. Yo tenía pañales entonces no tomé el helado y ahí se enteró ella de la enfermedad que tenía. Me escribió una carta que quedó en el Esteves, una carta hermosa. Me dijo: “mamá, yo te quiero mucho”. A mí el padre me maltrató, pero a ella la educó, la cuidó, y ahora la ayuda con el nieto.

Aquí me dan los pastilleros por día. Me preparan la medicación y me la tomo por día. Cuando vine tomaba mucha más medicación, pero María Rosa me eliminó mucha y eso me hizo bien. Mañana tengo que ir al infectólogo en el Gandulfo, mi acompañante me consiguió turno. Ahí me van a cambiar la medicación porque cuando estuve en el Esteves no me llevaron al infectólogo. Me hacían exámenes en el hospital y el clínico firmaba como que había ido al infectólogo. Y me estaban dando mal la medicación. Del hospital Esteves iba al Evita⁵⁴, toda mi historia clínica estaba allá. Después hicimos pase para el Gandulfo, que me toca por jurisdicción. La médica se puso de los pelos cuando empezó a ver la medicación que tomaba y cuánto hacía que no iba.

Ahora estoy volviendo a activarme. Tengo taller de literatura los miércoles a la tarde, pero el otro día me dormí. Me cuestan los horarios. Leímos un cuento sobre Alicia y estamos hablando sobre el amanecer. Antes me gustaba escribir, escribía poco, pero me gustaba. También estoy leyendo a Alfonsina Storni, una poetisa argentina, una que se mató en el mar. También voy donde una amiga a tomar el té a un par de cuadras de acá. Ella no estuvo internada, pero viene acá al Centro de Día. Un día que fui a canto la conocí y me hice amiga. Ella me da mucha energía positiva. Cuando tengo ganas de salir un poquito, voy. Con ella hablamos de la novela o de sus hijos.

⁵⁴ Hospital Interzonal de Agudos Evita, Lanús Oeste, Buenos Aires.

La convivencia con Luna fue difícil. Ella era distinta porque era muy joven y tomó a Cecilia como a una mamá. Entonces estuve hablando con la psicóloga, con la psiquiatra y un día María Rosa y Mariana [*], que es mi psicóloga, me dijeron: “Marta, decidimos hacer algo, no es porque vos te portés mal, es por tu seguridad y por la salud de Cecilia que tiene que hacer quimioterapia”. “Para que ella esté más tranquila, vas a ir a otra casa”. Eso fue hace ya tres semanas que estoy en la nueva casa. La siento como casa mía.

Pensar en un epílogo nos ubica en el cierre de una tarea que habiéndose realizado llega a su maduración, momento de reafirmar lo ya dicho y, a la vez, en el deseo de quienes escriben, abriendo a lo que aún no se escribió, lo inédito. Y este epílogo en particular fue pensado de una manera que lo une fuertemente al resto del libro. Son las palabras de los trabajadores del PREA diciendo del modo en que fueron afectados por la lectura de las historias de vida, la materia viva del libro. Se basa en testimonios en primera persona que fueron expresados espontáneamente en el marco de una reunión plenaria que se lleva a cabo mensualmente en el PREA, y que posteriormente fueron organizados en conjunto con Carmen Cáceres y María Rosa Riva Roure. Es el espacio en que todo el equipo de trabajo revisa sus prácticas, comparte logros y obstáculos, planifica, también es momento de evaluación colectiva. Previamente estuvo disponible para su lectura el material de los relatos y la invitación era simplemente a decir qué les había pasado, qué pensaban, con qué los conectaba. Este es el resultado de lo producido en esa reunión.

LEER LAS HISTORIAS: LOS EFECTOS DE LA CERCANÍA

Nos atravesó cada uno de esos relatos, y eso que muchas de esas cosas las conocemos, sabemos cómo son las prácticas allí aunque nunca hayamos trabajado dentro del hospital. Pero conocemos a las personas y nos conmovió muy fuertemente leer en las historias algunas de las cosas que suceden como prácticas normales, naturalizadas.

También leer la historia pasada de cada persona, pensando en toda la carga y todo lo que vivió, nos conmovió mucho y nos llevó a ver otra parte de estas historias, que por más que conocíamos fue muy conmovedor, y le dio todavía más sentido al trabajo que hacemos.

En algunos casos nos enterábamos en los relatos de datos de la biografía de las usuarias. Saber por ellas lo que pasó, por qué pasaron a la internación: qué cosas pasan por detrás de esa internación. Lo que sobrevino a partir de la muerte de un familiar o alguna eventualidad, el hecho de no tener plata y caer al hospital. Ese quiebre que ocurrió en sus vidas y les hace decir “yo llegué acá y no pensé nunca que iba a llegar acá”.

También nos emocionó leer algunos relatos de mujeres que conocemos y que vemos trabajar a diario, que las vemos enteras, y conocer alguna parte de su historia pasada nos hizo pensar que este acto no escapaba a ningún ser humano. Nada era diferente a lo que puede vivir cualquier persona que se va quedando sin red, sin recursos. En-

tonces, ¿cómo no volverte loco? Con las cosas que te pasaron, ¿cómo no terminar así? Por otro lado, para algunos de nosotros que llevamos trabajando casi 20 años en el PREA, los relatos nos llevaron al inicio de nuestro trabajo, a las primeras externaciones. En ese entonces nos movilizaba pensar: “Che, puede ser mi mamá. Puede ser mi tía. Puedo ser yo”. Con el tiempo lo fuimos naturalizando, y al leer los relatos volvimos a sentirlo.

HISTORIAS SINGULARES

Cuando se intenta escribir sobre historias que están muy ligadas al sufrimiento o a cosas muy traumáticas es muy difícil no caer en lugares comunes. Pero lo que nos encontramos en los relatos fue que las historias no estaban enfocadas en lo común a todas, es decir a la internación o la enfermedad, sino que estaban llenas de detalles de sus vidas. La singularidad aparece en detalles como dónde nació, qué hacía el padre, qué se comía, qué se escuchaba. Todo esto nos parece que construye las historias de vida de otra manera, y permite no caer en la fascinación de la locura o el morbo de qué pasa dentro de un hospital psiquiátrico. La singularidad de los detalles que ellas pudieron aportar no suele aparecer en las historias clínicas o en lo que nosotros charlamos con ellas, porque por más que intentemos ampliar toda nuestra tarea tenemos una mirada acotada como equipo de salud. Un espacio diferente, con una escucha diferente, con un objetivo diferente, hizo que aparecieran cosas diferentes.

A algunas de las mujeres las conocemos desde hace 20 años, pero había datos de la biografía que desconocíamos y aparecían en el relato, y esto tiene que ver con la confianza que se generó en ese momento.

Hay muchas historias de sufrimiento desde muy chicas, y hay historias en las que de repente se desencadena la enfermedad por una separación, por la pérdida de un familiar. También nos llamó la atención cómo aparece el contexto social y cómo incide en nuestra manera de ser. Algunas dicen: “yo en el hospital era más sargento”, “yo en el hospital era la patovica”. En el hospital tienen que comportarse de esa manera para poder sobrevivir, y después en las casas de convivencia pudieron abandonar esos modos defensivos y actuar de otra manera.

LA RUPTURA DE LAS REDES

Hay varias cosas que atraviesan las historias: en muchos casos es la pérdida de los padres, la cual determina quedar sueltas, en un universo hostil, violento, desagradable, que es el que termina llevándolas al hospital. También la falta de recursos económicos. O sea, al manicomio llegan por locos y por pobres. Otra cosa que también es importante es el tema de la inserción laboral, es decir, cuando existe una situación social que va más allá de la patología. En uno de los relatos, una mujer que había trabajado mucho, que había tenido trabajos interesantes se descompensó y terminó en su última internación desde los años 90 hasta su salida por el PREA. En su relato ella dice: “en los 90 no había trabajo”. Leer eso nos hace pensar en la cantidad de gente que se está quedando por fuera del espacio laboral. En ese escenario de pérdida laboral, de pérdida de poder económico y de falta de inserción social, si te quedás sin trabajo no podés ir al médico al que ibas, no podés ir al club o a la peluquería a donde ibas, o a donde sea que ibas. Te quedás sin red. Esto nosotros lo vivimos acá en 2001 y también la estamos viviendo casi 20 años después. Ello incide en la salud de las personas, en el caso puntual de la mujer del relato ella cae con la pérdida del último trabajo en un contexto en el que no había trabajo.

Una parte importante de nuestro trabajo es construir y fortalecer esa red. Porque la red es la que nos sostiene a todos, y cuando alguien queda por fuera de la red justamente pasa esto. Así, lo que hacemos en nuestro trabajo asistencial y lo que hacemos desde el ámbito comunitario, es justamente fomentar el armado de red que nos incluye. Nosotros como equipo quedamos adentro de la red, pero tiene que ser una red cada vez más amplia y más firme su tejido para que brinde sostén a todos.

LAS PÉRDIDAS

Los relatos también nos hablan de las pérdidas que supone la internación. Para empezar, las pérdidas de los seres queridos, de los afectos. Una de las mujeres cuenta: “si las paredes hablaran podrían decir todo lo que grité y lloré”. Esta frase podría ser extensible a la mayoría, pues no debe haber una sola de las mujeres que ha pasado por el hospital sin haber llorado.

También las pérdidas de las cosas materiales: “las fotos las perdí”. Para algunas, uno de los dolores más grandes era el de haber perdido las fotos de “los quince”, las fotos con su mamá, las fotos de cuando eran chicas. No tener una foto puede ser uno de sus dolores más profundos.

Otro tema son las pérdidas de los hijos. Los hijos que les han sido quitados, los hijos que no saben dónde están, los hijos que crecieron con otros, los hijos sin identidad. Los hijos de los que han perdido toda referencia.

A su vez, otro tema que insiste es el de la pérdida de la intimidad. Una mujer cuenta que al internarse le sacan hasta la bombacha y le dan ropa del hospital. Cuando le sale la jubilación, lo primero que se quiere comprar son “bombachitas”. Se hace evidente la importancia que estas cosas fueron cobrando en sus vidas.

Por ejemplo, en una de las salidas que hacemos cuando están aún en los talleres intra-hospitalarios, una de ellas lo primero que compró fue una cuchara para comer. Recuperar cosas que hacen a la dignidad humana y que se van perdiendo con la internación.

EL PREA EN EL CURSO DE LA VIDA

En varios relatos aparecía el impacto de la invitación a incluirse en el PREA. Algunas contaban que tenían miedo y otras decían: “bueno, intenté, probé y acá estoy hace tantos años”. Al leerlo sentimos que cuando decían “llegó el PREA”, era como si hubieran encontrado la luz en medio de las tinieblas. Si no hubiese sido por el PREA, ¿qué hubiese sido de estas mujeres? Con todo lo que vivieron, todos los años que estuvieron encerradas, el abandono que tuvieron de la familia, ¿qué hubiese pasado?, ¿cómo hubiesen sido esas vidas? Sentimos que el PREA era una lucecita. La mayoría lo expresaba de esa manera.

En nuestro trabajo, que es acompañar la vida de las personas en la comunidad, permanentemente debemos repensar nuestras prácticas, problematizarlas. Por ejemplo, recordando una Asamblea de Convivencia, estábamos hablando de la organización de la limpieza de la casa y cómo estaba resultando dicha organización. Entonces una usuaria dice: “Basta de hablar de estos temas, ¿vos no sos psicóloga?, ¿por qué no hablamos de otra cosa?, hablemos de los sueños, no sé, del inconsciente. Hablemos de otras cosas”. Comentarios así nos movilizan porque cuestionan nuestro rol profesional aunque al ser nuestra tarea la de acompañar la convivencia en las casas a veces sea necesario hablar de la limpieza. Esto hace que todo el tiempo estemos en un lugar donde los límites son difusos. El trabajo comunitario nos pone todo el tiempo en jaque.

También, antes de leer los relatos algunos pensamos que íbamos a leer el libro del PREA. Pero nos encontramos con que en realidad el trabajo del PREA, como aparece en algunos relatos es: “ah bueno, nada, después estoy bien”, fin. Como que se terminó

la historia. Eso nos llamaba la atención. Por ejemplo, cuentan “fui a tal lado con tal persona”, que es un trabajador del programa, aparecen los nombres de algunos de nosotros. Y aunque sabemos la tarea que hicimos, ellas lo cuentan como “esto es parte de mi vida, qué te voy a contar de acá. Sí, voy a la carnicería. No pasa nada”. A lo mejor después de todo lo que estas personas pasaron, es bueno que “no pase nada”. Es como si no pasara nada digno de contar en el sentido más oscuro en que venía el relato. Eso, la cotidianeidad que se va construyendo, y el acompañamiento muy sutil, muy respetado. A veces al leer un relato sabemos que se trata de una persona que está siendo muy acompañada por el programa, pero sin embargo ella no lo menciona, y nosotros pensamos “qué bueno”, porque indica que no lo vive como invasivo. Eso nos gustó mucho. Necesitamos repensar la clínica permanentemente, pues el trabajo en el programa se constituye desde el acompañamiento cotidiano, de lo más chiquitito hasta lo más grande, se trata de un apoyo cuerpo a cuerpo.

EL APOYO DE LAS COMPAÑERAS

En el relato aparecen siempre, además de los profesionales, la presencia de las compañeras. Dicen: “yo entré al PREA porque una compañera me dijo, y bueno, hay que probar”, “yo vi otras chicas que lo hicieron”, “mi compañera aceptó, entonces yo también probé”. A veces la palabra de ese par es mucho más significativa que la del profesional que le propone ingresar.

El apoyo que brinda el PREA también incluye el de las compañeras, que son pares en la experiencia. Hay compañeras, hay otro, es posible vincularse de otras formas.

APRENDER DE LAS HISTORIAS

Aprendimos a partir de esos relatos. Nos llevaron a pensar que podría pasarnos a cualquiera una situación así. Quizás porque están en primera persona se resignifica y se piensa: “esta mujer, por todo lo que pasó”. Hay historias del padecimiento que empiezan desde muy temprano, muy duras. Hay otras en la que se van desencadenando ligadas a situaciones concretas y arrasadoras de la vida. Cómo el sostén que en algún momento se pierde causando un quiebre importante. Esto nos hace pensar en lo importante del apoyo y el acompañamiento que es nuestro trabajo cotidiano, lo que hace que se revierta un poco todo eso tan traumático, a recuperarse como persona.

En las historias personales se evidencian los determinantes del problema de salud-enfermedad. Ello nos permite reafirmar aprendizajes y revisar permanentemente la clínica. Por ejemplo, cuánto de lo padecido por estas personas se vincula con la carencia de apoyos y hasta dónde podríamos sostener nuestra salud física y mental sin estos.

Para nosotros como equipo es casi una obligación leer estos relatos para entender más la clínica y dónde estamos parados cuando trabajamos, y el porqué de algunas reacciones de las usuarias. Por ejemplo, el leer un relato en donde una persona empieza contando que la madre le pegaba con la hebilla del cinto, y al recordar cómo cuando una compañera la golpeaba ella no reaccionaba, nos permite entender algo más de su vida. Ver que son historias en donde se van repitiendo escenas de sufrimiento.

Otro punto interesante es la necesidad de reivindicarse frente a sus familiares, cuando alguien ha sido ubicado en el lugar de loca y ha sido dejado por fuera del núcleo familiar. Una de las señoras relata que tuvo la posibilidad de hacerlo. Cuando sufría sus crisis los hijos la abandonaron. Años después ella logró recomponer algo de este vínculo. Uno de sus hijos sufrió una crisis y necesitó atención psiquiátrica y le preguntó “¿mamá, por qué me pasó esto?” Y ella le contestó “¿vos te acordás cuando a mí me pasó algo similar y me dejaron sola?”. Entonces ella reivindicaba lo que le pasó, cuidó al hijo y le daba la medicación, lo atendió. Hay una reparación del daño. ¿Vos te acordás de lo que me pasó a mí? Bueno, yo puedo hacer otra cosa. Lo impresionante es que ella lo contaba, pero nosotros nunca lo pensamos de esta manera. No creímos que ella estaba viviéndolo de esta manera. Fueron cosas que no se contaron con esos detalles.

EL VALOR DE CONTAR LA PROPIA HISTORIA

Recoger estos testimonios es una manera de desestigmatizar. Dar la palabra ya tiene un fin terapéutico en sí mismo. Repone a alguien, a un sujeto a su propia dignidad, que es lo primero que se pierde cuando se ingresa al hospital. Además, estos testimonios quedan como letra, en papel. También un testimonio en primera persona tiene otra fuerza, que es esa palabra que circula y rebota en los muros, y los muros hablan, hay que saber escucharlos.

Al vivirlo del otro lado, hablando con las mujeres que se prestaron a contar su historia, sabemos que lo disfrutaron. Disfrutaron el ser escuchadas. Disfrutaron el poder contar una historia que en muchos casos no era linda, pero que alguien podía escucharla

sin prejuicio, sin juzgamiento, y en otros casos poder contar una parte linda de la historia que a lo mejor no había sido contada porque lo que estaba escrito en las historias clínicas tenía que ver con la enfermedad, el dolor y el sufrimiento.

En los relatos aparecen los puntos en donde la persona en su propia explicación de qué vivió, qué le tocó vivir, cómo aparecen los puntos del arrasamiento y de la oportunidad. Creemos que el PREA es una oportunidad maravillosa que se presenta en la vida de estas personas que tenían un destino manicomial, y sigue siéndolo con sus años de vida.

BIBLIOGRAFÍA

Alexievich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Madrid: Debate.

Andersen, T. (1994). *El equipo reflexivo: diálogos y diálogos sobre los diálogos*. Barcelona: Gedisa.

Ardila, S. (2011). “La inclusión de la perspectiva de los usuarios en la evaluación de los servicios de salud mental”, en *Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría*, XXII: 49-55.

Barham, P. y R. Hayward (1995). *Relocating madness. From the mental patient to the person*. London Free: Association Books.

Berger, P. y T. Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bogojevich, J., E. Erquiaga, A. Albano, O. Bolomo y A. Robinson (2015). *La ley de la locura: diálogos entre sobrevivientes del manicomio y la Ley 26.657*. Comentado por Leonardo Gorbacz. Buenos Aires: Los Hermanos.

Bruner, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.

Cáceres, C., Druetta, I., Hartfiel, M. y Riva, M.R. (2009) El P.R.E.A., una experiencia alternativa a las lógicas manicomiales. VERTEX. *Revista Argentina de Psiquiatría* XX, 86: 299-307.

Casa de Medio Camino (2012). *Pequeños relatos de mujeres comunes* (2° ed.). Córdoba: Casa de Medio Camino.

De Souza Campos, GWS. (2009). *Gestión en salud. En defensa de la vida*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Estroff, S.E. (1981). *Making it Crazy: An ethnography of psychiatric clients in an American community*. Berkeley: University of California Press.

Goffman, E. (1961). *Internados. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hornstein, G.A. (2011). *Bibliography of first-person narratives of madness in English* (5° ed.). Disponible en www.gailhornstein.com/ [consulta, enero de 2018].

Kleinman, A. (1988). *The illness narratives: Suffering, Healing, and the Human Condition*. New York: Basic Books.

Martín-Baró, I. (comp) (2000). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (3° ed). San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

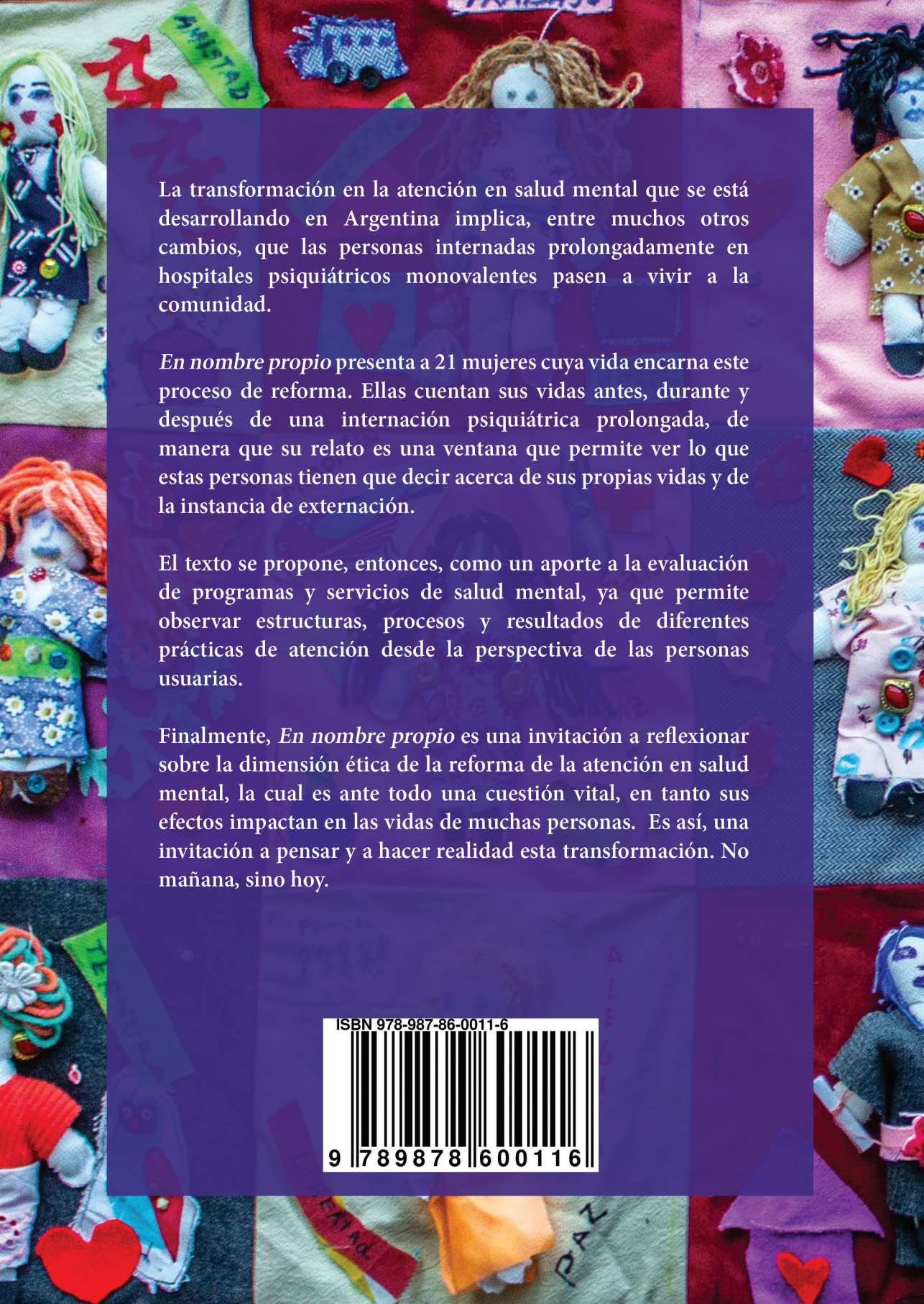
Mastretta, A. (1992). *Mujeres de ojos grandes*. Buenos Aires: Booket.

Rodríguez, D. (2008). *Testimonios de vida desde un neuropsiquiátrico*. Temperley: De la Iguana.

Saraceno, B. (1995). *La liberación de los pacientes psiquiátricos. De la rehabilitación psicosocial a la ciudadanía posible*. México: Pax.

Schütz, A. (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Schütz, A. y T. Luckmann (1973). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.



La transformación en la atención en salud mental que se está desarrollando en Argentina implica, entre muchos otros cambios, que las personas internadas prolongadamente en hospitales psiquiátricos monovalentes pasen a vivir a la comunidad.

En nombre propio presenta a 21 mujeres cuya vida encarna este proceso de reforma. Ellas cuentan sus vidas antes, durante y después de una internación psiquiátrica prolongada, de manera que su relato es una ventana que permite ver lo que estas personas tienen que decir acerca de sus propias vidas y de la instancia de externación.

El texto se propone, entonces, como un aporte a la evaluación de programas y servicios de salud mental, ya que permite observar estructuras, procesos y resultados de diferentes prácticas de atención desde la perspectiva de las personas usuarias.

Finalmente, *En nombre propio* es una invitación a reflexionar sobre la dimensión ética de la reforma de la atención en salud mental, la cual es ante todo una cuestión vital, en tanto sus efectos impactan en las vidas de muchas personas. Es así, una invitación a pensar y a hacer realidad esta transformación. No mañana, sino hoy.

ISBN 978-987-86-0011-6



9 789878 600116